¿Qué es el «socialismo democrático»?

El "socialismo democrático", ideología del social-reformismo

Las corrientes ideológicas en el cauce del "socialismo democrático"

Qué aspecto presenta el "socialismo democrático" en la práctica. Los social-demócratas en el poder

Inconsistencia de las falsificaciones social-reformistas de la naturaleza democrática del socialismo real

La lucha ideológica en el movimiento obrero internacional y el problema de la unidad de las fuerzas de izquierda en la presente etapa

EDITORIAL PROGRESO MOSCU

¿Qué es el «socialismo democrático»?

EDITORIAL
PROGRESO
MOSCU

Traducido del ruso por **F. Ceberio**

Grupo de autores: **P. Fedoséiev** (dirigente), **S. Alexándrov**, **G. Egánov**, **V. Kachánov**, **N. Kovalski**, **A. Krujmalev**, **B. Orlov**, **S. Smirnov** y **V. Tumánov**

ЧТО ТАКОЕ «ДЕМОКРАТИЧЕСКИЙ СОЦИАЛИЗМ»?

На испанском языке

© Политиздат, 1978

© Traducción al español con modificaciones Editorial Progreso 1980

Impreso en la URSS

Ч $\frac{10506-034}{014(01)-80}$ без объявления 0302030900

INTRODUCCION

Con la edificación de la sociedad socialista en la URSS y en otros países, las cuestiones de la teoría y la praxis del socialismo se han situado en el centro del pensamiento social mundial y de la lucha de clases. En todas las naciones del mundo, los destinos de la Humanidad, las perspectivas generales de desarrollo de la civilización, se asocian cada vez más en la conciencia de las grandes masas populares y en su vida cotidiana con el socialismo.

El actual proceso de desarrollo social acredita de modo fehaciente que el papel del socialismo es fundamental tanto en lo referente a la creación de las premisas necesarias para decidir sobre los problemas globales de la civilización como a su solución en la práctica. En todo lo que requiere una cooperación práctica multilateral de los países del mundo entero, en el dominio de los progresos de la revolución científico-técnica de nuestros días en interés de la totalidad de las masas trabajadoras, en la solución de los problemas que tienen que ver con los recursos energéticos y otras materias primas naturales, en el dominio de las riquezas del océano mundial, en la protección del medio ambiente, en la conquista del espacio, en la lucha contra el hambre en masa y las enfermedades peligrosas, es el socialismo real el que aporta la contribución de mayor peso y más sustancial. Los problemas cardinales del género humano sólo pueden resolverse por el camino de la remodelación socialista del mundo, tal es la deducción a la que hace llegar de manera cada vez más evidente la trayectoria mundial contemporánea. A eso precisamente se debe que masas cada vez más grandes del globo consideren el socialismo como la única alternativa histórica posible al capitalismo, que obedece a una línea progresista de desarrollo de la civilización del hombre. "El socialismo —subráyase en el

Informe del Comité Central del PCUS al XXV Congreso del partido— ejerce ya hoy una influencia colosal en el pensar y el sentir de cientos de millones de habitantes de la Tierra. Garantiza a los trabajadores la libertad, derechos verdaderamente democráticos, el bienestar, amplio acceso al saber y una firme seguridad en el futuro. Trae la paz, el respeto a la soberanía de todos los países y la cooperación interestatal en pie de igualdad, y es un punto de apoyo para los pueblos que luchan por su libertad e independencia. El día de mañana brindará indudablemente nuevas pruebas de las posibilidades ilimitadas del socialismo, de su superioridad histórica sobre el capitalismo"[1].

Mientras los países de la comunidad socialista mundial van obteniendo nuevos y nuevos progresos en todas las vertientes de la vida pública, obsérvanse en el mundo capitalista procesos que son una prueba indudable de la agudización y el ahondamiento de la crisis general del capitalismo. Figuran entre esos procesos el descrédito del sistema monopolista-estatal de regulación de la economía, en torno al cual hace poco tiempo aún se hizo mucha propaganda como medio de superar los males de ausencia de planificación, espontaneidad e inestabilidad que aquejan al sistema económico capitalista; las nuevas sacudidas de crisis y los vaivenes de la coyuntura económica que afectan simultáneamente a todos los países capitalistas; una inusitada inflación en tiempos de paz y el desplome del sistema monetario y financiero del mundo capitalista; la escalada del desempleo y la carestía; la crisis de materias primas, energética y económica; la crisis del sistema político del capitalismo y de la ideología, la moral y la cultura burguesas. La contradicción entre las relaciones capitalistas de producción y las fuerzas productivas que, en el contexto de la revolución científico-técnica, se renuevan de modo cardinal, se manifiesta con acritud bajo la forma de crisis de abastecimiento de energía y de materias primas, contaminación del medio ambiente y empleo de los avances de la revolución científico-técnica al objeto de militarizar la economía.

Los progresos de la edificación socialista y comunista, el avance de los fenómenos de crisis en el mundo capitalista y el incremento de la lucha revolucionaria de la clase obrera y de todas las fuerzas antiimperialistas confirman en la práctica de modo incontestable que la vía socialista de desarrollo histórico que ilumina la teoría marxista-leninista es certera.

[1] *Documentos del XXV Congreso del PCUS*. Moscú, 1976, pág. 10.

Es tan grande hoy día la irradiación de las ideas del socialismo a los ojos de las masas trabajadoras de todos los países del mundo que ningun movimiento político puede ignorar esa circunstancia si se plantea hacerse con dichas masas, tener el apoyo del pueblo y conquistar la mayoría de votos del electorado.

Partidos de las más diversas orientaciones —entre ellos los partidos y grupos políticos que interpretan los intereses de la burguesía monopolista— operan en el presente con lemas socialistas y elaboran concepciones de la "tercera vía", la "vía auténticamente socialista", que no son, en realidad, otra cosa que una remodelación de las ideas del social-reformismo. Puede decirse que la mayoría de las corrientes políticas no proletarias contemporáneas ofrecen esta o la otra interpretación del socialismo y apresúranse a vestirse con ropajes de "combatientes" por una reestructuración socialista del mundo.

Desde luego que no todos, ni mucho menos, quienes hablan o escriben sobre el socialismo lo hacen con el propósito de contribuir realmente al hundimiento del capitalismo y a la edificación del socialismo. Existen ideas muy distintas de cómo debe ser el socialismo y de qué forma se puede llegar a él; es más, un buen número de concepciones del socialismo no constituyen sino interpretaciones burguesas y pequeñoburguesas de un futuro régimen capitalista ornadas con fraseología socialista. Algunas de ellas se crean y utilizan precisamente como medio de lucha anticomunista contra el socialismo científico. Aun así, ante todo hemos de constatar que *ya al propio hecho de que todas las clases y capas hablen de socialismo es un signo sintomático del mundo moderno, en el que el socialismo realmente existente se halla en el centro de los acontecimientos históricos universales.*

Es la nuestra una época de transición revolucionaria del capitalismo al socialismo y al comunismo, transición que se verifica bajo la bandera del marxismo-leninismo. Difícil resulta marchar contra esta poderosa corriente transformadora revolucionaria. La historia, la praxis, brindan cada día más pruebas de la viabilidad del socialismo y la certeza de la teoría marxista-leninista. En estas circunstancias, confiar en poder atraer a las grandes masas mediante acciones abiertas contra el socialismo, contra el marxismo-leninismo, significa condenarse de antemano al fracaso, a perder la batalla ideológica por hacerse con el pensar y el sentir de las gentes. De ahí que multitud de ideólogos burgueses a menudo reconozcan el socialismo y el marxismo de palabra, pese a que en realidad lo deforman y tratan de impugnarlo. Los adversarios del socialismo ahora no sólo repudian

y falsifican el socialismo real. Muchos de ellos se visten afanosamente ropajes socialistas. Y una de las formas más difundidas de esa falsificación es precisamente el llamado "socialismo democrático".

En el fondo, el "socialismo democrático" constituye la ideología oficial de los partidos socialdemócratas, muchos de los cuales se hallan ya en el poder en los países capitalistas desarrollados, lo comparten con otros partidos o se empeñan activamente por instalarse en él. Pero el concepto de "socialismo democrático" está siendo utilizado intensamente por distintas corrientes políticas e ideológicas contemporáneas como única alternativa factible tanto al capitalismo como al socialismo genuino. En realidad, su ideología se contrapone de forma activa no tanto a la del capitalismo como a la ideología científica comunista, y el poder de los socialdemócratas al de los trabajadores en la sociedad socialista real.

Conviene señalar que, en más de una ocasión, el "socialismo democrático" ha ido adaptándose a las condiciones cambiantes y cada vez que lo ha hecho ha devenido menos y menos socialista. En el momento actual asistimos a un nuevo brote de "actividad teórica" en torno a ese concepto, ya que los partidos socialreformistas de Occidente y la dirección de la Internacional Socialista se han visto estos últimos años ante la necesidad de mejorar sus consignas programáticas, las cuales, interpretadas tradicionalmente, no ejercen en las masas el influjo de antaño.

Hoy en día el "socialismo democrático" constituye una mescolanza de ideas muy abigarrada y es preconizado por representantes de corrientes políticas diversas. Aparece ante todo como la concepción de los teóricos de la socialdemocracia, bien se trate del tradicional "socialismo democrático" de los socialdemócratas de derecha o del "socialismo democrático" un tanto modificado de otras corrientes de la socialdemocracia que ponen el acento en las llamadas reformas que cambian el sistema. Ahora bien, en el momento actual topamos además con un socialismo democrático que aparece bajo la forma de los "modelos socialistas" de Garaudy, Fischer, Sik y otros renegados por el estilo que han roto con los partidos comunistas y contraponen sus ideas revisionistas a la práctica de la edificación real del socialismo. El "socialismo democrático" existe también bajo la forma de hábiles manejos con el socialismo por parte de los ideólogos liberales de izquierda de la burguesía, la cual trata de encontrar su alternativa "socialista" a la solución de los problemas que tiene planteados la sociedad. El "socialismo democrático" se anida también en las concepciones reformistas de los católicos de izquierda que someten a una acertada crítica las lacras de la sociedad capitalista moderna. Esta concepción aparece también como socialismo de un sector de los jóvenes que operan dentro del marco de las fuerzas de la "nueva izquierda" y tratan de sustituir su débil preparación teórica y la imprecisión de sus posiciones de clase como un afrontamiento puramente emocional de los problemas. La concepción de "socialismo democrático" la explotan a fondo además los adeptos del llamado socialismo sionista, el "kibbutzismo".

Ahora bien, cualesquiera que sean las vestiduras que se ponga, el "socialismo democrático" es un instrumento de los ideólogos revisionistas y burgueses. Constituye la ideología, socialista por su fraseología pero revisionista en el fondo, de desplazamiento de la clase obrera y los partidos comunistas de la dirección del proceso histórico, de la disolución del socialismo genuino en una verborrea liberal burguesa sobre transformaciones socialistas. Es una alternativa reformista y burguesa al socialismo real, el único posible en el plano histórico.

Con toda la heterogeneidad y abigarramiento de las concepciones teóricas y de los programas prácticos que apelan al "socialismo democrático", es propio de todos ellos la negación del socialismo científico, de sus ideas fundamentales sobre la necesidad de una reconstrucción radical, revolucionaria de la sociedad capitalista, de eliminar la propiedad privada sobre los medios de producción y del sistema entero de relaciones capitalistas, y sobre el papel rector de la clase obrera en el cometido de liquidar la explotación del hombre por el hombre. Cuando los teóricos del "socialismo democrático" tratan de desfigurar los progresos del socialismo real en los países de la comunidad socialista, hacen hincapié principalmente en que los partidos comunistas no otorgan la debida atención al desarrollo de las instituciones democráticas de la vida pública, en tanto que los adalides del "socialismo democrático" abogan por un desarrollo ilimitado de la democracia.

En realidad, sus concepciones de democratización ilimitada de la vida pública, de una democracia, digamos "sin orillas", son teorías abstractas que se basan en una idea falsa, supraclasista, de la democracia y no tienen en cuenta la dependencia objetiva de las formas de desarrollo de la democracia respecto de las condiciones concretas y del grado de desenvolvimiento de estas o las otras vertientes de la vida pública. La fórmula principal del "socialismo democrático" no es, en esencia, pese a

su denominación, "socialismo más democracia", sino "democracia menos socialismo", "democracia en nombre de la propia democracia". Una democracia abstracta propiamente dicha, al margen de las formas concretas de la vida social, he ahí por lo que bregan los partidarios del "socialismo democrático". Esta ideología va proyectada a distraer a la clase obrera de la lucha por una transformación radical de la sociedad capitalista, contra la lucha que se libra bajo la bandera del socialismo, obligándole a batirse (bajo la bandera de una democracia abstracta) por reformar gradualmente el capitalismo, por cambiarlo sin tocar en absoluto las bases de la sociedad capitalista. Va orientada a fragmentar las filas del movimiento obrero internacional a través de oponer a la lucha por el socialismo el combate por la democratización de la vida pública, de separar la democracia del socialismo.

Los teóricos del "socialismo democrático" pintan a éste en forma de una "tercera vía" que supuestamente permite eludir los "excesos" tanto del capitalismo como del comunismo y conduce a un nuevo sistema de democracia social.

La concepción de "socialismo democrático" es una caprichosa mescolanza de ideas reformistas, revisionistas y liberal-burguesas.

Pese a ser una concepción amorfa desde el ángulo teórico, que se contradice con la realidad efectiva, asocian sus esperanzas con el "socialismo democrático" multitud de socialdemócratas y jóvenes socialistas de fila e intelectuales de tendencias anticapitalistas que ven en él el camino hacia la realización de sus ideales socialistas. Esto se explica, primero, por el hecho de que un sector de los trabajadores de ideas socialistas, influenciados por la feroz campaña desatada por el capital monopolista contra los partidos comunistas y el socialismo real se inclinan a la búsqueda de "otros modelos de socialismo" y, segundo, por la intensa propaganda que en los partidos socialistas y socialdemócratas se hace de las concepciones del "socialismo democrático", las cuales rechazan el socialismo científico de un modo puramente formal, gratuito y manifiestan que aquel socialismo es la única alternativa al capitalismo.

A raíz de ello, el poner de manifiesto la inconsistencia científica de dichas concepciones constituye una importante contribución a la cohesión de las filas del movimiento obrero internacional, al afianzamiento de la unidad de la clase obrera y al triunfo de la causa y de las ideas del socialismo.

Capítulo I

EL "SOCIALISMO DEMOCRATICO", IDEOLOGIA DEL SOCIAL-REFORMISMO

1. El pluralismo o la vaguedad de la concepción de "socialismo democrático"

Como habíamos señalado, esta concepción la hacen suya los más diversos adversarios ideológicos y políticos del socialismo científico. No obstante, aparece ante todo como ideología oficial de los actuales reformistas socialdemócratas, etc.

Podemos decir que "socialismo democrático" es sinónimo de doctrina político-social de la moderna socialdemocracia, consagrada oficialmente en sus documentos programáticos. Esa concepción precisamente ejerce la función de asistir teórica e ideológicamente al movimiento socialdemócrata.

Ahora bien, pese a la profusión de toda suerte de obras de los teóricos del social-reformismo consagradas a la concepción que nos ocupe, ésta sigue siendo hasta el momento altamente amorfa, difusa y ecléctica, y no puede ser calificada sino de mescolanza teórica. Según afirman los propios adeptos del "socialismo democrático", un rasgo específico de esta concepción es su pluralismo de ideas casi ilimitado. En la declaración programática "Objetivos y tareas del socialismo democrático" de la Internacional Socialista, aprobada en su primer Congreso (Francfort del Meno, 1951), sobre ese particular se consigna, por ejemplo: "El socialismo es un movimiento internacional que no requiere una rígida uniformidad de ideas. Independientemente de que las convicciones de los socialistas se basen en el marxismo o en otro método de análisis de la sociedad y de que se inspiren en principios religiosos o humanitarios, tienden todos ellos hacia un fin: un sistema de justicia social, una vida mejor, la libertad y la paz mundial"[1].

Los partidos que forman parte de la Internacional Socialista

[1] *Declarations of the Socialist International.* London, 1964, pp. 3-4.

procuran, en general, eludir la discusión de los problemas teóricos estimando que ello es asunto interno de cada partido[2].

Esta forma general, "pluralista", de abordar la elaboración de las cuestiones teóricas del movimiento socialdemócrata hace que casi cada partido que lo compone de hecho tenga su concepción específica de "socialismo democrático" que difiere en algo de las demás. Más aún, en el seno de los propios partidos se ponen de manifiesto diferencias en la intelección de los problemas fundamentales de la reconstrucción social, lo que también se refleja en la multiforme interpretación del "socialismo democrático". Lo único que les une a los socialdemócratas de los distintos países es su invocación de que el observar los principios de la democracia (en realidad, del sistema parlamentario burgués) es la principal condición de la edificación del socialismo, con la circunstancia de que la elaboración del socialismo propiamente dicho es asunto de cada partido y no incluye criterios científicos bien definidos. El rasgo distintivo más general que permite a este o el otro partido afirmar que sostiene las posiciones del "socialismo democrático" es, según los socialdemócratas, el propósito que preconizan de transformar la sociedad hacia el socialismo (cada vez interpretado a su manera, de lo que nos convenceremos más adelante) observando los principios de la "democracia pluralista". Ahora bien, las formas de enfocar esta concepción general de "socialismo democrático" por los diversos partidos de la Internacional Socialista son muy diferentes. Es también muy variopinto el abanico de ideas en el seno de los propios partidos. A la interrogante de "¿qué es el socialismo?", O. Palme, Presidente del PSDO de Suecia, contesta: "Existen 71 definiciones del socialismo. Si diera la 72 nada se arreglaría. No hay una definición de "general aceptación"[3].

Esto, en realidad, quiere decir que no existe una teoría integral y armónica que fundamente con suficiente amplitud y profundidad científica qué representa el "socialismo democrático", en tanto que específico modelo socialdemócrata y socialista de remodelación económica, política, social, cultural y moral del mundo sobre principios socialistas, de transformación del antihumano capitalismo en un sistema social humanitario.

Asistimos a un cuadro paradójico: el movimiento socialdemócrata, cuyas filas cuentan 65 partidos y organizaciones,

[2] A. Day. *Two Faces of democratic socialism. Socialist Commentary.* London, May, 1971, p. 11.

[3] Cita tomada de *Experiencia y perspectivas de la acción unitaria de comunistas y socialdemócratas.* Moscú, 1974, pág. 271.

carece de una concepción teórica bien definida de la reestructuración de la sociedad. En realidad, los socialdemócratas han alzado la bandera blanca ante las relaciones sociales que existen bajo el capitalismo proclamando que son propias de la naturaleza del hombre y refutado, por ser pretendidamente una "utopía marxista", la posibilidad de construir una sociedad en la que "el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos"[4]. Por eso mismo, el movimiento socialdemócrata reformista no experimenta, en general, una viva necesidad de contar con una teoría integral y armónica del "socialismo democrático" como sistema social específico que los reformistas contraponen gratuitamente tanto al capitalismo como al socialismo real. Al no decidirse a cambiar en la práctica las bases de la sociedad capitalista, los adalides del "socialismo democrático" no se ven muy necesitados en una concepción seria, con rigor científico, de lo que teórica e ideológicamente contraponen al capitalismo. Por lo que se ve, los social-reformistas de nuestros días se hacen cargo del peligro que para su práctica reformista, conciliadora y conformista encierra la concepción teórica rigurosamente elaborada, armónica y científicamente probatoria de la transición efectiva del capitalismo al socialismo. La "pluralidad", la nebulosa, en realidad, de sus concepciones teóricas del "socialismo democrático" no son sino un camuflaje de la absoluta inviabilidad práctica de esa teoría de reforma del capitalismo en una sociedad que se diferencia del capitalismo, en un sistema social socialista.

La concepción de "socialismo democrático" evoluciona igual que lo hacen los programas prácticos del movimiento socialdemócrata. Esa evolución, sin embargo, no se produce en el sentido de profundizar y dilucidar los fundamentos y tesis teóricos, sino en el de incrementar el carácter amorfo y ecléctico de dicha concepción.

Este eclecticismo salta a la vista en cualquier exposición del "socialismo democrático". *Die neue Gesellschaft*, órgano teórico del PSDA, afirma, por ejemplo: "La doctrina cristiana sobre la imagen del hombre y las dimensiones éticas de esta doctrina, los derechos humanos proclamados por la Revolución Francesa, la ética y las ideas ilustradoras de Kant, la filosofía dialéctica hegeliana de la historia, la crítica de Marx del capitalismo, el marxismo crítico de Bernstein, la teoría de la espontaneidad y la crítica del bolchevismo de Rosa Luxemburgo, el socialismo

[4] C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista. Obras*, ed. en ruso, t. 4, pág. 447.

libre de Schumacher, las novísimas opiniones de Ernst Bloch, Horkheimer y Adorno, Habermas, Kolakowski, Milovan Djilas y otros, son por decirlo así, actos de conciencia del "socialismo democrático" que se suceden y se interaccionan y cooperan y que se reducen a un motivo ético único"[5].

Haciendo pasar el vicio por virtud, los ideólogos del reformismo social presentan la vaguedad de la noción "socialismo democrático" como una "amplitud de miras" de la socialdemocracia y el carácter "abierto" de su ideología. Conviene subrayar, sin embargo, que al interpretar el pluralismo como aspecto positivo y como carácter elástico y democrático de dicha noción, los propios abanderados de la misma ya sienten que, en realidad, el pluralismo no es otra cosa que impotencia teórica y práctica, algo invertebrado, cabalgando sobre lo cual, hoy día, no se puede ir muy lejos ni amasarse un capital político. Por ello precisamente, a partir de la década del 70 se deja oír con creciente fuerza en el campamento de los teóricos del "socialismo democrático" un llamamiento a elaborar al menos en rasgos generales una concepción de éste último que refleje los puntos de vista del movimiento socialdemócrata de Europa Occidental en su conjunto. Ya en 1972, A. Day señalaba que tanto dentro como fuera de la Comunidad Económica Europea se hace mayor la necesidad de una concepción socialdemócrata única de la organización de la sociedad. "La ofensiva ideológica de la socialdemocracia —subrayaba— está llamada a elaborar una tal concepción"[6].

En el momento actual, las llamadas de los ideólogos socialdemócratas a crear una concepción más o menos única y definida del "socialismo democrático" se han extinguido. Este tema ha dejado de ser de palpitante actualidad en la literatura socialdemócrata. Ello, sin embargo, tiene lugar no porque los adalides del "socialismo democrático" no tengan necesidad en algún punto de vista común sobre la esencia del sistema de democracia social, por el que se proclaman luchadores. No cabe duda de que, aun cuando precisen de una teoría de más o menos general aceptación de ese sistema, no se hallan simplemente en condiciones de crearla. Prueba de ello son, en particular, las vanas tentativas de elaborar en lugar del hoy vigente Programa de la Internacional Socialista —la Declaración de Francfort (1951)— un nuevo documento programático que consagre las posiciones

[5] Cita tomada de: M. Schäfer. *El "socialismo democrático" en la teoría y la política del PSDA. Revista Internacional,* 1973, N 8, p. 22.

[6] A. Day. *Die ideologische Offensive der Sozialdemokratie. Die Neue Gesellschaft.* Bonn — Bad-Godesberg, 1972, N 6, S. 456.

comunes de los partidos que integran esta organiz... que, por acuerdo del XXIII Congreso de la Internacional Socialista, una comisión que preside Felipe González se halla trabajando en ese documento desde 1976, ésta no pudo preparar para el último Congreso de Vancouver una declaración programática más o menos coherente del movimiento socialdemócrata contemporáneo.

Entretanto, en el movimiento obrero de nuestros días se están produciendo cambios políticos importantes, que se expresan ante todo en una sustancial radicalización de las organizaciones obreras de los países capitalistas, en el carácter cada vez más masivo de las acciones de obreros y otras fuerzas progresistas contra el dominio de los monopolios, como también en el ascenso del papel de vanguardia de la clase obrera en la lucha de todas las masas trabajadoras por sus derechos, por cambios radicales en la sociedad capitalista.

Bajo la acción de los cambios objetivos de orden social y político, nuevos procesos políticos acaecen también en el seno de la socialdemocracia. Entre ellos es fundamental el proceso de diferenciación de las filas del movimiento socialdemócrata y socialista, en primer lugar entre aquellas fuerzas de derecha de la socialdemocracia que abogan por la estabilización del capitalismo monopolista de Estado y las de izquierda que defienden de modo cada vez más activo las reivindicaciones de clase del proletariado exhortando a disociarse de la política imperialista y a normalizar las relaciones con los partidos comunistas. Es éste un proceso complejo y cargado de contradicciones que afecta las relaciones tanto entre los diferentes partidos de la socialdemocracia mundial (incluida la Internacional Socialista), como en el seno de cada uno de ellos, entre los líderes de derecha y aquellos socialdemócratas de fila que ven en el socialismo la alternativa al capitalismo.

Al mismo tiempo, tampoco podemos dejar de lado la naciente tendencia a encontrar un enfoque de compromiso, algo así como una media entre los puntos de vista de los socialdemócratas de derecha y los socialistas de izquierda. Esta tendencia se está poniendo de manifiesto en una serie de partidos y descansa sobre una base objetiva. Los cambios sucesivos en la estructura social de la sociedad, la elevación del nivel profesional de los obreros, el creciente número de empleados, la creación acelerada de demandas espirituales de las capas trabajadoras que se formulan como reivindicaciones programáticas, éstas y demás circunstancias influyen en la base social de la socialdemocracia y, conse-

cuentemente, sobre su cosmovisión. Los socialdemócratas de la RFA han promovido este último tiempo la noción "nueva medianía". Willy Brandt, que es quien más activamente la fomenta, estima que en la presente sociedad capitalista se está creando una capa de "ciudadanos más conscientes" integrada por obreros de alta cualificación, empleados e intelectuales que son precisamente el sostén de la socialdemocracia. Esta "nueva medianía" plantea con creciente crudeza la cuestión del perfeccionamiento progresivo de la democracia política y social, de elevar la "calidad de la vida". Según Brandt, la socialdemocracia tiene por misión poner en práctica estas demandas.

A la política y la ideología de la socialdemocracia, en tanto que partido obrero reformista, les son propias dos tendencias de clase opuestas. Una la forman los intereses de los trabajadores que constituyen la inmensa mayoría de miembros y adeptos de los partidos socialdemócratas y, otra, los líderes de derecha de la socialdemocracia vinculados con los intereses de la burguesía. Dentro del marco del entrelazamiento y la lucha de esas dos tendencias es donde transcurre el desarrollo interno de la socialdemocracia. Es muy importante tener presente esta circunstancia puesto que en ella radican las posibilidades de unión, cooperación y unidad de acción de los socialdemócratas tanto con los partidos comunistas (como efecto de la primera tendencia) como con los partidos burgueses (en virtud de la segunda).

Los fenómenos que en estos últimos años vienen produciéndose en el seno del movimiento socialdemócrata revisten un carácter harto contradictorio y no siempre pueden ser aquilatados de modo uniforme. Por otra parte, su análisis permite hacer constar con un grado suficiente de veracidad, primero, que se observan ciertos cambios positivos en el ámbito de la política exterior de los partidos socialdemócratas y, segundo, que existe una creciente tendencia a contactar y cooperar con los partidos comunistas.

La evolución de las ideas del "socialismo democrático" no es sino una imagen teórica del proceso de creciente diferenciación y escisión en las filas del social-reformismo que se está produciendo en el curso del desarrollo histórico. El pluralismo del "socialismo democrático" constituye una expresión ideológica y teórica de la ausencia de unidad, de cimentación del movimiento político al que esa concepción sirve ideológicamente.

En este orden, conviene tener presente que, con toda la diversidad e incertidumbre de la concepción de "socialismo democrático", esta doctrina ideológica, en el curso de su evolución, sigue

siendo uniforme y bien definida en lo referente a su orientación contra el marxismo-leninismo y el socialismo real.

Habida cuenta de lo dicho más arriba, preciso es advertir que resulta imposible analizar la concepción que nos ocupa como una teoría e ideología integral y bien definida del reformismo socialdemócrata y socialista contemporáneo, dado que ambos carecen simplemente de tal concepción integral y precisa. Para entender qué es el "socialismo democrático" y qué significa su pluralismo, de un lado, se precisa al menos una breve digresión de la historia y revelar la evolución de la forma en que los socialreformistas han abordado estos o los otros problemas fundamentales de la transformación de la sociedad y mostrar qué fuerzas políticas son las que originan la incertidumbre pluralista de dicha concepción. De otro lado, al examinar el actual concepto de "socialismo democrático" conviene mostrar constantemente la diferencia de las doctrinas de la misma que profesan las distintas corrientes en el seno de la socialdemocracia y del actual movimiento reformista socialista de izquierda allegado teórica y prácticamente a ella.

2. De dónde procede y a dónde llega el pluralismo del "socialismo democrático"

La historia del "socialismo democrático" hunde sus raíces en los orígenes del oportunismo y el reformismo. Las causas de la aparición del oportunismo en las filas del movimiento obrero y de la configuración del revisionismo como corriente ideológica aparecen en las obras de marxistas de los distintos países, especialmente en los trabajos *Marxismo y revisionismo, La revolución proletaria y el renegado Kautsky, La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, etc. de Lenin. Las fuentes sociales objetivas del oportunismo y el revisionismo Lenin las vinculó ante todo con las capas pequeñoburguesas de la sociedad. Estas capas, según señalaba Lenin, "cercan de elemento pequeñoburgués al proletariado, lo impregnan de ese elemento, lo corrompen con él, provocan sin cesar en el seno del proletariado recaídas de pusilanimidad pequeñoburguesa, de atomización, de individualismo, de vaivenes entre la exaltación y el abatimiento"[7].

Las principales causas del surgimiento de las corrientes políticas oportunistas y revisionistas en el movimiento obrero

[7] V. I. Lenin. *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo. Obras Completas*, 5 edición en ruso, t. 41, pág. 27.

Lenin las veía en el influjo en los obreros de la ideologia pequeñoburguesa, así como en la presión del imperialismo sobre el movimiento obrero mediante el soborno de las capas superiores de la clase obrera y la formación de ese modo de la "aristocracia obrera" y la "burocracia obrera". Al tiempo que mostró la base social del oportunismo y el revisionismo en el movimiento obrero, Lenin ofreció una exhaustiva característica fundamental de estas corrientes políticas. Calificó el reformismo pequeñoburgués como "el servilismo ante la burguesía encubierto con bondadosas frases democráticas y "social"-democráticas e impotentes deseos"[8]. Demostró que cualesquiera que fueran los propósitos objetivos del revisionismo, éstos actúan del lado del capitalismo y no del socialismo. Puso de manifiesto además la esencia de la política revisionista: "Determinar de cuando en cuando la conducta que se debe seguir, adaptarse a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capitalista, de toda la evolución del capitalismo y sacrificar esos intereses cardinales por ventajas reales o supuestas del momento: esa es la política revisionista"[9].

La elaboración del concepto de "socialismo democrático" comenzó en la socialdemocracia alemana y se debe al desarrollo en ella de una corriente revisionista oportunista.

Por lo visto, E. Bernstein puede ser incluido entre los "padrinos" de las ideas que formaron la base de dicho concepto. Sus asertos en cuanto a la necesidad de que la socialdemocracia centrara su atención fundamentalmente en las reformas en tanto que camino principal hacia el socialismo llegaron a ser capitales para la plataforma ideológica del revisionismo. Fue él precisamente quien en una serie de artículos aparecidos en *Die Neue Zeit* (1897-1898) trató por primera vez de argumentar teóricamente el papel de la socialdemocracia como partido de reformas sociales que operaba sobre el terreno de la sociedad burguesa.

En este orden de ideas, el propio Bernstein consideraba que sostenía las posiciones del marxismo y se incluía entre los alumnos críticos de Marx.

Así pues, inicialmente, el revisionismo, que desfiguraba la esencia del marxismo, lo reconocía formalmente como base teórica. Se trataba, tal y como estimaba Bernstein y sus seguidores, tan sólo de un cambio de táctica a tenor de las modificadas condiciones en los países capitalistas.

[8] V. I. Lenin. *Nuevos tiempos, viejos errores de nuevo tipo. O. C.*, t. 44, pág. 101.
[9] V. I. Lenin. *Marxismo y revisionismo. O. C.*, t. 17, pág. 24.

Es típico de la concepción de E. Bernstein su carácter contradictorio interno. De un lado reconoce la necesidad de la lucha de clase del proletariado. Al propio tiempo se desarrolla en ella una interpretación de los principios de la democracia y la preservación de los derechos y las libertades que excluye de hecho la lucha de clases y reconoce tácitamente el Estado capitalista basado en el principio de la propiedad privada. Este carácter contradictorio daba pie para diferentes enfoques en la evolución del concepto de "socialismo democrático".

Las diferentes interpretaciones de la concepción de Bernstein se tradujeron en la evolución ulterior de las ideas del "socialismo democrático" en dos direcciones fundamentales.

Una tomó como base la elaboración de los problemas de la libertad y la democracia partiendo de un enfoque al margen de las clases y se aproximó, por esta razón, a las posiciones ideológicas de los liberales burgueses. En la literatura socialdemócrata a esa corriente se empezó a denominarla liberal o liberal de izquierda. Recordemos que ya E. Bernstein llamaba al socialismo "culminación del liberalismo"[10]. Medio siglo después, Bruno Kreisky, actual portavoz de la corriente liberal de la socialdemocracia, repitió esa idea virtualmente al subrayar que "ya en el transcurso de varios años el movimiento socialdemócrata desarrolló triunfalmente las "ideas del liberalismo"[11].

Formalmente, los socialdemócratas de tendencia "liberal" no niegan el marxismo. De hecho, sin embargo, lo desvirtúan remitiéndose en lo fundamental únicamente a aquella parte del legado teórico de Marx y Engels en que se iluminan las cuestiones relativas al papel del individuo, a la garantía de sus derechos y libertades, y desgajando artificialmente estas cuestiones del enfoque conceptual general del marxismo en cuanto a los problemas de la reestructuración de la sociedad capitalista. De ahí su singular interés por las obras tempranas de Marx.

La otra corriente se autocalifica de "marxista". Son los socialdemócratas que reconocen una serie de planteamientos fundamentales del marxismo, entre ellos la necesidad de transformaciones revolucionarias en la sociedad, pero que niegan la dictadura del proletariado y critican los métodos de edificación de la nueva sociedad en los países del socialismo.

Estas dos direcciones en la argumentación teórica de la

[10] C. Kautsky. *Contribución a la teoría y la práctica del marxismo. Antibernstein.* Moscú, 1922, pág. 177.
[11] B. Kreisky. *Viele sind Revolutionäre aus Bequemlichkeit. Der Spiegel*, 1972, N 10, S. 111.

concepción del "socialismo democrático" se revelan en los distintos partidos de forma diferente, según las condiciones específicas de cada país concreto. En las distintas etapas se aproximan, se funden en unas ocasiones y se separan de nuevo en otras, siendo un reflejo de los complicados procesos que se verifican en el movimiento socialdemócrata. Tienen en su raíz la heterogeneidad de la base social de la socialdemocracia, de la que junto con destacamentos considerables de la clase obrera forman parte otros grupos sociales que traen consigo elementos de la ideología pequeñoburguesa.

En las circunstancias de hoy, los cambios político-sociales acaecidos en los países del capitalismo, la agudización cada vez mayor de las contradicciones de la sociedad capitalista, de un lado, y la creciente influencia de los países socialistas en el desarrollo social mundial, de otro, han hecho más profunda la disociación ideológica en el seno de los partidos socialdemócratas y socialistas que fue latente desde el momento en que nació el social-reformismo. Se han producido serias modificaciones en la composición social de los partidos de la Internacional Socialista. La socialdemocracia, que es un complicado conglomerado de fuerzas políticas, sigue tratando de tener como apoyo ante todo a la clase obrera. No obstante, durante estos últimos decenios ha asimilado una parte notable de las capas medias (empleados, intelectuales, pequeños empresarios, artesanos), como también de jóvenes estudiantes, cuyas filas vienen nutriéndose en los últimos años, en crecientes proporciones, por jóvenes que proceden tanto de familias de empleados, que por su condición social se aproximan a los obreros, como de obreros y campesinos. El cambio de la composición social no ha podido menos que repercutir en la cosmovisión de los partidos.

Al tiempo que los empleados de fila y los estudiantes, cuya cuantía numérica crece sin cesar, coinciden por su condición con la clase obrera y encuentran con ésta un lenguaje común (sobre todo a la hora de promover reivindicaciones relativas a la garantía real de los derechos de los asalariados en la gestión del proceso productivo y de la sociedad a distintos niveles) los empleados con altas retribuciones — altos funcionarios de la administración pública, gerentes— abogan por una solución "tecnócrata" de los problemas sociales de la sociedad capitalista sosteniendo unas orientaciones valorativas próximas a las concepciones liberales burguesas.

A este respecto, no podemos perder de vista que las ideas de la socialdemocracia se conforman en medio del clima moral

de la sociedad capitalista, donde las posiciones dominantes pertenecen a la ideología burguesa llamada a defender los fundamentos del capitalismo monopolista de Estado.

Las ideas de las diferentes corrientes sociales en el seno de la socialdemocracia encuentran su reflejo en los distintos enfoques ideológicos y elaboraciones teóricas del concepto de "socialismo democrático". En los partidos en que domina el economismo, el tradeunionismo, no existen trabajos teóricos serios sobre dicho concepto. El reformismo aparece en ellos en su aspecto más descubierto. En los partidos con fuertes tradiciones de lucha política de la clase obrera y con una considerable presencia de empleados y estudiantes, las elaboraciones teóricas tienden hacia el marxismo o hacia el liberalismo burgués, al que estos últimos años se añaden concepciones tecnócratas basadas en el "racionalismo crítico".

El hecho de que a través de toda la historia ideológica de la socialdemocracia se observa la influencia, por un lado, del marxismo y, por otro, del liberalismo burgués lo reconocen los propios socialdemócratas. Bien es verdad que hacen hincapié en que el "socialismo democrático" ofrece su propia interpretación del marxismo y del liberalismo. Según ellos, el "socialismo democrático" destaca de la doctrina marxista la metodología y el planeamiento de la necesidad de dar solución de forma activa a los problemas sociales. Y vincula el liberalismo con una supuesta garantía real de los valores fundamentales de la sociedad humana: la libertad, la igualdad y la solidaridad...

Pero, en realidad, esa toma de la metodología del marxismo tras haber desechado su teoría, en particular la relativa al socialismo como primera fase de la formación comunista, reviste en la concepción de "socialismo democrático" un carácter exclusivamente formal, puesto que, en el marxismo, la metodología no existe como suplemento externo y autónomo a su teoría y a su sistema de ideas sobre las regularidades de la evolución social y de la transformación revolucionaria de la realidad social. El sistema y el método del marxismo son aspectos de su doctrina orgánicamente enlazados los unos con los otros. Precisamente el sistema de postulados teóricos que reflejan las leyes de la evolución social aparece en el marxismo al propio tiempo como la metodología general del conocimiento y la transformación de la realidad social. De ahí la imposibilidad de utilizar la metodología del marxismo arrojando estos o los otros aspectos de su doctrina, de su teoría sobre el desarrollo social. Rechazar los enunciados teóricos del marxismo significa de hecho rechazar la metodología

marxista. Así pues, las invocaciones de los "socialistas democráticos" a que se sirven de la metodología del marxismo desechando su teoría sobre el socialismo, la revolución socialista y la dictadura del proletariado, etc., no constituyen sino un estratagema demagógico y una frase huera cuya finalidad es crear apariencias de fidelidad al "marxismo" genuino, e inculcar a la clase obrera la ilusión de que la concepción de "socialismo democrático" reviste pretendidamente un carácter marxista. En la realidad, el método revolucionario del marxismo no puede compaginarse con el liberalismo del "socialismo democrático". De éste, junto con ese liberalismo, que cobra mayor semejanza cada vez con los puntos de vista liberales de cierto sector de la burguesía, desaparece por completo la metodología marxista, el modo marxista revolucionario de abordar el conocimiento y la transformación de la realidad social. Una de dos: o marxismo (marxismo integral y coherente) en la teoría y la metodología o liberalismo teórico y metodológico; no puede haber otra alternativa real. Y es que la combinación de la metodología marxista con la teoría liberal de la evolución social constituye una mezcolanza e incoherencia teórico-metodológica tal que, de hecho, se traduce inevitablemente en un liberalismo consecuente, en un mayor abandono del marxismo, prueba de lo cual es, en suma, toda la praxis del "socialismo democrático".

En la base del pluralismo de este último yace no sólo la idea bernsteiniana de la "humanización" de la lucha de clases, cuya cultivación hizo que el "socialismo democrático" se convirtiera en una teoría de paz de clase con la burguesía, en la teoría y la práctica de la coparticipación social. En la configuración del concepto que nos ocupa ejercieron también un determinado papel las obras revisionistas de K. Kautsky enfiladas contra lo principal de la doctrina marxista: la teoría sobre la dictadura del proletariado. A este respecto resulta muy ilustrativo el modo como la elaboración de las ideas de Kautsky sobre el carácter "no democrático" de la dictadura del proletariado y el cultivo de la renuncia, proclamada por él, al enfoque de clase de los problemas relativos a la democracia y la toma del poder por el proletariado condujeron al "socialismo democrático" al tremedal del anticomunismo. Las ideas revisionistas de Kautsky encuentran su máxima expresión en su obra *La dictadura del proletariado* (1918) en la que critica al partido de los bolcheviques por no haber observado la "democracia" en la Gran Revolución Socialista de Octubre.

La obra en cuestión fue capital en la elaboración teórica del

anticomunismo que la socialdemocracia comenzó a practicar precisamente a partir de ese momento. Su influencia en la conformación ulterior del concepto de "socialismo democrático" se manifestó además en que constituyó la base también de las elaboraciones teóricas del ala izquierda, "marxista". Hasta los teóricos de izquierda del "socialismo democrático", que reconocen una serie de enunciados marxistas fundamentales (la necesidad de socializar los medios de producción como principal requisito, etc.) conjugan su decadente marxismo con el vigoroso anticomunismo de la socialdemocracia "liberal".

En las décadas del 20 y el 30, el "socialismo democrático" fue conformándose poco a poco siguiendo el camino de la revisión del marxismo en todas direcciones. El recurso al compromiso filosófico del legado de Kant, la elaboración de los problemas del "socialismo ético", la aparición de la teoría de la "libre economía social" con sus tentativas de asociar los principios de la economía de mercado capitalista con los del socialismo, los debates en torno al papel del Estado en la sociedad capitalista contemporánea, el surgimiento de la teoría del pluralismo político, que constituye, en esencia, la negación definitiva de las ideas de la dictadura del proletariado, cada una de estas tendencias eran esfuerzos teóricos que, con posterioridad, los ideólogos de la socialdemocracia trataron de unirlos en un concepto único de "socialismo democrático". El filo de todos esos esfuerzos lo componían los planteamientos anticomunistas, las tentativas de inculpar al socialismo real de violar la democracia y los derechos de los ciudadanos.

Sabido es que, antes de la subida al poder del fascismo en Italia y Alemania y del comienzo de la segunda guerra mundial, el concepto de "socialismo democrático" propiamente dicho no había sido formulado todavía en el movimiento socialdemócrata. Sus perfiles eran extraordinariamente difusos. La dirección de la socialdemocracia no se decidía aún romper abierta y enteramente con el marxismo, dado el prestigio que esta doctrina gozaba entre las masas trabajadoras. Mas, por otra parte, ya en aquel entonces se puso de manifiesto un hecho fundamental y bien claro en toda la nebulosa del "socialismo democrático": sea cual sea la dirección en la elaboración de ese concepto que tomemos, bien la representada por los socialdemócratas "liberales" que, por lo general, ocupaban posiciones rectoras en los partidos, o la de los socialistas de izquierda, que no niegan sus vínculos con el marxismo, topamos invariablemente con posturas anticomunistas, con una reprobación del socialismo real.

La nueva etapa en la actividad teórica de la socialdemocracia que comenzó después de la segunda guerra mundial no condujo a un cambio en la orientación anticomunista del "socialismo democrático". Por supuesto, el papel decisivo del Ejército Soviético en la derrota de la máquina militar hitleriana, la participación conjunta de comunistas y socialdemócratas en la Resistencia y el descrédito del capitalismo en tanto que sistema social que engendró el fascismo, estas circunstancias y otras más, incitaban a la socialdemocracia a mantener una postura más crítica con respecto a la sociedad burguesa. Al mismo tiempo, los adeptos del "socialismo democrático" seguían sosteniendo posiciones anticomunistas.

Después de la segunda guerra mundial se produjo en la socialdemocracia la ruptura definitiva con las ideas del socialismo científico, pasando cada vez más a ocupar posiciones anticomunistas. Es precisamente en ese período, años 50 y 60, cuando el concepto de "socialismo democrático" es presentado como plataforma ideológica fundamental de la socialdemocracia internacional, orientada contra el socialismo real. Esta orientación cobró su máxima expresión en la antecitada "Declaración de Francfort" de la Internacional Socialista, que según atestigua el historiador Julius Braunthal, es el primer documento de la socialdemocracia en que ésta renuncia enteramente a la idea de la ineludibilidad histórica del advenimiento del socialismo. En la Declaración no aparecía la mención de fidelidad al marxismo de la socialdemocracia. El marxismo se equiparaba a otras corrientes político-ideológicas que los socialdemócratas podrían utilizarlo en su aspiración a una "sociedad de justicia social". Según Karl Czernetz, ideólogo socialdemócrata austríaco, la "Declaración de Francfort" lleva la impronta de un compromiso. Contiene una crítica anticapitalista, una crítica del dominio colonial imperialista y reconoce que el capitalismo ha exacerbado la lucha de clases, que en una serie de países el gran capital otorgó apoyo al fascismo y contribuyó a que renaciera la barbarie. Se proclama en ella el propósito de superar el capitalismo mediante la creación de un nuevo régimen social donde "los intereses de todos se hallan por encima de los intereses de las ganancias".

Por otro lado, sin embargo, este documento elude la cuestión clave de cómo debe ser superado el capitalismo en tanto que formación ajena por completo a los intereses de las masas trabajadoras. Tampoco responde a ese interrogante la definición de "socialismo democrático" que se hace en él. El "socialismo

democrático", dice, se plantea "extender las libertades del individuo sobre la base de la seguridad económica y social y una creciente prosperidad"[12]. Esta y otras formulaciones concernientes al nuevo régimen social revisten un carácter vago y confuso. De hecho, dejan incólumes los fundamentos del capitalismo. Al propio tiempo, la Declaración contiene incisivos ataques contra el primer país socialista y denuncias en cuanto a que en él no hay democracia e impera el "monopolio estatal con una planificación totalitaria".

La concepción de "socialismo democrático" no obtuvo fundamentación teórica alguna en la "Declaración de Fracfort", aun cuando precisamente en ese documento aparece por primera vez ya como objetivo programático de la socialdemocracia. En cambio, el tendencioso carácter anticomunista de dicha concepción cobró en él su máxima dimensión. Las manifestaciones antisoviéticas convirtieron dicha Declaración en un credo anticomunista que tuvo el apoyo de los partidarios de la "guerra fría".

A lo largo de muchos años, los líderes de la socialdemocracia habían venido fundamentando la tesis sobre la "innecesidad" de una teoría para el movimiento obrero, sobre la "desideologización" de éste. La tesis promovida ya en 1946 por Kurt Schumacher sobre la "neutralidad concepcional" fue en su tiempo consagrada en la declaración programática de la Internacional Socialista, en el Programa de Bad-Godesberg del PSDA[13] y en otros documentos de la socialdemocracia.

Con todo, la tesis sobre la "libertad respecto a la ideología" proclamada por los socialdemócratas, tenía para ellos una evidente orientación ideológica y política: justificar su ruptura definitiva con el marxismo, desarmar ideológicamente a la clase obrera, quebrantar la influencia y el prestigio de la teoría marxista-leninista y poner de su lado al electorado que daba sus votos a los partidos burgueses.

No obstante, la realidad efectiva de la lucha de clases, el vigoroso auge del movimiento obrero en los años 60 y 70, el ahondamiento de la diferenciación en las filas de la socialdemocracia, el creciente influjo de la ideología marxista y el mayor interés social por el marxismo-leninismo fuerzan a los líderes e ideólogos de la socialdemocracia a revisar su postura en cuanto

[12] *Declaration of the Socialist International*. London, 1964, p. 6.

[13] En este primer Programa Básico del PSDA de la posguerra, aprobado en 1959 en el Congreso de Bad-Gobesberg, se hace una tentativa de ofrecer una argumentación teórica del "socialismo democrático".

a la "libertad respecto a la ideología". Este lema, que en modo alguno pasa al archivo definitivamente, comienza a ir acompañado de búsquedas cada vez más activas de una "nueva alternativa de peso" al marxismo-leninismo.

En las actuales "búsquedas de una ideología", de lemas que pudieran convocar a grandes masas de trabajadores, quienes mayor dinamismo muestran son precisamente los ideólogos y los líderes de derecha de la socialdemocracia, de tendencia anticomunista, que evidentemente tienen sus temores, no sin razón, respecto al monopolio de sus posiciones en la dirección de los partidos socialdemócratas. A ello se debe, por lo visto, el hecho de que las "búsquedas" se lleven a cabo otra vez principalmente en la pantanosa zona del anticomunismo y del apologismo del régimen social capitalista. Tal es precisamente el carácter de la actual tendencia dominante de la "reideologización" cuya finalidad sigue siendo la búsqueda infructuosa de la "tercera vía" entre el comunismo y el capitalismo.

Como reverso de las concepciones anticomunistas de la socialdemocracia, aparece la apología del sistema social capitalista que constituye con aquéllas un todo inseparable. Esta cara de la ideología del "socialismo democrático" se revela en la negación de la necesidad de poner en marcha transformaciones radicales de la sociedad capitalista, en la renuncia a la revolución socialista, lo que se demuestra de modo más palpable en la teoría económica y política de la socialdemocracia, en su modo de abordar los problemas sociopolíticos cardinales del imperialismo contemporáneo. Los problemas relacionados con ello se han analizado con suficiente extensión en la literatura soviética sobre el material de la posguerra. Las principales deducciones del análisis marxista del apologismo reformista del capitalismo las confirma también de modo incuestionable la praxis de los últimos tiempos.

Toda la torre de Babel de buenas esperanzas en la posibilidad de una vía evolucionista hacia el socialismo se basa sobre la inestable y hace tiempo desenmascarada tesis de la "transformación del capitalismo". Es aquí donde aparece de forma singularmente manifiesta el parentesco ideológico de los teóricos burgueses y social-reformistas. Igual que en el período de la "desideologización", la actual "reideologización" no ha modificado el carácter apologético de la doctrina del "socialismo democrático". Su contenido no ha sufrido en este sentido cambios sustanciales, digamos, desde el momento en que se aprobara la "Declaración de Francfort". Si esos cambios se operan es fundamentalmente

en el sentido de complicar el camuflaje de la esencia clasista del capitalismo monopolista de Estado y de sus principales contradicciones. Ello no quiere decir, desde luego, que los ideólogos socialdemócratas (lo mismo que los liberal-burgueses) cierren en general sus ojos ante las lacras del capitalismo. Esto resulta prácticamente imposible dada su evidencia para los trabajadores. No obstante, los socialdemócratas no desean ver el carácter profundamente objetivo de las contradicciones que entraña la naturaleza misma del capitalismo y confían en la posibilidad de vencerlas gradualmente sobre la base de la revolución científico-técnica y el empleo del papel "regulador" del Estado. Revisten, como antes, un carácter estrechamente reformista todas las novísimas recetas sociales de la socialdemocracia que —bien sea la participación en los beneficios, el "asegurar una nueva calidad de la vida" o la institución de un "fondo nacional de capital obrero", como se prevé en el programa de los laboristas ingleses— no hacen sino desviar al movimiento obrero de la solución de los problemas cardinales de la sociedad capitalista. "Hasta ahora, hemos aprovechado al máximo las posibilidades a nuestro alcance, procurando ser mejores capitalistas que los propios capitalistas"[14], reconocía el órgano teórico del POSD de Suecia, país en que los socialdemócratas se han hallado durante cuarenta años al timón de la dirección del Estado.

Así pues, desde el principio mismo de la configuración del concepto de "socialismo democrático" sus teóricos le imprimieron una orientación ideológica bien definida, y pusieron el acento en su "pluralismo" en oposición a la teoría y la praxis de la edificación comunista. El contenido de ese concepto se caracterizó por dos tendencias principales. Primero, en su osamenta se integraba de modo orgánico: la renuncia a la concepción marxista del socialismo en tanto que fase de una nueva formación económico-social basada en la propiedad social sobre los medios de producción; la suplantación de la concepción marxista del socialismo por una definición pluralista y abstracta (no concreta) del mismo como encarnación de las interpretaciones, burguesas en su esencia, de los ideales políticos y éticos de la libertad, la justicia, la solidaridad, etc.; la lucha contra el socialismo científico y su materialización real en la URSS y otros países. Segundo, el concepto de "socialismo democrático" se singularizaba por la proclamación de una línea de transformación evolutiva de la sociedad capitalista en socialista, observando obligatoriamente

[14] *Tiden*. Estockholmo, 1972, N 7-8.

los principios de la democracia de partido y parlamentaria burguesa en tanto que vía realizable y únicamente aceptable para la socialdemocracia.

El concepto que nos ocupa perseguía en el período de su elaboración una doble finalidad. De un lado, estaba llamado a hacer que el credo político-ideológico de la socialdemocracia resultase atractivo ante las grandes masas de la población sobre las que, a su vez, procuraban ejercer su influjo los partidos y corrientes políticos burgueses (conservadores, democristianos, liberales); de otro lado, contraponer su concepción del socialismo y los métodos de su edificación al marxismo-leninismo, a los procesos reales que tienen lugar en los países socialistas, a los programas revolucionarios de transición al socialismo que articulan los partidos comunistas de los países capitalistas.

3. El carácter abierto del concepto de "socialismo democrático" (A qué ideas está abierto su pluralismo)

Según anuncian los preconizadores del "socialismo democrático", una de sus características sustanciales consiste en que es una "teoría abierta". "El "socialismo democrático" —dice el socialdemócrata germanooccidental Peter Ludz— se considera como una teoría abierta en principio que asimila todo género de fenómenos de la vida de cada día y sus manifestaciones espirituales y, desde luego, también los que se dan a partir del marxismo"[15].

Este último tiempo, los ideólogos del "socialismo democrático" tratan de optar, como base filosófica de su concepción, también por el racionalismo crítico que viene elaborando Karl Popper. Prueba de ello es, entre otras cosas, la discusión desarrollada en el PSDA y que ha encontrado reflejo en tres recopilaciones intituladas *El racionalismo crítico y la socialdemocracia*[16].

Precisamente a través del racionalismo crítico los "socialistas democráticos" pretenden ofrecer una argumentación filosófica del carácter abierto del "socialismo democrático". ¿Cuál es el mecanismo de sus razonamientos sobre el particular? Conforme a sus ideas, el racionalismo crítico es a la vez una teoría del conocimiento y una filosofía política. Como teoría del conocimiento,

[15] P. Ludz. *Die Ideologie des Sozialdemokratismus aus der Sicht der Kommunisten. Die Neue Gesellschaft.* Bonn — Bad-Godesberg, 1972, N 5, S. 3-359.

[16] *Kritischer Rationalismus und Sozialdemokratie.* B., 1975.

parte del principio de la comprobación y la revisión crítica constante de nuestras teorías sobre la base de la experiencia de la vida real. El progreso del conocimiento se verifica por medio de desechar de la experiencia las teorías erróneas (falsificadas) que hayan naufragado y de sustituirlas con otras nuevas. A este proceso incesante y en renovación constante K. Popper lo califica de "método de audaces supuestos y de serias pruebas colmadas de sentido, orientadas a impugnarlos"[17].

Este método, a juicio de Popper, toma en consideración los límites de nuestros conocimientos y su versatilidad, puesto que, a menudo, sufren un fracaso al contactar con la realidad. Por otro lado reconoce que nos hallamos en condiciones de aproximarnos a la verdad mediante la elaboración de nuevas teorías. "Este método es racional, dado que tiene fe en el raciocinio humano y en sus posibilidades cognoscitivas; y autocrítico, puesto que conoce los límites de ese raciocinio, y establece la búsqueda de los errores y su erradicación como principio metódico". Este mismo principio determina el carácter del racionalismo crítico, en tanto que filosofía política que supuestamente se contrapone a los monopolios políticos de la verdad y a las utopías, filosofía que "ve en la libre competencia de ideas, en un contexto de democracia, la única forma racional de confrontación política". Según los teóricos del "socialismo democrático", existe una relación entre las tradiciones filosóficas de la socialdemocracia y la filosofía política del "racionalismo crítico" y es que ambas reconocen la crítica de lo existente como motor del progreso y defienden la democracia en cuanto forma racional de confrontación política.

Así pues, de acuerdo con la filosofía del racionalismo crítico, el carácter abierto del "socialismo democrático" es proclamado por los propios "socialistas democráticos" como una "libre competencia de ideas", poniendo el acento de esa competencia en la crítica de lo existente. Ahora bien, en la práctica, la libre competencia de ideas de los socialistas democráticos resulta que no es libre en modo alguno. A esa competencia, dentro del marco del "socialismo democrático", los adalides de éste dan acceso sólo a ciertas ideas —a las tesis social-reformistas que hayan sido adecuadas a él de antemano, antes de toda competencia y de todo análisis crítico— que contemplan, de un lado, la apología del capitalismo y, de otro, la crítica del socialismo real. En vista de tal limitación queda pendiente en el aire por completo la tesis proclamada por los "socialistas democráticos" acerca

[17] K. Popper. *Objektive Erkenntnis.* Hamburg, 1973, S. 95.

de que la crítica de lo existente aparece como motor del progreso. Y es que su crítica de lo existente resulta que no es una crítica de todo lo que existe, sino del socialismo realmente existente. En cambio, la crítica del capitalismo realmente existente se transforma en la concepción de "socialismo democrático" pese a las declaraciones filósoficas generales que éste contiene haciendo un elogio de la democracia burguesa y la apología del régimen capitalista. Cabría suponer que, siendo como es, por naturaleza, limitada en extremo, la democracia burguesa, al entrar en la categoría de "existente", debería ser sometida a la crítica de "los socialistas democráticos" a tenor de la filosofía crítico-racionalista. Mas, en realidad, la crítica de lo existente en cuanto motor del progreso funciona en los "socialistas democráticos" de modo muy unilateral. La acción de ese motor no la orientan hacia el concepto mismo de "socialismo democrático", sino hacia lo que contraponen al mismo; el socialismo científico; no hacia la sociedad capitalista con su decadente democracia, sino hacia la sociedad del socialismo real y de la democracia socialista. Resulta verdaderamente sorprendente el modo cómo los "socialistas democráticos" entienden la crítica de lo existente en cuanto motor del progreso.

Los teóricos del "socialismo democrático" de tendencias liberales afirman que el carácter abierto de este concepto (que dimana de su base filosófica: el racionalismo crítico) le permite evitar el dogmatismo, asimilar los nuevos valores espirituales que elabora la Humanidad y hallar soluciones a los problemas que no pudieran atender los pensadores de los tiempos pretéritos. Así, los redactores del antecitado libro *El racionalismo crítico y la socialdemocracia* manifiestan que, por su esencia misma, el racionalismo crítico es "antidogmático" y "antiautoritario"[18].

En la realidad, sin embargo, y en su aspecto, digamos, "antidogmático" y "antiautoritario", la base filosófica del "socialismo democrático" resulta tan unilateral y selectiva como lo es en su vertiente crítica. El antidogmatismo y el antiautoritarismo, sea cual fuere el nombre que se les de en teoría, no son en la práctica otra cosa que la lucha contra los postulados fundamentales y la autoridad de la doctrina de Marx. Esos postulados precisamente son declarados "dogmas desfasados" por los "socialistas democráticos". Y precisamente de la autoridad de la doctrina marxista tratan de salvar el concepto de "socialismo democrático". Al preconizar el antidogmatismo se sirven, de hecho, de la teoría

[18] Véase *Kritischer Rationalismus und Sozialdemokratie.*

de Kant como de un dogma y elevan precisamente el "realismo ético", el "racionalismo crítico" y otras concepciones idealistas burguesas a la categoría de dogmas.

Al preconizar el antiautoritarismo de la doctrina del "socialismo democrático", los social-reformistas, en realidad, pretenden suplantar la autoridad de Marx por la de Kant y Popper. Para ellos, tal como lo reconocen los redactores de *El racionalismo crítico y la socialdemocracia*, la filosofía de Kant sigue hoy teniendo valor de actualidad, y el propio movimiento obrero (léase socialdemócrata) es fecundado por sus ideas[19]. Esto quiere decir que los actuales teóricos del "socialismo democrático", al manifestar el antiautoritarismo de su doctrina, apelan de hecho a la misma autoridad a la que recurrían a comienzos de siglo, dado que ya en esa época los social-reformistas aseveraban que "la fuerza científica del socialismo no hará sino beneficiarse si en sus premisas espirituales éste vuelve hacia Kant"[20]. La fidelidad a Kant, a los dogmas de su doctrina, que el marxismo ha superado y dejado atrás, permanece verdaderamente incólime en la ideología del social-reformismo con el autoritarismo y el dogmatismo del concepto de "socialismo democrático".

Al hacer hincapié en el antidogmatismo y en el antiautoritarismo del "socialismo democrático", sus actuales teóricos manifiestan: "En este punto, la teoría sobre el conocimiento y la filosofía política se dan cita. La filosofía política del racionalismo crítico aboga por la democracia en una sociedad abierta, ya que en la política existen tan pocas verdades sólidas como en la ciencia"[21]. Conforme a esta visión, racionalismo crítico en política quiere decir la disposición a escuchar argumentos críticos y aprender de la práctica, siguiendo el principio de Popper: "Yo puedo estar equivocado y tú tener la razón, y juntos, tal vez, encontremos un rastro de la verdad"[22].

El "socialismo democrático", que manifiesta su disposición a escuchar argumentos críticos y aprender de la práctica, y que reconoce además la posibilidad de equivocación, en realidad refuta de entrada los argumentos críticos del marxismo, pese a que los confirma el curso real de la historia.

No es casual en modo alguno que la negación de las verdades

[19] *Kritischer Rationalismus und Sozialdemokratie*, S. 2.

[20] L. Woltmann. *Die darwinsche Theorie und der Sozialismus*. Düsseldorf, 1899, S. 33.

[21] *Kritischer Rationalismus und Sozialdemokratie*. S. 16.

[22] K. Popper. *Die offene Gesellschaft und ihre Feinde*. Bd. 2. Bern — München, 1970, S. 276.

en la ciencia y la interpretación de ésta no como un movimiento hacia verdades más y más profundas sino como una constante captación de errores y desorientaciones constituya la base filosófica del "socialismo democrático".

Esa negación le es necesaria para, con la propia concepción filosófica de la ciencia, desechar el socialismo científico como un error, para que de la propia doctrina filosófica dimane infaliblemente, con lógica ineludibilidad, el carácter siempre abierto del "socialismo democrático" a las novedades teóricas burguesas y reformistas y el permanente carácter cerrado, establecido de una vez para siempre, de esta concepción respecto a la teoría marxista del socialismo. La interpretación de toda la ciencia en general en el espíritu kantiano —"en lugar de descubrir la verdad... prevenir los errores"[23]— la precisan los social-reformistas para fundamentar filosóficamente el "socialismo democrático" como una barrera contra los "errores" del socialismo científico, materializado en los países del socialismo real (y auténticamente democrático). Ahora bien, el arma tiene dos filos. ¿Acaso la interpretación del progreso de la ciencia como una sistemática búsqueda y enderezamiento de los errores en las teorías[24] no significa que la misma interpretación y junto con ella el "socialismo democrático", que se apoya en ella en el plano filosófico, no es más que un error y una equivocación que debe ser erradicada en el curso del desarrollo sucesivo de la realidad y de la ciencia que la concibe? Desde luego, el principio de continuidad lógica requiere que la concepción crítico-racionalista de la ciencia sea válida también para la propia teoría del "socialismo democrático". Pero los adeptos de dicha teoría no están dispuestos a que ello se haga realidad.

Al hacer suyos el "antidogmatismo" y el "antitotalitarismo" del racionalismo crítico de Popper, el "socialismo democrático" obtiene un procedimiento ingenioso y cómodo para desechar las verdades objetivas so pretexto de ser anticuadas; pero, en realidad, lo hace en virtud de la arbitrariedad de su propia especulación y sus gustos políticos. En efecto, si el progreso de la ciencia no es, tal como proclama el racionalismo crítico, sino un rechazo permanente de los errores entonces, al parecer de los "socialistas demócratas", nada puede quedar del marxismo que no sean errores. Tal es la postura lógica (mejor dicho, ideológica) de los "socialistas democráticos" que brota en el terreno de la aseveración crítico-racionalista de que, por cuanto la realidad

[23] J. Kant. *Gesammelte Schriften*. Bd. 3, B., 1902, S. 517.
[24] *Kritischer Rationalismus und Sozialdemokratie*. S. 13.

cambia y se desarrolla, por tanto en las teorías que la describen no quedan más que errores. Esta concepción, pues, cierra los ojos por completo ante la circunstancia de que tanto el cambio como el desarrollo de la realidad, a la par con la desaparición de algunos elementos y el nacimiento de nuevos aspectos y conexiones, incluye en sí un factor de conservación y estabilidad de otros aspectos y conexiones y ciertos cambios de unos terceros. No cabe duda, por ejemplo, de que el capitalismo cambia y se modifica en el plano histórico. Pero indudable es también que no deja de ser capitalismo y persiste mientras no triunfe la revolución socialista. La teoría marxista-leninista del desarrollo de la sociedad sigue siendo, pese a todos los cambios que se operan en el mundo, una verdad objetiva, puesto que refleja las vertientes fundamentales, las más esenciales, del progreso histórico descubiertas por Marx. En este orden, importa tener presente que esta teoría no sólo se mantiene (a través de sus postulados fundamentales) sino que además se desarrolla. Y lo hace en la medida en que se mantiene y se desarrolla la realidad social en el curso del proceso histórico natural.

Al preconizar el carácter abierto por completo (en el plano teórico y filosófico) del "socialismo democrático" sobre la base del racionalismo crítico de Kant y Popper, los "socialistas democráticos" pretenden doblegar a su principal adversario teórico: la concepción materialista de la historia. Precisamente contra esa piedra angular de la filosofía marxista y contra la teoría del advenimiento inevitable del socialismo, que descansa sobre ella, enfilan los social-reformistas dicho racionalismo. Uno de los puntos que más impone a los "socialistas democráticos" en la filosofía de Popper es su tentativa de denigrar los postulados científicos establecidos por Marx y la ley del desarrollo social descubierta por él.

Los ideólogos del "socialismo democrático" abren su concepción a la filosofía de Kant y Popper precisamente a fin de cerrarla a piedra y lodo a las ideas del materialismo histórico. Desde el punto de vista de los "socialistas democráticos", la concepción histórico-materialista del desarrollo social es la del advenimiento ineludible, necesario, del socialismo en el sentido de una llegada automática, absolutamente independiente de la actividad de los hombres. Y consideran que la convicción sobre ese inevitable advenimiento del socialismo no deja lugar alguno para la actividad consciente de los hombres[25] en el plano histórico y excluye

[25] H. L. Steinberg. *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie. Zur Ideologie der Partei vor dem I. Weltkrieg*. Bonn — Bad-Godesberg, 1972, S. 97.

la libertad y la democracia. Impotentes para comprender la dialéctica de la libertad y la necesidad y separando metafísicamente una de la otra, aceptan el socialismo únicamente como algo ético, deseable, y atribuyen al materialismo histórico la tesis sobre el advenimiento automático del socialismo. Valiéndose de esta vulgarización elemental de la concepción histórico-materialista del socialismo, tratan de denigrar el socialismo científico por ser supuestamente "fatal", "no libre" y "antidemocrático". O bien un socialismo apetecible, y por tanto democrático, o un socialismo necesario, y por tanto no democrático: tal es la alternativa metafísica de los "socialistas democráticos" con la que pretenden confundir y atemorizar a quienes no son suficientemente duchos en dialéctica de la libertad y la necesidad, de lo apetecible y lo históricamente ineludible.

El "socialismo democrático" hace caso omiso de las leyes objetivas por las que se desarrolla el capitalismo y que condicionan su inevitable sustitución por el socialismo. De este modo, para los "socialistas democráticos" resulta superflua también la cuestión relativa al conocimiento científico de dichas leyes y a las posibilidades de utilizarlas. Y estiman que la evolución social es inaccesible al conocimiento científico. "La actividad humana está dirigida por los impulsos conscientes o inconscientes de los hombres; conduce, en una colisión de las fuerzas sociales, a un cierto paralelogramo de fuerzas, cuyo previo cálculo no es factible desde el ángulo científico y resulta meramente irrealizable en un futuro previsible"[26].

El profesor Ulrich Lohmar, socialdemócrata germanooccidental, sitúa en el primer plano de su disociación ideológica del "socialismo democrático" respecto del comunismo científico el siguiente postulado: "La socialdemocracia arranca del valor moral de la libertad la justicia y la solidaridad"[27]. La materialización de estos valores debe llegar a ser un proceso "que requiere una energía volitiva, relativamente independiente de la base económica"[28].

Así pues, en oposición al socialismo científico, que descansa sobre la concepción materialista de la historia, el "socialismo

[26] W. Eichler. *Zur Einführung in den demokratischen Sozialismus.* Bonn — Bad-Godesberg, 1972, S. 107.

[27] U. Lohmar. *Sozialdemokratie und Kommunismus.* -In: *Zeit.* Hamburg, 21.IV. 1972, S. 56.

[28] W. Brandt. *Friedrich Engels und die soziale Demokratie.* Bonn — Bad-Godesberg, 1970, S. 21.

democrático" busca las causas finales de todos los procesos sociales en las mentes de los hombres, en sus conceptos sobre la libertad, la justicia y la solidaridad.

Desde este ángulo, el "socialismo democrático" fue caracterizado sin equívocos por Rosa Luxemburgo como un "huero ideal cuya fuerza de convicción descansa sobre la perfección que se atribuye a sí mismo"[29].

Si examinamos detenidamente y confrontamos los puntos iniciales del concepto de "socialismo democrático" que avanzan los distintos teóricos de la socialdemocracia, descubriremos ante todo que evaden una cuestión fundamental como es el poner de relieve la influencia que el modo de producción ejerce sobre las esferas de la suprastructura social, el análisis de la necesidad de una transformación radical de las relaciones de propiedad sobre los medios de producción y la sustitución de la propiedad capitalista por la socialista, que aparece como auténtica base para la solución de todos los problemas sociales que hoy en día tiene planteados la Humanidad. Pese a que estos últimos años algunos teóricos de la socialdemocracia tratan de especificar la cuestión de las fuentes teóricas del "socialismo democrático", todos ellos hacen caso omiso de aquellos campos de la sociología que se dedican al estudio de las bases materiales de la vida social.

Así, ni siquiera hacen mención de las teorías económicas como fuentes del concepto de "socialismo democrático". Las relaciones de propiedad y las relaciones de producción, que ejercen un influjo decisivo en el clima espiritual y moral de la sociedad, no son considerados en su interconexión con los principales valores éticos del "socialismo democrático". En consecuencia, en ninguna variante de éste existe una cohesión orgánica interna. Comoquiera que de las fuentes teóricas del "socialismo democrático" se excluye consciente y consecuentemente la única doctrina —sobre la concepción materialista de la historia— que permite crear una teoría coherente del desarrollo social, el carácter "abierto" del mismo lo convierte en una doctrina ecléctica.

El eclecticismo y bajo nivel teórico de la base filosófica del "socialismo democrático" y el carácter "abierto" de esta concepción dan origen a que no sea en modo alguno una cosmovisión científica bien fundamentada que aclare las perspectivas históricas regulares de la evolución social. Por lo visto, conscientes en grado soficiente de la endeblez de sus posturas filosóficas, concepcionales, los socialdemócratas de corte liberal no pretenden siquiera

[29] R. Luxemburg. *Gesammelte Werke.* Bd., I. B., 1970, S. 377.

que su "socialismo demócratico" se considere como una cosmovisión o una teoría[30].

Esta vulnerabilidad de la concepción de "socialismo democrático" la reconocen los propios socialdemócratas, en primer término los del ala izquierda, cuya propensión al marxismo se explica, no en última instancia, por el ánimo de apoyarse en su modo científico de abordar los problemas que la sociedad moderna tiene planteados. Precisamente apelando a algunos postulados del marxismo tratan estos teóricos del "socialismo demócratico" de superar la inestabilidad de las bases ideológicas de su doctrina que se articula sobre el movedizo terreno del pluralismo y la apertura a las ideas y teorías filosóficas e ideológicas burguesas reformistas.

Ahora bien, al dejar constancia de la ligazón que todavía mantiene el "socialismo democrático" con el marxismo y de la apertura que aún perdura en él a ciertos postulados marxistas, preciso es tener presente que esa ligazón y apertura revisten un carácter cada vez más formal. Este formalismo consiste ante todo en que dicha apertura deviene cada vez más selectiva y fragmentaria y en que el "socialismo democrático" se abre en medida cada vez mayor a algunos postulados nada más del marxismo y rechaza la doctrina marxista en su conjunto. Pero unos postulados sueltos, arrancados del contexto de toda la doctrina de Marx, ya no es marxismo sino una deformación subjetivista del mismo. Los adeptos de la corriente liberal del "socialismo democrático", por ejemplo, toman de la teoría de Marx sólo aquellas tesis que se refieren estrictamente al hombre, a su desarrollo libre y multilateral y, en definitiva, no sólo imprimen al marxismo un carácter humanitario abstracto, sino que desvirtúan su esencia. Por ejemplo, Willi Eichler, representante de esa corriente, haciendo abstracción de todos los postulados del marxismo, excepción hecha de los que atañen estrictamente al hombre y al humanismo, manifiesta: "El pensamiento de Marx referíase a la libertad del individuo y no a la suplantación del dominio de una clase por otra"[31]. Así se utiliza el marxismo a fin de desvirtuarlo y se produce la "apertura" de la doctrina del "socialismo democrático" a algunas tesis de la teoría de Marx a fin de rechazar su esencia misma. Y es que Marx y Engels, en su carta a August Bebel, Wilhelm Liebknecht, Wilhelm Bracke y otros, recalcaban con toda claridad lo siguiente: "Durante cerca de cuarenta años

[30] F. Brand. *Demokratischer Sozialismus ist keine Weltanshcauung. Die Neue Gesellschaft.* Bonn — Bad-Godesberg, 1972, N 11.

[31] W. Eichler. *Zur Einführung in den demokratischen Sozialismus.* S. 43.

hemos venido destacando la lucha de clases como fuerza directamente propulsora de la historia, y particularmente de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado como la gran palanca de la revolución social moderna. Esta es la razón de que no podamos marchar con unos hombres que pretenden extirpar del movimiento esta lucha de clases"[32].

El formalismo del carácter abierto del "socialismo democrático" respecto al marxismo radica además en que, en la presente etapa, lo principal en lo que se refiere a la postura de los "socialistas democráticos" (al menos los de derecha) ante el marxismo no es tanto la propensión a utilizar estas o las otras tesis marxistas como tratar por enésima vez de catalogar al marxismo como anticuado y de encontrar nuevos argumentos en favor de este trasnochado aserto. Una de las últimas tentativas en ese plano puede decirse que es *El racionalismo crítico y la socialdemocracia* al que ya hemos hecho referencia. El análisis de esta obra muestra que va enfilada principalmente a refutar el marxismo como teoría de palpitante actualidad y siempre auténtica de la evolución social. Cierto que en esa recopilación se insertan declaraciones de Popper acerca de que, después de Marx, el retorno a la sociología premarxista resulta inconcebible y que "Marx nos abrió los ojos y afiló nuestra visión de muchos problemas"[33]. Sin embargo, a la vez se pone en entretela la posibilidad de aplicar el método dialéctico en el análisis de los fenómenos sociales y se pone en discusión el valor científico de las deducciones teóricas de *El Capital* de Marx.

Finalmente, los "socialistas democráticos" apelan al marxismo sólo en un plano retrospectivo, haciendo caso omiso de los adelantos que hay en la elaboración del marxismo después de Marx. No existe para ellos desarrollo creativo alguno del legado de Marx. El "socialismo democrático" está orientado a combatir el marxismo creativo, sus adelantos teóricos modernos y su materialización en la práctica de los países del socialismo real.

Esa es la razón de que, a la par con los anticomunistas o en pos de ellos, pero no con menos furia, los social-reformistas y los revisionistas de derecha y de "izquierda" arremetan contra la doctrina marxista-leninista y el socialismo real.

Multitud de teóricos que integran las filas del movimiento social-reformista no sólo hacen declaraciones aseverando que

[32] C. Marx y F. Engels. *Carta circular a A. Bebel, W. Liebknecht, W. Bracke y otros. Obras,* t. 19, pág. 175.

[33] *Kritischer Rationalismus und Sozialdemokratie.* S. 7.

muchos de los postulados marxistas han quedado anticuados sino que además pretenden persuadir al movimiento obrero que el leninismo constituye una síntesis mayormente de la experiencia rusa. No quieren reconocer que en la elaboración de los problemas teóricos, Lenin se apoyaba no sólo en la práctica de la lucha revolucionaria en Rusia, sino también en los avances de la ciencia mundial y en la experiencia histórica universal de la evolución social y del movimiento de liberación.

Cabe subrayar especialmente la significación de los trabajos de Lenin referentes a la puesta en práctica de la transformación socialista de la sociedad. Verdad es que, en este caso, hubo de analizar y sintetizar la experiencia de un sólo país —la Unión Soviética—, puesto que en el resto del mundo imperaba el capitalismo, pero supo ver las regularidades de la edificación socialista y formularlas como tesis fundamentales de la teoría revolucionaria. Puede decirse sin temor a caer en exageración que las tesis generales sobre las vías de la construcción del socialismo y las regularidades de la transición del capitalismo al socialismo tienen una significación internacional. Desde luego, la experiencia de otros países que se colocaron en la pauta del desarrollo socialista proporciona mucho de nuevo y aleccionador para las generalizaciones teóricas, pero estos nuevos fenómenos de la realidad socialista no invalidan las leyes generales descubiertas por Lenin, sino que las confirman, enriquecen y concretizan.

El leninismo no se circunscribe al período en que viviera Lenin. El marxismo-leninismo se desarrolla en la actividad teórica del Partido Comunista de la Unión Soviética y de los partidos hermanos y se enriquece con la experiencia y el pensamiento colectivo del movimiento comunista mundial. Pese a todas las supercherías acerca del "desfasamiento" del marxismo, la gran doctrina de Marx, Engels y Lenin vive una existencia creativa y se desarrolla en la lucha por el triunfo del socialismo y el comunismo.

En los documentos de las conferencias internacionales de representantes de los partidos comunistas y obreros encuentran reflejo los resultados del pensamiento teórico colectivo de los comunistas. Cabe catalogar entre ellos la definición del carácter de la época moderna y de las principales fuerzas motrices y las perspectivas del proceso revolucionario mundial, el análisis del ahondamiento de la crisis general del capitalismo, la elaboración de la estrategia y la táctica del movimiento comunista internacional, de los problemas acuciantes del movimiento obrero y de liberación nacional, de los cauces y las formas de transición

al socialismo y de las posibilidades de conjurar una nueva conflagración mundial y de establecer una paz duradera entre los pueblos.

Instruidos por la experiencia de la edificación socialista en la URSS y otros países, el PCUS y los partidos hermanos han aportado y aportan una importante contribución teórica en lo referente a la revelación de las regularidades fundamentales y las fuerzas motrices de la sociedad socialista. Desarrollan y concretan la tesis marxista-leninista sobre el período de transición del capitalismo al socialismo, la construcción económica y cultural en la sociedad socialista, la modificación de la estructura de clase y las vías para superar las diferencias de clase, el papel de la clase obrera y su partido, la estatalidad y la democracia socialistas en el contexto de la edificación del socialismo y el comunismo.

La continuación del desarrollo creativo internacional de la doctrina marxista-leninista condiciona que, en las condiciones de hoy, no haya ni pueda haber una teoría, que no sea el marxismo-leninismo, capaz de ofrecer un cuadro integral de la evolución social y pertrechar a la clase obrera con un profundo conocimiento de las leyes del proceso revolucionario mundial y de las vías y métodos de lucha por la paz, la democracia y el socialismo.

4. El objetivo del "socialismo democratico:" desviar del socialismo a la clase obrera

Concientes de la inmensa influencia que la formulación de los objetivos del movimiento obrero ejerce sobre las vías de su desarrollo, los "socialistas democráticos" pretenden, precisamente en este plano, librar una batalla contra el socialismo científico y su materialización real: el socialismo edificado en la URSS y otros países socialistas. Es a través del planteamiento de objetivos que a ellos les convienen como tratan de distraer al movimiento obrero de la vía genuinamente socialista y de orientarlo a preservar y consolidar, y no a suprimir, la que existe, es decir el capitalismo. En este orden, los adeptos del "socialismo democrático" no tienen reparo en cubrir sus objetivos antisocialistas con esta o la otra fraseología socialista. De ahí que no resulte siempre fácil, ni mucho menos, ver detrás de esa fraseología una ideología antiobrera ensalzando a la burguesía.

¿Qué objetivos se plantea la teoría y la práctica del "socialismo democrático"? Pese a la denominación de esta teoría y política, de la que cabría deducir que su objetivo final es la cons-

trucción del socialismo, ni los teóricos, ni los políticos del social-reformismo reconocen en modo alguno el socialismo como última finalidad. Ni el término "construir", en lo que al socialismo se refiere, aparece en el léxico teórico y político del social-reformismo. Por demás, nada hay de sorprendente en esta circunstancia. La construcción del socialismo implica la destrucción del capitalismo. En realidad, para los "socialistas democráticos" constituye una verdad absoluta[34] su convicción, si bien inconsciciente, no manifestada por ellos, pero firme de que al capitalismo no hace falta sustituirlo, sino fortalecerlo y que el socialismo no es la negación del capitalismo sino su afirmación, pero en una edición renovada y reformada. No se esfuerzan lo más mínimo para salir "del otro lado del capitalismo" y mantiénense objetivamente sobre el terreno de la sociadad capitalista. Ello se expresa en la bien conocida tesis acerca de que el socialismo no es una finalidad, sino un cometido permanente, que nunca toca a su fin, al que no se puede sino aspirar. Ahora bien, precisamente *la supresión del capitalismo y la construcción del socialismo como objetivo alcanzable en la práctica constituye el principal criterio por el que el movimiento obrero revolucionario difiere de las acciones de las fuerzas democráticas burguesas.* Y quien se olvida de esto deja el socialismo en el guardarropa.

Tras haber anunciado que para crear la sociedad socialista no es indispensable socializar la propiedad, los partidarios del "socialismo democrático" proclamaron a comienzos de la década del 50 el "ideal moral" y la "libertad del individuo" como principal contenido del socialismo. Sin embargo, el vacío que en la argumentación económica de dicho "socialismo" se produjo a consecuencia de la renuncia a ofrecer una caracteristica económica del mismo no duró mucho tiempo, siendo colmado de las ideas de la "economía mixta". En la mayoría de los programas de los partidos socialistas y socialdemócratas, se proclama la propiedad privada sobre los medios de producción como "factor legítimo" del régimen social socialista. La idea de la "planificación" es el último casco que en la concepción de "socialismo democrático" queda del viejo reformismo. Mas como ahora la socialización no se considera como una condición indispensable del socialismo, la noción socialdemócrata de la planificación coincide, en el fondo, con las actuales formas de regulación monopolista-estatal.

[34] Los teóricos del "socialismo democrático", que rechazan la verdad absoluta como categoría filosófica, de hecho consideran sus posiciones fundamentales precisamente como verdades absolutas.

El abandono por muchos líderes de derecha de los objetivos socialistas ha ido acompañado, claro está, por la sustracción del arsenal de los partidos socialdemócratas de todos los medios políticos que rebasan los límites de la democracia burguesa. La lucha de clases es, según ellos, una noción desfasada. Desde el ángulo del "socialismo democrático", el objeto mismo de esa lucha —el propietario de la empresa— ha desaparecido o está desapareciendo, ocupando su lugar un poseedor anónimo de acciones. Y el obrero en la fábrica sólo tiene que ver con los "gerentes" que no están interesados en explotarlo. Según teorías en boga, en todos los que antes pertenecieran a diferentes clases aparece una inclinación a, por medio de cotejar sus puntos de vista en los distintos niveles de "procedimientos democráticos" (órganos locales, parlamento, etc.), llegar a acuerdos concertados y de este modo a articular las "formas socialistas de convivencia".

Muchos teóricos del social-reformismo, en sus obras, propagan francamente la idea de que el "socialismo democrático" no precisa de un punto de referencia bien marcado, de una rígida formulación de la finalidad última del movimiento "socialista-democrático". El socialdemócrata germanooccidental, Peter Reuschenbach, en un artículo que precisamente lleva el título de *El "socialismo democrático" no es un "objetivo final, sino un cometido"*, dice sin ambages: "Los partidarios del socialismo democrático... no aspiran a este o al otro sistema social como objetivo final, es más, no tienen un objetivo final"[35].

Algunos teóricos del "socialismo democrático" han tratado de ofrecer una "fundamentación científica" de ese punto de vista. "Comoquiera que el proceso de desarrollo es ininterrumpido —manifiesta el socialista austríaco Karl Czernetz, figura de la Internacional Socialista—, sería incorrecto desde el ángulo metodológico hablar del socialismo como de un objetivo final"[36].

Así pues, el socialismo, razonan los adeptos del "socialismo democrático", no puede aparecer en modo alguno como una determinada finalidad última. ¿Por qué? Porque la finalidad que se plantea la teoría y la práctica del "socialismo democrático", consideran y recalcan los social-reformistas, no puede realizarse a resultas de un salto. Es permanente y varía sin cesar. A medida que la sociedad avance se irá colmando de un nuevo

[35] P. Reuschenbach. *Demokratischer Sozialismus — kein "Endziel", sondern Aufgabe. Neue Gesellschaft.* Bonn — Bad-Godesberg, 1973, N 5, S. 361.

[36] K. Czernetz. *Überlegungen zur Strategie des Sozialismus. Zukunft*, Wien, 1972, N 3, S. 2.

contenido. Y en la práctica surgirá otra vez la necesidad de realizar ese nuevo contenido. De ahí que el "socialismo democrático" no pueda constituir en modo alguno una doctrina sobre las finalidades últimas del movimiento obrero. Lo único que puede ser es una eterna discusión sobre los objetivos y los medios del mismo.

La orientación de esa negación del socialismo en tanto que determinado objetivo final del movimiento obrero y el "destinatario", por decirlo así, al que se contrapone en principio esa negación, son absolutamente evidentes. Ese "destinatario" es el socialismo real en tanto que materialización de la teoría del socialismo científico de Marx, Engels y Lenin. A él precisamente pretenden presentarlo los "socialistas democráticos" como algo realizado como consecuencia de un salto, como algo anquilosado en virtud de la fidelidad a un cierto objetivo final invariable: la edificación de la sociedad comunista, no como deseo subjetivo, sino como necesidad objetiva.

Al rechazar el socialismo como objetivo final (en el fondo, el socialismo en general), estiman que el marxismo ha echado en olvido las tareas constructivas de modificar la sociedad, en las que pretendidamente se ha centrado el "socialismo democrático", sin tener presente en absoluto un determinado objetivo final del movimiento socialista. En la práctica, el socialismo real, en cuanto materialización de la verdadera doctrina socialista, ha cumplido las tareas de la transformación creadora de la sociedad teniendo una visión clara, y bien definida en el plano histórico, condicionada por las leyes, de lo que se precisa crear, una clara perspectiva histórica de la edificación socialista, un punto de referencia del movimiento obrero, marcado y comprobado con rigor científico. Los "socialistas democráticos", en cambio, insisten en la necesidad de una mudanza de la sociedad, digamos, desprovista de perspectivas, de un punto de referencia final. Contemplan un rechazo de las finalidades últimas a favor de un movimiento, de un cambio perpetuo. Pero en tal caso, el movimiento del "socialismo democrático" (agravado por la vaguedad pluralista y el carácter abierto de su doctrina que conduce inevitablemente a un eclecticismo sin principios) resulta ciego, incierto en el plano histórico. Lo nefasto de semejante ideología y política de, digamos, su "falta de perspectiva histórica", lo reconocen hoy incluso en las filas de los propios "socialistas democráticos", sobre todo de los de izquierda[37].

[37] M. F. Nicolaisen. *Forst analysen — sa strategien. Ny polityk. Kbenhayn*, 1975, N 9, S. 10; J. Hindels. *Was ist heute links? Sozialistische Strategie im Spätkapitalismus*. Wien, 1970, S. 108; G. Pieraccini. *Ripensare il socialismo. Ulisse*. Firenze, 1971, vol. II. N 70, p. 157; E. Helffer. *Labour's Future, Political Guarterly*. London, 1972, vol. 43, N 4, p. 381.

Muchos de ellos empiezan a comprender que el camino que han elegido resulta inviable y carece de objetivos finales y de puntos de referencia en cuanto a la transformación social de la sociedad. Y plantean la necesidad de superar la vaguedad de los objetivos del "socialismo democrático" por medio de una toma de conciencia de la finalidad última del movimiento socialdemócrata. Pero así abrazan posiciones que son incompatibles en principio con la esencia del movimiento socialdemócrata en cuanto movimiento para el que "el objetivo no es nada y el movimiento lo es todo". En la práctica resulta que el objetivo no no es nada, sino algo, y muy sustancial, para el movimiento, algo que constituye su contenido fundamental. Sin un preciso objetivo final el movimiento se convierte en nada.

En la presente etapa de la historia, esto lo demuestra el resultado práctico del propio movimiento que se halla bajo la bandera del "socialismo democrático". Hoy día, la praxis misma atestigua, con la veracidad propia de la praxis, la degeneración de ese movimiento como socialista y, de esa forma, su conversión en la nada (que nada tiene de común prácticamente con el socialismo) en medida considerable en virtud de que el objetivo mismo del movimiento es nada para el mismo. El movimiento (por el socialismo) para el que la finalidad última (la construcción del socialismo) no fuera nada, de hecho ha elaborado su propio objetivo (reforma de poca monta y mejoramiento permanente, ininterrumpido, del capitalismo) que lo ha convertido en la nada, constituyéndolo en un movimiento por mejorar el capitalismo, un movimiento que desvía a la clase obrera del socialismo.

Así, M. F. Nicolaisen, de las Juventudes Socialdemócratas de Dinamarca, caracteriza del siguiente modo la esencia de los errores en que han incurrido los socialdemócratas: "Optaron por lo más fácil y de más palpitante actualidad y fueron dejando de lado, en cambio, los problemas más difíciles. Y comoquiera que los problemas de palpitante actualidad venían acumulándose más y más en esta sociedad enferma, cuya esencia seguía permaneciendo invariable, el partido no sólo se orientó hacia los compromisos, sino que con el tiempo los ha convertido en un fin en sí"[38]. El menosprecio de las perspectivas y de las tareas de principio y más intrincadas del movimiento por el socialismo y

[38] M. F. Nicolaisen. *Frst analysen — sa strategien. Ny politik*. Kbenhavn, 1975, N 9, S. 10.

el hecho de que el "socialismo democrático" ponga el acento en las tareas del momento han distraído del socialismo en general al movimiento obrero. Tal como señala Nicolaisen, debido a una insuficiente aclaración de las tareas en perspectiva, en los períodos de bienestar económico perdió la población el sentido de solidaridad al tiempo que los problemas que surgían en la sociedad se resolvían mediante una simple redistribución de los valores entre los diversos grupos de asalariados, sin tocar apenas las tradicionales diferencias de clase. De ahí que, como réplica a esa política de la socialdemocracia, surgiera el movimiento de los que no desean pagar impuestos; por no haber un enfoque integral, los pequeños problemas se lograban inflarlos y convertirlos en grandes. Ello condujo a que "el movimiento socialdemócrata perdiera su cohesión de antaño"[39].

Preciso es agregar a estas deducciones que el rechazo del socialismo, en cuanto perspectiva y objetivo final del movimiento, conduce ineludiblemente no sólo a que desaparezca la cohesión del movimiento socialdemócrata, sino a que éste pierda por completo su carácter socialista. Y es que en la sociedad humana el movimiento sin finalidad es imposible. Proclamar que el objetivo no es nada y que el movimiento lo es todo no significa todavía el abandono en general de una determinada finalidad del movimiento político. Eso quiere decir lisa y llanamente que bajo dicho lema, de hecho, se suplanta un objetivo del movimiento por otro. Para el movimiento socialdemócrata ello no significa sino rechazar el socialismo como finalidad última del movimiento obrero y en lugar de la claridad de objetivos de la lucha por el socialismo colocar la claridad de objetivo de la conservación del capitalismo por medio de su mejoramiento.

Los adeptos del "socialismo democrático" comprenden que el hombre no puede existir sin objetivos. Mas, deliberadamente o sin querer ellos mismos, se ven en la necesidad de presentar al movimiento obrero unos objetivos que lo desvíen de una transformación de veras revolucionaria del capitalismo en socialismo. Se dan perfecta cuenta de que el rechazo del socialismo como objetivo constituye un factor esencial y necesario del "socialismo democrático" en tanto que reforma insignificante del capitalismo. Conscientes de ello, arremeten una y otra vez contra la concepción del socialismo como objetivo final histórico concreto del movimiento obrero. Así, los autores de *El racionalismo crítico y la socialdemocracia* tratan de "argumentar" en favor del mejora-

[39] M. F. Nicolaisen. *Frst analysen — sa strategien. Ny politik*. Kbenhavn, 1975, 9, S. 10.

miento de lo existente (léase del capitalismo) como objetivo fundamental del movimiento que lleva la bandera del "socialismo democrático". "Desde luego, el hombre precisa de objetivos e ideales y debe tener concepto de una "sociedad mejor" —dicen—. Pero sus esfuerzos deben estar orientados a mejorar lo existente, es decir a la lucha por eliminar las causas de un mal concreto, contra la pobreza, las enfermedades y toda forma de opresión y explotación. Por demás, es más fácil llegar a un entendimiento en cuanto a deficiencias concretas de la sociedad y a la forma de combatirlas que sobre unas visiones abstractas del futuro"[40].

Proclaman aquí la "eliminación" de la explotación, pero sin pasar del capitalismo al socialismo, "mejorando lo existente" sobre la base de un entendimiento.

Así pues, se reconoce otra vez (ya en el plano teórico) que el "socialismo democrático" toma como objetivo final del movimiento obrero aquello sobre lo que "es más fácil llegar a un entendimiento", lo que resulta más fácil de realizar. El temor ante las dificultades, su absolutización y el plegarse a ellas, eso es lo que caracteriza las aspiraciones de los "socialistas democráticos" en lo que a los objetivos se refiere. La facilidad de resolver estos o los otros problemas, he ahí el criterio del "socialismo democrático" a la hora de optar por los objetivos del movimiento. Subrayemos: la facilidad y no la significación de los problemas para alcanzar realmente el socialismo, no su madurez histórica real, deducida del análisis científico del proceso histórico real del desarrollo social, en uno u otro país y en el mundo en general.

Los "socialistas democráticos" no tratan, tanto en teoría como en la práctica, de vencer las dificultades del movimiento hacia el socialismo, sino de justificar con ellas su abandono del socialismo. Las dificultades de la transformación del capitalismo en socialismo se alzan ante ellos como obstáculos infranqueables y son una justificación para plantear cometidos de poca monta orientados a mejorar, pero en modo alguno a erradicar el capitalismo. Mejorar lo existente, eso es todo a lo que se atreven, a lo que son capaces de exhortar y exhortan cuando intentan formular los objetivos finales del movimiento.

Para los "socialistas democráticos", el concepto de socialismo como finalidad última-histórica concreta resulta inaceptable debido ante todo a que consideran el socialismo real como la realización —propias palabras— de "un utópico objetivo final".

[40] *Kritischer Rationalismus und Sozialdemokratie*. S. 40.

En este orden, pretenden intimidar al movimiento obrero y democrático con una supuesta vinculación de ese "utópico objetivo final" con la violencia y el antidemocratismo. He aquí un típico botón de muestra de esa intimidación proyectada hacia la pusilanimidad pequeñoburguesa.

"El objetivo final utópico y la violencia están ligados inseparablemente entre sí —razonan los autores de *El racionalismo crítico y la socialdemocracia*—. Con ese objetivo se justifican todos los medios para vencer las dificultades que se interponen en el camino hacia su consecución. Por cuanto el proyecto utópico puede llevarse a cabo siempre que no varíen los objetivos sociales en el largo recorrido de la realización del mismo, el aniquilar las desviaciones y los cambios que puedan perjudicar a dicho proyecto es un resultado indispensable de la tentativa de realizar la utopía. Los insoportable sufrimientos y sacrificios que recaen sobre la sociedad parecen insignificantes al compararlos con la promesa de los "objetivos finales". La palanca social utópica, con ayuda de la cual la "sociedad como un todo" debe ser "transformada según un rígido plan general", presupone, además de un poder omnímodo, una omnisciencia que no admite la crítica abierta y excluye la posibilidad de equivocarse"[41].

Los partidarios del racionalismo crítico, pues, tratan sin argumentación científica alguna, en virtud únicamente de una parcialidad ideológica y el subjetivismo, de denigrar la concepción de socialismo como objetivo final del movimiento obrero. La propia idea del objetivo final del movimiento obrero pretenden difamarla por su supuesta conexión con la violencia. Se afanan en presentar las cosas de forma como si la aprobación de esa finalidad última significara la adopción de una vez para siempre de objetivos concretos que permanecen invariables a lo largo de un gran período histórico. Topamos en este caso con una tentativa de vulgarizar los objetivos finales del socialismo científico y de su materialización histórica real, de presentarlos como únicos en la edificación socialista, cuando, de hecho, el socialismo científico incluye no sólo las finalidades últimas, estratégicas, que largo tiempo permanecen invariables, sino también inmediatas, tácticas, dictadas por las demandas acuciantes de la sociedad y que no tienen que ver con todo el período de la construcción socialista, sino con una y otra fase concreta de la misma. Además de los objetivos finales, cuya consecución significa, en rigor, la edificación del comunismo, promueve el socialismo científico

[41] *Kritischer Rationalismus und Sozialdemoktatie.* S. 40.

las tareas prácticas de la construcción socialista a tenor del contenido real de este o el otro período del movimiento general hacia el comunismo. Los "socialistas democráticos" silencian esa circunstancia en un afán de, lisa y llanamente, falsificar los objetivos del socialismo científico, su enfoque diferenciado en el planteamiento de las finalidades últimas e intermedias. Silencian también el hecho de que dichos objetivos se formulan sobre la base de una dialéctica en la que se colocan en primer plano las finalidades últimas, la perspectiva del movimiento. Esto quiere decir que los objetivos intermedios los formula la sociedad socialista partiendo de sus progresos reales, y de tal manera que no se desvíe de la perspectiva general de la edificación del socialismo, a fin de contribuir, y no de poner trabas, a la consecución del objetivo final de la misma.

Cuando los "socialistas democráticos" cercenan deliberadamente toda la riqueza de los objetivos del socialismo científico, reduciéndola a las finalidades últimas, cuando arremeten después contra la fidelidad de los comunistas a esas finalidades, en el fondo no hacen otra cosa que criticar la claridad de perspectivas de los marxistas-leninistas, su concentración en lo principal dentro del proceso diversificado y complejo de la reconstrucción socialista del mundo. Lo hacen porque los marxistas-leninistas jamás pierden de vista las perspectivas del movimiento obrero y las tienen presentes en cualquier situación histórica. Tratan de denigrarlos porque los marxistas-leninistas tienen perfecta conciencia de lo que quieren, porque saben esforzarse por conseguir lo que quieren y lo que es necesario en el plano histórico, no diluyendo sus objetivos finales fundamentales en las tareas y las dificultades de cada día, sino venciéndolas y conservando lo principal, aquello sin lo que resulta inconcebible la edificación del socialismo en tanto que sociedad auténticamente humanitaria y democrática. Pretenden proyectar sombra sobre los marxistas-leninistas porque no ceden ante las dificultades de la reestructuración socialista, sino las vencen, porque no buscan el camino fácil hacia el socialismo, sino el verdadero, el fijado por la historia.

En resumidas cuentas, preciso es concluir que los objetivos del "socialismo democrático" se formulan de manera que esa concepción, su teoría y la práctica que dimana de ella, vayan orientadas, primero, a combatir el socialismo científico y su materialización real y, segundo, a conservar el capitalismo. En el plano teórico ello significa el rechazo del socialismo como objetivo final determinado por la historia, un abandono de la solución de los problemas de principio y los más intrincados de la transfor-

mación socialista de la sociedad y una absoluta subordinación de los objetivos del "socialismo democrático" a los medios reformistas de alcanzarlo. Es precisamente el contenido de "esa concepción —reforma insignificante del capitalismo— lo que determina los objetivos de la misma y no al revés; no son los objetivos de la transformación socialista de la sociedad los que determinan, como debe ser en la relación real entre el fin y los medios, tanto la elección de los correspondientes medios para llevar a cabo esa transformación como las tareas histórico-concretas intermedias en el camino hacia el socialismo. El supeditar los objetivos del movimiento obrero a los medios para realizarlo (el movimiento) hace que este último se convierta en nada, puesto que esa supeditación significa la pérdida absoluta por aquél de su carácter socialista. Este rasgo del "socialismo democrático" se pone claramente de manifiesto en la conversión del "socialismo" reformista en una apología del capitalismo.

5. El reformismo del "socialismo democrático", una adaptación al capitalismo

Pese a que las diversas corrientes de "socialistas democráticos" discuten entre sí sobre los objetivos del "socialismo democrático", sobre la necesidad o innecesidad de articular las perspectivas de este movimiento y de fijar sus tareas con mayor precisión, todas ellas, tanto las de derecha como las de izquierda, coinciden en que la consecución de sus objetivos sólo es factible por la vía reformista, a la que llaman democrática. Así pues, los medios del movimiento "democrático socialista" han sido elegidos de antemano. Los fines deben corresponderse con esos medios. Todo lo que no es factible alcanzar por medio de reformas, de una democratización de la sociedad concebida de modo abstracto, debe excluirse de los objetivos de dicho movimiento. Mas, en el fondo, lo que se alcanza a través de una abstracta democratización y una transformación pacífica del capitalismo, no es sino una modificación del mismo que no desborda sus límites. Ello significa que el reformismo del "socialismo democrático" constituye un abandono de transformaciones verdaderamente socialistas y una interpretación del capitalismo como sociedad que, de modificarla, ha de ser conservándola, pero que, ante todo, debe ser conservada, modificándola en aras de su propia conservación. Este reformismo sólo puede ser una apología, directa o indirecta, abierta o solapada, pero apología del capitalismo. Incluso cuando los "socialistas democráticos" se

permiten criticar al capitalismo, esa crítica es, en esencia, una huera fraseología detrás de la cual se oculta una ideología de adaptación al régimen burgués.

La ineludibilidad del contenido conformista burgués del reformismo que nos ocupa viene condicionada por el hecho de que a esa forma de modificaciones sociales, que tiene límites bien definidos, le conceden, en el fondo, una significación de absoluto valor e ilimitada, rechazando por completo o diluyendo enteramente en reformas el otro medio de transformaciones sociales ineludible en el plano histórico: la revolución socialista. Por el contrario, los marxistas, que insisten en el papel determinante de la revolución social en las transformaciones radicales, no rechazan, con todo, las reformas como procedimiento de modificaciones sociales, considerando necesario, sin embargo, ver una línea divisoria bien precisa entre lo que en unas condiciones históricas concretas resulta alcanzable por medio de reformas y lo que sólo es posible realizar a través de la revolución social. La esencia de la concepción marxista de las vías para transformar la vida social tales como la revolución social y la reforma social la expresó Lenin en los siguientes términos: "El concepto de reforma es opuesto, indudablemente, al de revolución. Olvidar esta oposición, esta línea que divide ambos conceptos conduce permanentemente a los más graves errores en todo el análisis histórico. Pero esa oposición no es absoluta, esa línea divisoria no es algo muerto, sino que es una línea divisoria viva y movediza, que hay que saber determinar en cada caso concreto"[42].

De este concepto de la dialéctica de la revolución y la reforma dimana el enfoque histórico-concreto de los marxistas del problema relativo a la correlación entre revolución y reforma. La esencia de ese enfoque radica ante todo en el reconocimiento de que las reformas no pueden excluir ni excluyen la revolución a la que, en última instancia, debe orientarse todo partido auténticamente obrero. Radica además en el reconocimiento de que las reformas pueden y deben realizarse no contra la revolución, sino como fases hacia ella. En este orden, el criterio de si las reformas son susceptibles de presentarse como prólogo de la revolución es su capacidad de interpretar los intereses de la clase obrera, de las masas explotadas y no de las clases dominantes, de una minoría explotadora de la sociedad. Todo esto quiere decir que al marxismo le son ajenos tanto la negación anarquista de las

[42] V. I. Lenin. *A propósito de un aniversario. O. C.*, t. 20, pág. 167.

reformas, como toda absolutización revisionista, comprendida la "democrático-socialista", de su significado. Para los marxistas es fundamental una postura concreta en el plano histórico ante las reformas, postura que se carecteriza por una combinación de la lucha por reformas con las tareas de profundizar y ensanchar el proceso revolucionario.

Señalemos que la interpretación del concepto mismo de "procedimiento democrático de los cambios" por las dos principales corrientes del "socialismo democrático" es en cierto modo distinta. Este enfoque diferente crea verdadera tensión en los partidos socialdemócratas y socialistas y conduce a menudo a la escisión, a que de ellos salgan grupos que sostienen posiciones más radicales, sin hablar ya de los feroces debates que en torno a esa cuestión se desarrollan en el seno de los propios partidos.

¿En qué radica la esencia de esos debates? En el modo diferente de concebir la posibilidad y la necesidad de un cambio reformista del régimen social capitalista, es decir, un cambio que mantiene en pie el capitalismo.

En pos de Bernstein, los socialdemócratas de corte liberal arrancan de la posibilidad de cambiar el capitalismo gradualmente, por la vía evolutiva. Esta idea aparece bien definida en los razonamientos de Herbert Wehner, destacada figura del PSDA. En una entrevista a *Die neue Gesellschaft*, Herbert Wehner ha dicho: "Me preguntaban hace poco si era cierto que la socialdemocracia no se propone más derrocar el capitalismo". Y yo dije: "Realmente no se propone. Porque el capitalismo no es algo que pueda derrocarse. No hace falta sino preocuparse por cambiarlo"[43].

Según los socialdemócratas de derecha, durante estos últimos decenios el capitalismo ha sufrido tales transformaciones que ya no sirven las apreciaciones tradicionales del mismo y, por tanto, no hay necesidad de derrocarlo. "Vivimos —escribe Helmut Schmidt— por lo menos, en una sociedad de muchas clases, pero en realidad en una sociedad pluralista, donde entre las diversas clases y grupos sociales existen situaciones de tensión y contradicciones de distinto género e intensidad. La apreciación de nuestro sistema económico como "sistema capitalista tardío" poco desentraña la esencia del fenómeno. En realidad, es un sistema económico y social mixto en el que se enfrentan e influyen mutuamente de un lado, la legislación y la administración

[43] *Auf dem Weg zur sozialen Demokratie! Gespräch mit Herbert Wehner. Die neue Gesellschaft.* Bonn — Bad-Godesberg, 1971, N 1, S. 4.

pública, de otro, las decisiones descentralizadas, parcialmente en competencia, de sujetos económicos sueltos y, de un tercer lado, toda suerte de uniones y carteles"[44].

En estas manifestaciones se deja de lado el rasgo principal de la presente sociedad capitalista: las posiciones dominantes del capital monopolista que ejerce un influjo directo o indirecto sobre las diversas vertientes de la vida de dicha sociedad. Con todas las complejidades y diferenciaciones que tienen lugar, los círculos monopolistas no ceden sus posiciones. La fuerte desigualdad económica persiste y, a veces, se hace mayor. Eso lo reconocen los propios socialdemócratas, sobre todo los de izquierda. El modo a todas luces triunfalista y reformista de derecha de enjuiciar el capitalismo provoca entre los socialdemócratas de izquierda y los socialistas, también a veces entre los socialdemócratas moderados, una airada réplica, considerando con razón que en la "sociedad capitalista tardía" se han agudizado más aún las contradicciones y contrastes sociales, a los que se han agredado nuevos fenómenos que prueban de que el capitalismo constituye un obstáculo cada vez mayor que se interpone en el camino del sucesivo progreso de la Humanidad. Ultimamente, ante las evidentes repercusiones negativas de la crisis general del capitalismo, van inclinándose hacia esas deducciones cada vez más a menudo los socialdemócratas de tendencia moderada.

La agudización de la crisis general del capitalismo forzó a los socialdemócratas, a comienzos de la década de los setenta, a poner en tela de juicio muchas cosas, entre ellas el mecanismo capitalista privado de mercado.

Bruno Kreisky, por ejemplo, dice: "Nos hallamos en la fase inicial del resurgir del pensamiento económico-planificado"[45]. También Olof Palme llega a la conclusión de que "a las fuerzas que operan en el mercado hay que dirigirlas"[46]. Su punto de vista es de que: "Conviene implantar la planificación pública en aquellos dominios en que hace falta parcialmente una intervención directa del Estado"[47].

Ahora bien, las soluciones que se proponen (remodelación parcial de la estructura económica. fortalecimiento del mecanismo de regulación y planificación, control sobre las inversiones de importancia fundamental para el conjunto de la economía)

[44] H. Schmidt. *Auf dem Fundament des Godesberger Programms.* Bonn — Bad-Godesberg, 1973, S. 21-22.

[45] M. Brandt, B. Kreisky, O. Palme. *Briefe und Gespräche.* S. 83.

[46] Ibíd., S. 61.

[47] Ibíd., S. 80.

no desbordan los límites de la regulación estatal que hoy hacen suya todos los países capitalistas, independientemente del partido que se halle instalado en el poder.

Con todas las evaluaciones críticas que los socialdemócratas emiten refiriéndose a la actual sociedad capitalista, los representantes de la socialdemocracia de orientación liberal-burguesa no se deciden, lo mismo que antes, a plantear de forma radical la cuestión de las posiciones económicas del capital monopolista, sin hablar ya del carácter mismo de la economía basada en la propiedad privada, la competencia y la explotación de las masas trabajadoras. Estos socialdemócratas, que reconocen los fenómenos negativos que origina la propiedad privada de los medios de producción, aseveran, sin embargo, que el problema principal es el control sobre la economía. La socialización, a su modo de ver, sólo puede llevarse a cabo en un grado, en unas ramas y de forma que no se altera la eficacia del "mecanismo de mercado" que, según ellos, es el resorte económico óptimo de los que funcionan hoy.

Pretenden argumentar su postura alegando el creciente papel del Estado, que aparece cada vez más como regulador de la economía, el incremento del sector público (el proyecto de "programa a largo plazo" del PSDA para 1985 estipulaba un aumento del 34 por 100 de la participación del sector público en el volumen global del producto nacional bruto), la división de las funciones de posesión y de administración de la propiedad que se observa en los países capitalistas desarrollados y otra serie de factores. En el Congreso del PSDA celebrado en Hannover en 1973, W. Brandt pormenorizó en esta cuestión. Alegando el Programa de Bad-Godesberg, en el que se consigna que la sola socialización no proporcionará automáticamente más libertades a los hombres y tras enumerar después las medidas que permiten ejercer el control sobre el poder económico (control sobre las inversiones, planificación y coordinación en mayor escala de todas las decisiones particulares, restricción del influjo de los intereses económicos sobre los acuerdos económicos, etc.)., Brandt concluye que "el mercado reviste el carácter de un instrumento que se presta a control" y, por tanto, las condiciones en la RFA "pueden cambiarse paso a paso con ayuda del poder político"[48].

Carl Landauer, uno de los teóricos de la socialdemocracia de más solera y autor de una serie de estudios en el campo de la

[48] W. Brandt. *Rede auf dem SPD — Parteitag in Hannover*. 10-14.IV.1973. Unkorrigierstes Protokoll.

socialización de los medios de producción, ha tratado estas cuestiones durante varios años y afirma que la práctica que hoy existe de la socialización no demuestra la superioridad de ésta. La salida la ve en la posibilidad de incorporar a los obreros a una "distribución más justa de las ganancias"[49].

Los enunciados de Landauer no sólo se contradicen con el verdadero estado de las cosas en los países socialistas, donde, sobre la base de la socialización de los medios de producción y en un breve espacio de tiempo en el plano histórico, se ha transformado de manera sustancial e incrementado una economía que ha permitido elevar en espiral el nivel de vida de la población. En el fondo, este teórico ignora la experiencia de la nacionalización de algunas ramas industriales en los países capitalistas, experiencia que prueba de una creciente eficacia de las empresas pertenecientes al sector público.

La postura de Landauer y otros socialdemócratas de corte liberal es objeto de crítica por parte de los socialistas y socialdemócratas de izquierda. En los partidos socialistas y socialdemócratas madura cada vez más la comprensión de la necesidad de socializar las ramas económicas clave. Las Juventudes Socialistas del PSDA, los laboristas de izquierda, los socialistas italianos y franceses y los socialistas y socialdemócratas de diversos países ponen al orden del día la reivindicación de socializar los medios de producción.

Ahora bien, los conceptos de los partidarios de dicha socialización acusan diferencias cuya revelación resulta importante desde el punto de vista de fijar su idea general sobre el "socialismo democrático".

Así, Karl Czernetz formula un enfoque de este problema. El modelo socialista, según su parecer, contempla un tipo de sistema económico mixto, en el que los medios de producción más importantes serán socializados, pero a la par con el sector público, probablemente, existirán largo tiempo en la agricultura, la industria y el comercio empresas privadas pequeñas y medianas. "Tres elementos del modelo socialista —socialización, planificación y democracia —dice K. Czernetz—, constituyen un todo inseparable"[50].

El "modelo francés de socialismo" que expone Francois Mitterrand en su libro *Un socialismo de lo posible* también contempla un "sistema de economía mixta", con la circunstancia

[49] C. Landauer. *Die Sozialdemokratie*. Hamburg, 1972, S. 59.

[50] K. Czernetz. *Überlegungen zur Strategie des Sozialismus. Zukunft*. 1972, N 3, S. 4.

de que "el poder socialista deberá mantener durante muchos años un importante sector privado al lado del sector socialista"[51]. Comporta además un proceso de nacionalización por etapas de las ramas económicas en el transcurso de "un espacio de tiempo relativamente largo"[52].

Las demandas de transformaciones en la economía capitalista chocan directamente con el problema del poder. ¿Qué es el Estado moderno en la sociedad capitalista? ¿Qué intereses interpreta? ¿Tiene necesidad de un mejoramiento o de una transformación radical? Estos interrogantes imantan la atención de las publicaciones socialdemócratas consagradas a la elaboración del concepto de "socialismo democrático".

Según los socialdemócratas de corte liberal, a medida que se ha modificado la estructura social de la sociedad y consolidado el movimiento socialdemócrata y a raíz de otros factores, la democracia ha llegado a extenderse a sectores cada vez más amplios de la sociedad. A partir de este momento, y renunciando a la idea marxista de destruir la máquina estatal burguesa, se han planteado la misión de imprimir a la democracia existente la más viva coloración social posible. El concepto de nueva sociedad socialista ha sido desplazado por el de democracia social. En adelante, el socialismo concebido por ellos se convierte en una permanente reforma de la sociedad[53]. A partir de ahí, su principal preocupación pasa a ser no la transformación, sino la conservación de la democracia burguesa.

"Vamos a estar muy atentos —ha dicho W. Brandt sobre ese particular—, en cuanto a si se ponen en tela de juicio las bases de nuestra democracia, y si es que se ponen, cómo y por quién. No soportaremos una cínica crítica de la llamada democracia formal, puesto que de ella se valen para justificar unos dudosos objetivos antidemocráticos... Los enemigos de la democracia parlamentaria, libre, son enemigos del Partido Socialdemócrata de Alemania, y nada tienen que hacer en él"[54].

Para argumentar sus posiciones desde las que despliegan la defensa de una democracia, en el fondo, burguesa y de un parlamentarismo truncado, burgués, los "socialistas democráticos"

[51] F. Mitterand. *Un socialisme du possible.* Paris, 1970, p. 57.
[52] Ibíd., p. 70.
[53] G. Bartsch. *Totalitärer, marxistischer oder demokratischer Sozialismus? Aus Politik und Zeitgeschichte.* Bonn, 1966, N 28, S. 20.
[54] W. Brandt. *Politik in Deutschland-Wertvorstellungen unter Ideologieverdacht. Rede vor der Evangelischen Akademie in Bad-Segeberg. Bulletin des Presse — und Informationsamtes der Bundesregierung.* Bonn, 1973, N 102, S. 1022.

avanzan como tesis principal la de que el actual Estado capitalista, al ejercer multitud de funciones en los distintos campos de la vida de la sociedad, deja de ser un instrumento de dominio político de la clase capitalista que domina en el plano económico, pero al propio tiempo no puede ser un órgano que regule todos los ámbitos de la vida social y someta a su dominio la economía capitalista. Conforme a esa concepción, la naturaleza social de la producción no viene determinada por el tipo de propiedad sino por el contenido y el carácter de las funciones que la misma ejerce. La actividad de una empresa puede ser socializada (esto es supeditada ante todo a los intereses de la sociedad) con los medios de "control democrático" a través del sistema de regulación estatal y de programación de la economía.

Los socialdemócratas consideran como uno de esos medios la reivindicación de las masas trabajadoras de extender la democracia a todos los ámbitos de vida de la sociedad capitalista, en primer lugar a la producción.

Y es que la imperfección de la democracia burguesa resulta tan evidente en el contexto del Estado capitalista de nuestros días que ni los defensores del "socialismo democrático" de corte liberal se hallan en condiciones de negarla. Definiendo el clima de la sociedad capitalista, Willi Eichler, al que ya conoce el lector, ha escrito: "Las relaciones de dependencia no se han eliminado hasta hoy día. Control anónimo del poder económico y espiritual, dominio de los consorcios en la producción y la distribución, concentración del poder en la "industria de la cultura", falta de oportunidades para cada uno de recibir instrucción, estos y otros fenómenos son prueba de que todavía se halla bloqueado el acceso a la auténtica igualdad"[55].

La posibilidad de erradicar estas insuficiencias y de perfeccionar la "democracia social", los representantes de la corriente liberal de izquierda de la socialdemocracia la ven en la "coparticipación". La intervención de los asalariados en la gestión de la producción es conceptuada por ellos como una tarea histórica, cuya realización colmará la democracia de un nuevo contenido. En este orden, dicha intervención se vincula con el sistema de la economía de mercado y se afianza implantando un estímulo adicional (participación en los beneficios, coposesión del incremento del capital de las empresas, creación de diversos fondos). Los propagandistas de la "coparticipación" se dan prisa en tranquilizar a la burguesía recalcando que aquélla no amenaza al capital. Según el parecer del socialdemócrata austríaco Fritz

[55] W. Eichler. *Zur Einführung in den demokratischen Sozialismus.* S. 46.

Klenner, la coparticipación se contrapone al poder incompartido del patrono, mas tampoco constituye el poder de los trabajadores y no debe significar en modo alguno la dictadura del proletariado[56]. Deben excluirse las decisiones unilaterales tomadas por los trabajadores, indica Klenner. Tampoco va orientada la coparticipación a enajenar la propiedad, y no comporta sino la integración en los órganos directivos de trabajadores a la par con el capitalista. Aquellos deben ser siempre conscientes de que su mayor grado de participación en los asuntos de la empresa eleva al mismo tiempo su parte de responsabilidad. No cuesta trabajo percatarse de que tal demanda de coparticipación no convierte a los trabajadores de las empresas sino en un factor de estabilización de la empresa capitalista. De semejante suerte de "democratización" salen ganando principalmente los capitalistas.

Hasta hace poco tiempo, la democracia parlamentaria, en combinación con la coparticipación, era para los representantes de la socialdemocracia de corte liberal-burgués la óptima solución del problema relativo al funcionamiento del mecanismo de la democracia política. No obstante, la agravación de la crisis general del capitalismo les ha forzado a hacer una serie de declaraciones también en este plano. "El parlamentarismo en Europa —consigna O. Palme— está atravesando hoy día una situación de caos. Se hace manifiesto desde distintas partes el temor de que las cosas no andan mejor en lo que al futuro de la democracia se refiere"[57]. B. Kreisky apunta que han surgido nuevas confrontaciones en el seno del Estado capitalista moderno. W. Brandt, a su vez, dice: "Me tiene muy preocupado la vida parlamentaria democrática de la mayoría de los países eurooccidentales, vida que se señala por tendencias a la confusión y la desesperación"[58]. En otro pasaje W. Brandt manifiesta: "Debemos arrancar de que, en el futuro, nuestra estatalidad será sometida a pruebas en el curso del conflicto entre las necesidades del conjunto de la sociedad y las pretensiones irresponsables de algunos grupos, que ocupan posiciones clave, y organizaciones poderosas. Debemos proteger a nuestro Estado democrático contra la dictadura de semejantes grupos"[59].

Esos "semejantes grupos" son ante todo el capital monopolista al que los líderes socialdemócratas califican de manera tan evasiva.

---

56 F. Klenner. *Sozialismus in der Sackgasse?* S. 362.
57 W. Brandt, B. Kreisky, O. Palme. *Briefe und Gespräche.* S. 90.
58 Ibíd., S. 76.
59 Ibíd., S. 109.

A las cosas se les llama por su nombre en los estudios teóricos orientados hacia el marxismo en la interpretación socialdemócrata. Las Juventudes Socialistas de la RFA apuntan la evidente dependencia de los gobiernos en los países capitalistas respecto de los consorcios, nacionales y multinacionales. En su documento programático "Por una política socialista del PSA", la izquierda austríaca señala que el Estado capitalista tiene como principal función regular los problemas del mercado orientado hacia la ganancia. Jean-Pierre Chevènement[60], líder de los socialistas de izquierda franceses, dice que el Estado no es un carapacho hueco, sino una pieza decisiva en la organización del capitalismo en su estadio actual de desarrollo y, por consiguiente, una baza fundamental de la lucha de clases. Los socialistas de izquierda fineses escriben que la idea sobre el carácter de clase del Estado otra vez viene cobrando valor de actualidad en los círculos de la socialdemocracia. La práctica del capitalismo enseña que el incremento del papel del Estado en la economía no cambia el modo capitalista de producción. En el programa de los socialistas belgas[61] se consigna que el Partido Socialista no está llamado a asumir la gestión del sistema capitalista. Su participación en el poder se halla en función de la posibilidad de defender los intereses de los trabajadores y de realizar progresivamente las reformas de estructuras que preconiza.

¿Qué ha de venir a relevar al Estado capitalista? En la mayoría de los estudios teóricos socialistas se menciona como alternativa un socialismo de autogestión. El programa de los socialistas austríacos explica del modo siguiente su concepción de dicho socialismo: la autogestión es un principio que puede alcanzar a todos los ámbitos. La democracia social debe garantizar a cada uno un acceso más directo a la toma de decisiones sobre las cuestiones que le conciernen. La sociedad socialista garantiza la máxima descentralización y autonomía.

Conviene señalar, sin embargo, que los representantes de esa corriente andan con más precaución al enfocar las perspectivas del socialismo autogestionario. "La autogestión —ha dicho, por ejemplo, F. Mitterand— todavía no ha encontrado las estructuras que hagan de ella una realidad"[62].

La orientación a transformar el Estado capitalista en el sentido de un socialismo autogestionario se halla, según opinan

---

60 J.-P. Chevènement. *Le vieux, la crise, le neuf.* Paris, 1974, p. 220.
61 *La Charta doctrinale'74. Le Peuple,* 19.XI.1974.
62 F. Mitterand. *L'homme, les idees.* Paris, 1974, p. 97.

muchos socialistas, en contradicción con la que tiende a perfeccionar la democracia parlamentaria burguesa agregándole el instituto de la coparticipación.

La literatura socialdemócrata de los últimos años ha acuñado una serie de definiciones de diversas reformas: reformas que "cambian", que "mejoran", que "estabilizan" y que "superan" el sistema, incluso reformas que "hacen estallar" el sistema. Detrás de todas ellas se oculta la viva polémica que ha alcanzado a todas las corrientes de la socialdemocracia en el curso de la cual se decide la cuestión de si aquélla seguirá sosteniendo las posiciones del conformismo reformista frente al capitalismo o si puede pretender a un modo más radical de abordar la solución de los problemas sociales. También en esta cuestión asistimos a una diferenciación bastante marcada.

El hecho de que la socialdemocracia ha venido durante muchos años practicando una política de reformismo sin alas lo reconocen los propios socialdemócratas. Así, el socialdemócrata de izquierda danés, K. Madsen, al hacer la estimativa del centenario de su propio partido ha escrito: "Durante los cien años transcurridos, el partido ha estado haciendo hincapié en la superación de las numerosas debilidades de la sociedad capitalista. Puede decirse que lo ha logrado en cierto grado. Con todo, resulta desalentador echar una mirada al pasado, que se ha caracterizado, hasta cierto punto, por unos compromisos más o menos felices con los partidos burgueses. Se han cedido uno tras otro postulados de principio tan solo para luego jactarse de haber ejercido influjo en la toma de esta o la otra decisión"[63]. Esta elocuente valoración sería apropiada para muchos partidos de la Internacional Socialista.

Empero, también en los nuevos estudios teóricos de la socialdemocracia se apunta la vía reformista como la única posible a la hora de llevar a cabo los objetivos del "socialismo democrático". El nuevo programa de los socialdemócratas suecos alega esta suerte de razonamientos: la experiencia reafirma la convicción de la democracia de que la transformación pacífica de la sociedad sobre la base del socialismo democrático es el único camino posible para la emancipación del hombre. Este camino tiene la ventaja decisiva de que contempla la transformación con la intervención activa de todos sus miembros[64].

63 K. Madsen. *Tankeri anledning af et jubiloeum. Ny politik.* København, 1971, N 6, S. 12.
64 *Fofrlag till nytt partiprogramm. Aktuellt i politiken.* Stockholm, 1971, 13, S. 13-23.

Los partidarios de los enfoques orientados a conservar las instituciones de la democracia parlamentaria y del Estado burgués consideran las reformas como piezas que "cambian el sistema". El socialdemócrata danés Per Hoekkerup[65] estima que tomados en su conjunto, un gran número de pasos pequeños dados por el camino de las reformas, constituyen una revolución más estable que las de los países en los que se han emprendido grandes saltos revolucionarios. También a W. Brandt le parece convencional la división de las reformas en reformas que "mejoran" y que "superan" el sistema. Cada reforma, opina, contiene en sí un elemento de cambio del sistema vigente[66]. B. Kreisky tampoco ve una línea divisoria entre las reformas que "estabilizan" y las que "cambian" el sistema. A su modo de ver, al dar respuesta a ese interrogante debemos servirnos del principio dialéctico de que la cantidad de reformas puestas en marcha, tarde o temprano, conduce a una nueva calidad[67].

Ahora bien, el mismo W. Brandt, en su correspondencia con B. Kreisky y O. Palme, reconoce que las posibilidades de una política de reformas por parte del gobierno de coalición de la RFA, del que forman parte socialdemócratas y liberales, se habían exagerado en un contexto de feroz resistencia de los grupos que defienden sus intereses[68]. En este caso también se alude en primer término a los grupos monopolistas.

Otra es la vía de reformas que aparece en la interpretación de los partidos y grupos de la corriente izquierdista. Al entender de F. Mitterand, las reformas significan un acto revolucionario siempre que persigan una ruptura con el orden político establecido, con la sociedad capitalista. "La lucha de cada día por una reforma decisiva de las estructuras —subraya— puede tener naturaleza revolucionaria"[69]. Según él, hay que saber utilizar todas las formas de lucha (actividad parlamentaria, actividad en el proceso productivo), determinar los puntos más vulnerables del enemigo y dirigir hacia ellos el golpe principal. Este golpe se considera, sin embargo, no como una acción simultánea, sino como una constante presión orientada a un fin.

Las mismas posiciones mantienen los socialistas belgas, los

65 P. Hoekkerup. *Socialdemokratiet-et praktisk parti. Ny politik.* København, 1971, N 6, S. 14-15.
66 W. Brandt, B. Kreisky, O. Palme. *Briefe und Gespräche.* S. 17.
67 Ibid., S. 50.
68 W. Brandt, B Kresky, O. Palme. *Briefe und Gespräche.* S. 104.
69 F. Mitterand. *L'homme, les idees*, pág. 78.

cuales recalcan en su programa que el socialismo requiere la puesta en marcha de profundas reformas estructurales en todos los dominios. El socialismo, dice el programa, se bate por una transformación total de la sociedad. En ello se expresa su voluntad revolucionaria[70].

También los laboristas ingleses de izquierda[71] hablan de un cambio radical de las bases mismas del régimen, pero por medio de reformas.

Varios años vienen elaborando su "doble estrategia" en cuanto a la realización de reformas las Juventudes Socialistas del PSDA, estrategia que contempla utilizar el Parlamento y el partido para aplicar una política en el espíritu del "socialismo democrático" y, al propio tiempo, la activación de la "base", por la que se sobrentiende los que están ocupados en el proceso productivo y los miembros de fila del partido, a fin de presionar sobre los centros de toma de decisiones de la economía, el Estado y la sociedad, mientras que las reformas mismas deben estar orientadas hacia el cambio del sistema.

Los partidarios de reformas dentro de los "límites del sistema" afirman que la puesta en marcha de reformas que "superen el sistema" provocaría una hecatombe no sólo política, sino económica. Como consecuencia de haber irrumpido en el mecanismo del sistema capitalista y de la virulenta reacción de respuesta del capital sobrevendría un deterioro de la situación económica de las masas. "Aquel que quiera transformar o hacer estallar el "sistema" —dice el socialdemócrata germanooccidental, P. Glotz— no debe confiar en poder en tal caso proceder blanda, democrática y parlamentariamente"[72], lo que se contradice por completo con la idea misma del "socialismo democrático".

A la luz de estos razonamientos devienen claras las diferentes posturas frente al conjunto de reformas que figuran bajo la denominación de "calidad de la vida". En la socialdemocracia, las ideas referentes a la "calidad de la vida", antes de agravarse la crisis de fines de los años 70, las desarrolló el PSDA. En principio, se trata de una tentativa de hallar una definición clave que incluya los diversos aspectos de la vida de la sociedad que influyen de una u otra forma sobre la vida y la actividad de cada

---

[70] *La Charta doctrinale'74.*

[71] E. Heffer. *Labour's Future. Political Guarterly.* London, 1972, N 4, p. 384.

[72] P. Glotz. *Systemüberwindende Reformen? Strategische Überlegungen zur Technik von Machterwerb und Machterhalt in der Bundesrepublik. Beiträge zur Theorie-Diskussion.* Berlin — Bad-Godesberg, 1973, S. 228.

hombre (condiciones de trabajo, clima sicológico en la producción, organización de la vida cotidiana y el ocio, situación del medio ambiente, acceso a la instrucción y la cultura, etc.). Según los autores de esta concepción, la demanda de mejorar la "calidad de la vida" estipula el paso de la orientación unilateral a incrementar la economía orientándola a atender las necesidades del hombre. De ahí la deducción de que las reformas deben penetrar de modo coordinado las distintas vertientes de la vida y conducir a la creación de una infraestructura social fundamentalmente nueva.

Así pues, al hacer la estimativa de los distintos enfoques respecto a las reformas podemos consignar: bajo el influjo de toda una serie de factores, el reformismo de la actual socialdemocracia ha cobrado en cierta medida una coloración de izquierda. Con el ánimo de marcar distancias entre ellos y los partidos burgueses, que en el momento actual han hecho suyas virtualmente las consignas de reformas sociales, a veces también políticas, los partidos de la Internacional Socialista vienen elaborando nuevas proposiciones que, desde su punto de vista, son capaces de llevar a las grandes masas de la población por los cauces del reformismo en su interpretación socialdemócrata. Dichos partidos tratan de imprimir un carácter más radical a las reformas también en los casos en que contactan con los partidos comunistas de sus países o cuando pretenden arrancar a las masas trabajadores de la influencia de los mismos. En este aspecto se pone de manifiesto que el reformismo del ala izquierda abre mayores posibilidades para el diálogo dentro del marco de la creciente unidad de acción de comunistas y socialdemócratas.

6. El "socialismo democrático", una variedad de anticomunismo

A la par con el reformismo, y como resultado de la influencia burguesa sobre la clase obrera, se infiltra en el movimiento obrero el anticomunismo, portavoces del cual son los ideólogos de la socialdemocracia de derecha. De lo expuesto, sin embargo, no deriva en modo alguno que el anticomunismo burgués, imperialista, es idéntico a la variante de anticomunismo socialista de derecha. Por el contrario, resulta más que evidente que si el anticomunismo es inherente a la ideología y la política de la burguesía imperialista, en cambio, es extraño desde el ángulo de clase e ideológico al movimiento obrero, parte del cual constituye la socialdemocrácia. Esta circunstancia influye en muchos as-

pectos sobre el carácter de la citada variante y determina su especificidad en el conjunto del anticomunismo. Debido a ello precisamente, la lucha de los comunistas por superar el anticomunismo en las filas de la socialdemocracia constituye no sólo una acción de enfrentamiento ideológico, sino un medio para superar la escisión de la clase obrera, para agruparla bajo la bandera de los intereses y objetivos de clase comunes.

La contradicción interna que encierra la plataforma anticomunista de la socialdemocracia de derecha —el paso virtual a las posiciones de clase de la burguesía y la necesidad objetiva de mantener en grado óptimo una orientación anticapitalista— constituye el principal factor que determina la especificidad de la variante socialista de derecha del anticomunismo. Esta especificidad se pone de manifiesto ante todo en que la política reformista, en el contexto de la creciente agudización de las contradicciones del capitalismo, se ve forzada a acomodarse a las exigencias de la realidad capitalista, la esencia real de la cual se hace cada día más evidente a las masas trabajadoras.

Se pone de manifiesto además en el carácter de la problemática que los ideólogos de la socialdemocracia de derecha sitúan en el centro de sus concepciones anticomunistas, problemática que viene determinada ante todo por la esencia misma de la ideología socialdemócrata en cuanto ideología del oportunismo. Las principales divergencias ideológicas entre comunistas y socialdemócratas abarcan cuestiones como los métodos y las vías de transición al socialismo y el contenido mismo del concepto de "socialismo" y de libertad, dictadura y democracia. Estas divergencias no constituyen de por sí aún el anticomunismo. Entre la mayoría de socialdemócratas de fila son resultado de una incomprensión del significado histórico universal del socialismo real y vienen condicionadas por sus ilusiones reformistas. Pero en muchos líderes e ideólogos de la socialdemocracia de derecha obedecen a una falsificación del socialismo real y a una difamación del mismo, lo que constituye la variante de anticomunismo socialista de derecha, el llamado anticomunismo "democrático". La burguesía imperialista se da perfecta cuenta de las posibilidades que abre la utilización de esta variante en su política antiobrera, por cuanto una particularidad de aquélla es su orientación "anticapitalista" exterior.

Los ideólogos del social-reformismo definen la suya como una posición que se contrapone al imperialismo y al comunismo, como una "tercera vía", la del "socialismo democrático". "El "socialismo democrático" —decía Bruno Pittermann, figura

conocida de la socialdemocracia austríaca e internacional— se contrapone tanto al capitalismo monopolista como a cualquier forma de economía totalitaria (es decir, en la fraseología socialista de derecha, el sistema económico socialista. — *Los autores*)"[73].

La especificidad del actual anticomunismo de la socialdemocracia de derecha se manifiesta también en formas de propaganda anticomunista. Conscientes de que el primitivo anticomunismo ya no surte el efecto necesario, los ideólogos socialistas de derecha cultivan la "argumentación teórica" de sus formas más "eficaces". Saben que los ataques manifiestamente difamatorios, las provocaciones ideológicas y políticas directas y las tentativas gratuitas y burdas de desacreditar el sistema político-social de los países de la comunidad socialista, ante los progresos del socialismo en todos los campos de la economía, la política, la ciencia y la cultura, les privan del derecho moral de actuar desde posiciones de "adalides del progreso social y de la democracia".

Los preconizadores del "socialismo democrático" comprenden que una "cruzada" contra el comunismo no puede tener buen éxito. La política interior y exterior verdaderamente popular de los países de la comunidad socialista y la lucha consecuente de los comunistas de los países capitalistas en defensa de los intereses de los trabajadores han hecho que la propia noción de "anticomunismo" sea tan odiosa y haya quedado tan desprestigiada que provoca asociaciones negativas incluso en las capas sociales a las que difícilmente se les puede sospechar de simpatizar con el comunismo. En la opinión pública de los países capitalistas, la noción "anticomunista" pasa casi a identificarse con las de "reaccionario" y "conservador". "En el momento actual, el anticomunismo es utilizado como disfraz para luchar contra el progreso en general", ha reconocido W. Brandt[74].

A pesar de todo, el anticomunismo sigue siendo una pieza importante de la plataforma ideológica de la presente socialdemocracia, especialmente de su ala derecha. Todo el conjunto de teorías que utilizan y elaboran los ideólogos socialistas de derecha con fines anticomunistas puede dividirse en dos grandes grupos. En primer lugar, las teorías llamadas a "impugnar" o denigrar en uno u otro grado el conjunto de la doctrina marxista-leninista o algunas partes integrantes de ella. En segundo lugar, aquellas

[73] B. Pittermann. *Zur Strategie der sozialistischen Bewegung. Die Zukunft.* 1970, N 15-16, S. 24.

[74] *Seminar of Socialist Research Departments. Socialist affairs.* London, 1971, vol. 21, N 1, p. 23.

cuya esencia se reduce a tentativas de desprestigiar la praxis del desarrollo social en los países de la comunidad socialista mundial, ante todo en la Unión Soviética, así como la del movimiento obrero revolucionario. En este orden, la apología del sistema sociopolítico y económico capitalista, "encuadrada" en todo un sistema de concepciones, aparece como el reverso del anticomunismo constituyendo un todo único con el mismo.

Hace mucho tiempo que los ideólogos socialistas de derecha tratan de demostrar la "caducidad" del marxismo. Esta tesis aparece hoy día en forma de teoría del "pluralismo" del marxismo-leninismo, cuya esencia radica en una tentativa de desacreditar la doctrina de Marx, Engels y Lenin sumergiéndola en la masa de corrientes revisionistas de derecha y de "izquierda". Así, Günter Bartsch, anticomunista germanooccidental, asevera que las distintas corrientes de la "nueva izquierda" no son otra cosa que diferentes tipos de "neomarxismo" que han surgido como contrapartida al marxismo "viejo", dogmático"[75]. Toda desviación del marxismo-leninismo, sus interpretaciones nacionalistas y pequeñoburguesas, los ideólogos del anticomunismo las proclaman como formas "nuevas", "nacionales" de marxismo, viendo en las corrientes oportunistas de derecha y de "izquierda" pruebas del "policentrismo" del movimiento comunista internacional. "El mundo asiste al surgimiento de un comunismo tripolar e incluso pluripolar", manifestó, por ejemplo, B. Kreisky en una entrevista ofrecida a comienzos de 1976[76]. En el fondo, semejantes asertos constituyen una falsificación lineal de la realidad efectiva por cuanto, primero, todas las formas de revisionismo, en virtud de su propia naturaleza, no pueden constituir formas de "marxismo" siendo, al contrario, formas de corrosión y deformación del mismo y, segundo, porque exageran la magnitud del influjo del oportunismo.

Otro método en las tentativas de socavar la ideología del comunismo científico es el oponer el marxismo "joven", "humano", al Marx "maduro", Lenin a Marx y el leninismo al marxismo. Esta contraposición constituye hoy día una de las principales tendencias en los métodos de falsificación anticomunista de la teoría marxista-leninista.

Los teóricos socialistas de derecha oponen el leninismo al marxismo ante todo en las cuestiones clave relativas a la realización de la revolución socialista, y en las que tienen que ver con los

[75] *Das Parlament.* Bonn, 1971, N 42, S. 14.

[76] *Bruno Kreisky über Sozialdemokratie und Kommunismus. Ein Gespräch mit Paul Lendvai Europäische Rundschau.* Wien, 1976, N 2, S. 4.

principios de organización y las funciones del partido de la clase obrera. Todo lo que Lenin hiciera para profundizar y desarrollar de forma creadora el marxismo se declara que se "contradice" con el legado de Marx.

Al falsificar de ese modo la doctrina marxista-leninista, los ideólogos de la socialdemocracia de derecha tratan de demostrar las "limitaciones" de la esfera de aplicación del leninismo. El leninismo, aseveran, es una teoría cuyo valor práctico se circunscribe a los límites de la sociedad precapitalista o de la sociedad del capitalismo subdesarrollado.

La finalidad política e ideológica de tales subterfugios es evidente: disminuir y vulgarizar el leninismo, presentarlo como una teoría local, sin significado internacional e inaplicable en el contexto del capitalismo desarrollado. Con ello se crea la apariencia de que el leninismo es inaceptable para la clase obrera de los países capitalistas contemporáneos, esto es de la principal esfera de actividad de la socialdemocracia.

Otra corriente del anticomunismo socialista de derecha viene adquiriendo cada vez mayor significado: la falsificación de la praxis del marxismo-leninismo, del desarrollo sociopolítico del socialismo real.

En pos de los ideólogos burgueses, los teóricos socialistas de derecha falsifican la naturaleza de la revolución socialista. Insisten, por ejemplo, en que no se habían dado las premisas materiales indispensables para el triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre, ya que, en aquel período, no había en Rusia un nivel "suficiente" de desarrollo del capitalismo. Esta afirmación, que obedece a la tentativa de oponer el leninismo al marxismo, es reducir al absurdo el hecho de que la Rusia prerrevolucionaria se hallara a comienzos de siglo a la zaga, en el aspecto económico, de los países capitalistas desarrollados: Alemania, Inglaterra y EE.UU. Hacen caso omiso de que en Rusia ya estaba en marcha el proceso de monopolización de la economía capitalista y que el nivel de concentración y de organización de la clase obrera en las empresas (factor al que los reformistas se inclinan por imprimirle un carácter secundario) era muy elevado. Rusia ocupaba un lugar importante en la economía capitalista mundial, siendo centro de las contradicciones imperialistas. La teoría leninista del imperialismo, que desarrolla las ideas del marxismo en consonancia con las nuevas condiciones históricas, y la argumentación leninista de la legitimidad y la ineludibilidad de la revolución socialista en Rusia han quedado confirmadas por todo el curso del posterior desarrollo histórico.

Al disminuir por todos los medios la experiencia soviética, los ideólogos socialistas de derecha falsifican las bases económicas del régimen socialista, negando el carácter socialista de la economía de la Unión Soviética y de los otros países de la comunidad socialista, aseverando que sólo existe en ellos cierta forma de "capitalismo de Estado totalitario". Con esta tesis guarda estrecha relación también la deformación por los teóricos de la socialdemocracia de derecha de la naturaleza social del socialismo. "El comunismo internacional —consígnase en el documento programático "Objetivos y tareas del socialismo democrático" de la Internacional Socialista— es el instrumento de un nuevo imperialismo... Habiendo dado origen a inmensos contrastes en la distribución de las riquezas y los privilegios, ha creado una nueva sociedad de clases"[77]. Así pues, la ley que existe bajo el capitalismo (cuando coinciden en lo fundamental las diferencias de clase y de posición económica) la hacen extensiva de modo automático a la sociedad socialista que no conoce clases antagónicas. Semejantes asertos van proyectados principalmente, desde luego, hacia el ciudadano "medio" del mundo capitalista, rodeado materialmente por todas partes de una red propagandista de clichés anticomunistas, pero a medida que la verdad sobre los avances del socialismo alcanza a una cantidad cada vez mayor de personas, disminuye drásticamente la eficacia de esa tesis propagandística.

Los comunistas jamás han hecho ningún secreto de que, bajo el socialismo y cuando no se ha llegado todavía a la abundancia material, las diferencias en los ingresos son inevitables en cuanto fenómeno pasajero que va superándose continuamente. "El socialismo —dice Lenin— no es un sistema prefabricado para beneficiar con él a la humanidad. El socialismo es la lucha de clases del proletariado actual, que avanza de un objetivo de hoy a otro objetivo de mañana *en nombre* de su objetivo *fundamental*, al que cada día *se acerca* más"[78]. El socialismo ha acabado con la división de los hombres en explotadores y explotados, en poseedores y no poseedores de medios de producción, y ahí se manifiesta en la práctica la realización de su objetivo principal: poner fin a toda forma de antagonismo de clase.

Al negar la teoría del comunismo científico y la experiencia del socialismo real, los socialdemócratas de derecha en su positivo programa no rompen los moldes del liberalismo burgués, y tratan de reducir la lucha por la democracia a tentativas de

[77] *Declarations of the Socialist International.* London, 1964, p. 3.
[78] V. I. Lenin. *Conversación O. C.*, t. 23, pág. 54.

llegar a la "coparticipación social" con la burguesía, y la lucha por el socialismo a "remiendos parciales" de las lacras del capitalismo que, como señaló Lenin, "no pocas veces desvían a los combatientes del camino de veras revolucionario"[79]. Aquí precisamente se revela la estrecha ligazón que existe entre el anticomunismo y la apología del capitalismo en la ideología socialista de derecha.

Estos últimos años, algunas posturas de la socialdemocracia internacional han sufrido ciertos cambios, sobre todo en el plano de la política exterior. El anticomunismo y antisovietismo declarado y militante y la hostilidad hacia la política de coexistencia pacífica que aplican los países del socialismo van cediendo plaza a un enfoque más realista. La distensión internacional aparece como factor fundamental de la lucha por superar el anticomunismo en las filas de la socialdemocracia, de la lucha por la unidad de la clase obrera, y ha demostrado de modo palpable la profundidad de la crisis de la ideología anticomunista del social-reformismo y creado unas condiciones en las que se hace cada vez más difícil o imposible incluso especular con una mítica "amenaza exterior" para explicar estos o los otros fenómenos de crisis de la economía y la política capitalista. Dicha distensión pone al descubierto con relieve las contradicciones internas del capitalismo que le son inherentes y van agudizándose en la actual etapa de su crisis general. Socava las bases de la proparanda anticomunista y pone de manifiesto el carácter fundamental y científico de la política marxista-leninista de los partidos comunistas, tanto interior como exterior. La distensión es también un importante factor en cuanto a elevar la conciencia de clase de los trabajadores y contribuye a una mayor propagación de las ideas del socialismo.

Al propio tiempo, mientras en el contexto de la distensión se eleva el papel de la lucha ideológica, los anticomunistas de toda ralea pretenden, con nuevos medios, denigrar la política exterior e interior de la comunidad socialista y torpedear las posiciones del movimiento comunista internacional.

Tampoco los anticomunistas procedentes de las filas de la socialdemocracia han escapado a la tentación de aprovechar la distensión internacional para lanzarse a nuevos ataques en contra del marxismo-leninismo. Los motivos son bien claros. Cada éxito de los países del socialismo —bien sea en el plano nacional o en el internacional— es una prueba más de la fuerza vital de la

[79] Véase V. I. Lenin. *La última palabra de la táctica "iskrista", o farsa electoral como nuevo incentivo para la insurrección. O. C.*, t. 11, pág. 370.

½3—318

doctrina marxista-leninista única y, por otro lado, de la bancarrota del modelo reformista de derecha de desarrollo mundial. Por eso se explica perfectamente el hecho de que ese sobresaliente éxito de la política exterior socialista que ha sido el asegurar el paso de la "guerra fría" a la distensión provoque nuevas tentativas por parte de los anticomunistas de difuminar la esencia de los procesos que se operan en el mundo y disminuir el papel de los países del socialismo mundial, los cuales se rigen en su actividad por las ideas del comunismo científico y del internacionalismo proletario.

El ánimo de minar el carácter internacional del marxismo-leninismo, que ha ocupado siempre un lugar relevante en la estrategia del anticomunismo, hoy día ha llegado a ser una de sus principales orientaciones. Ultimamente, los ideólogos del anticomunismo tratan cada vez más a menudo en sus campañas propagandísticas de contraponer la política de unidad obrera a escala nacional a los principios del internacionalismo proletario, presentando a los comunistas de los países capitalistas como "precio" por su colaboración la exigencia de renunciar a los vínculos internacionales con los partidos comunistas de otros países, en primer lugar de los socialistas, a reconocer el carácter internacional del marxismo-leninismo y de las leyes generales de la puesta en marcha de la revolución socialista y de la construcción socialista, comprobadas por la experiencia del Estado soviético y de los otros países de la comunidad socialista. Así, O. Palme considera que, en el momento actual, los comunistas de los países capitalistas tienen necesariamente que "cambiar su ideología" fundamentalmente, como él recalca, en tres puntos: 1) renunciar a la teoría de la dictadura del proletariado y reconocer el Estado pluralista y las libertades burguesas; 2) renunciar al "llamado internacionalismo proletario", esto es, según él, a la hegemonía del partido comunista soviético; 3) renunciar al centralismo democrático que "no es otra cosa que una concepción elitaria de la política"[80]. Le hace eco B. Kreisky: "Sí los comunistas quieren realmente hacerse demócratas han de renunciar a algo más que a la simple concepción de la dictadura del proletariado... Nada de lo que es específico del comunismo debe quedar"[81]. En otras palabras, a los comunistas se les propone ni más ni menos que convertirse en social-reformistas.

Los marxistas-leninistas rechazan decididamente semejante sabotaje ideológico, recalcando que el internacionalismo es un

[80] *Espresso*, Roma, 1976, N 26, p. 43.
[81] *Socialist Affairs*, 1977. vol. 27, N 5, p. 119.

arma segura y poderosa de la clase obrera y que contraponer la responsabilidad nacional e internacional de los comunistas es desfigurar deliberadamente la naturaleza misma del internacionalismo proletario. "El anticomunismo —consígnase en el documento final de la Conferencia de Berlín de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa— ha sido y sigue siendo un instrumento de las fuerzas imperialistas y reaccionarias en su lucha no sólo contra los comunistas sino también contra otros demócratas y contra las libertades democráticas. Estas fuerzas desatan campañas contra los partidos comunistas, contra los países socialistas, empezando por la Unión Soviética, contra las fuerzas del socialismo y del progreso, campañas cuyo objetivo es desacreditar la política y los ideales de los comunistas ante las masas populares e impedir la unidad del movimiento obrero y la cooperación de las fuerzas democráticas y populares. Va en interés de las fuerzas populares aislar y superar el anticomunismo para hacer realidad sus afanes de progreso y desarrollo democrático"[82].

Los ideólogos reformistas de derecha calumnian al internacionalismo proletario aseverando que sirve para justificar la intervención de unos partidos en los asuntos de otros partidos, para implantar la hegemonía de unos partidos sobre otros. La praxis misma refuta tales subterfugios. Precisamente la solidaridad y la asistencia mutua de los partidos fraternos constituyen la firme garantía de su independencia, de fortalecimiento de sus posiciones frente a los ataques del imperialismo. Contando con el apoyo de la clase obrera y de las grandes masas trabajadoras, los partidos comunistas llevan una política de clase, verdaderamente internacionalista, y oponen a los enemigos de la paz y el progreso social su solidaridad y su decisión de batirse con denuedo por la realización de las aspiraciones cardinales del proletariado.

Así pues, al caracterizar la ideología del "socialismo democrático" que preconizan los líderes de derecha de la socialdemocracia no puede escapar a nuestra atención el anticomunismo de la misma y el hecho de que la punta de su lanza va enfilada no contra el capitalismo, sino contra el socialismo científico.

[82] *Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa. Berlín, 29-30 de junio de 1976.* Moscú, 1977, pág. 20.

Capítulo II

LAS CORRIENTES IDEOLOGICAS EN EL CAUCE DEL "SOCIALISMO DEMOCRATICO"

Las ideas del "socialismo democrático" han encontrado reflejo en la teoría y la praxis no sólo de los socialdemócratas y los socialistas. Concepciones de la misma suerte, si bien un tanto modificadas, han aparecido en otras corrientes políticas, de un lado pretendiendo a tener un carácter socialista y, de otro, oponiéndose al socialismo científico, marxista. El afán mismo de unas fuerzas políticas que se hallan lejos del movimiento socialista de imprimir a su arsenal ideológico una coloración socialista es prueba de un obligado reconocimiento del poderío y la popularidad de las ideas del socialismo, del carácter irreversible de la transición histórica del capitalismo al socialismo.

En la lucha contra el movimiento comunista y la doctrina marxista-leninista los revisionistas y renegados de derecha apelan a las ideas del "socialismo democrático"[1].

1. El "socialismo democrático" de los revisionistas de derecha y los renegados

Es característico de los revisionistas de derecha que actúan en las filas del movimiento comunista el abandono de las tesis fundamentales del marxismo-leninismo, la exageración del papel de las reformas a costa de negarse a las formas de lucha revolucionarias, la subestimación de la lucha extraparlamentaria, de masas, y el colocar en primer plano, como fuerza hegemónica,

[1] Una crítica de las concepciones revisionistas se ofrece en el libro *El socialismo científico y su falsificación por los renegados* (Moscú, 1974) y en otras publicaciones.

a los intelectuales técnicos que, según ellos, es la fuerza capaz de "transformar" el capitalismo. En el plano organizativo, los revisionistas y renegados de derecha se inclinan a disminuir el papel del partido y a su liquidación, a abandonar los principios del centralismo democrático. Todo ello está tomado en grado considerable de ese conglomerado de ideas que es el "socialismo democrático".

Los revisionistas de derecha, sobre todo los renegados como R. Garaudy, O. Šik, F. Marek y otros, no enfilan sus ataques contra el enemigo de clase, sino contra los partidos comunistas que sustentan posiciones marxistas-leninistas, tratando de arrastrarlos al terreno del "socialismo democrático". En sus tentativas de "actualizar" el marxismo-leninismo, los revisionistas suplantan su esencia por las concepciones sobre las que se a ienta dicho "socialismo", y al objeto de fortificarlas propagan por todos los medios el pluralismo de "modelos" socialistas. Esta propaganda va orientada a escindir el sistema socialista mundial y el movimiento comunista internacional.

Los revisionistas proponen un "modelo de socialismo" donde el mecanismo político de una democracia burguesa formal, de una sociedad de clases antagónicas, se traspone al terreno de una sociedad socialista distinta por completo, en la que ya no existen clases con intereses opuestos y no es aplicable el criterio burgués de democracia.

El parentesco espiritual entre los revisionistas de derecha y los social-reformistas se revela de modo singular en su apego a una de las novísimas variantes de "socialismo democrático": el "socialismo humano". Las ideas sobre las que esta teoría se asienta refutan sin ambages el sistema económico del socialismo realmente existente, sobrevaloran las posibilidades transformadoras del capitalismo monopolista de Estado, suplantan deliberadamente la relación dictadura del proletariado – democracia socialista por la de dictadura – democracia y tienen una idea deformada en general de la realización del centralismo democrático en la práctica. Y todo ello con el propósito de crear un abstracto "socialismo humano" en contrapartida al socialismo realmente existente.

Extrayendo ideas del arsenal del social-reformismo, los revisionistas de derecha, en sus razonamientos sobre el humanismo, arrancan de un individuo abstracto que se halla al margen de las clases, de sus propiedades antropológicas, de la libertad "en general" y desde esas posiciones pretenden "remodelar" a las personas reales. La construcción de la sociedad socialista no es para ellos resultado de la lucha de clases y de transformaciones

revolucionarias, sino un movimiento espontáneo de personas hacia un principio moral, humano, al margen de la clase.

Para que la capacidad del hombre se desarrolle en todos los aspectos hace falta un conjunto de premisas materiales, sociales y espirituales, que en una sociedad explotadora no pueden crearse para la mayoría. El socialismo, en cambio, brinda condiciones reales para que se desarrollen las cualidades humanas de los trabajadores, no de unidades, sino de todos los miembros de la sociedad. Ahí radica precisamente la complejidad del proceso de formación del nuevo hombre y el carácter real del humanismo socialista.

Así pues, del análisis de los rasgos fundamentales del "modelo de socialismo" revisionista de derecha que se promueve como alternativa al socialismo científico se ve bien claro cuán lejos se han apartado sus autores de la teoría marxista-leninista del socialismo y lo opuestos que son sus conceptos a las ideas fundamentales del marxismo-leninismo.

En el plano económico, el "modelo de socialismo" revisionista se singulariza por una deformación de las relaciones socialistas de producción, la anarquía de las fuerzas ciegas del mercado y la apertura del camino al régimen de propiedad privada. En política, conduce a la degeneración del sistema político genuinamente socialista en una variante de democracia burguesa y pequeñoburguesa. En el terreno de la vida espiritual, abre de par en par las puertas a la ideología burguesa y está orientado hacia el avasallamiento moral del individuo. Todo esto es prueba de la esencia profundamente reaccionaria de los "modelos de socialismo" construidos por los revisionistas.

En la lucha entre la burguesía y la clase obrera se ponen de manifiesto unos objetivos opuestos perfectamente definidos: la burguesía pugna por conservar los ordenamientos capitalistas existentes y la clase obrera está empeñada en conducir su obra hacia la revolución socialista, en la que ve el medio de su propia emancipación como también de la liberación de todo el sector explotado y oprimido de la sociedad. El papel rector de la clase obrera en la lucha revolucionaria se manifiesta en que, con ella a la cabeza, se forma un amplio frente antiimperialista.

Los revisionistas, en cambio, consideran a la clase obrera como un "elemento de fila" en el movimiento revolucionario y conducen una línea hacia la autonomía de cada uno de los destacamentos que participan en la lucha antiimperialista. Semejantes conceptos no significan otra cosa que disminuir el papel de la clase obrera, desunir a las fuerzas revolucionarias,

separar a cada una de ellas dentro del marco de unos objetivos limitados y privarlas de la perspectiva estratégica fundamental: el derrocamiento del régimen social existente.

En un afán de desacreditar el papel rector de la clase obrera en la sociedad socialista, los revisionistas, por ejemplo, aseveran que la dirección de la clase obrera conduce a una cierta "subordinación" de los intelectuales a ella. Pero ¿dónde más que no sea en la imaginación de los revisionistas, que no desprecian los peores ejemplos de difamación, se plantea en tales términos dicho problema? La teoria marxista- leninista y el socialismo real demuestran de forma convincente que el papel rector de la clase obrera en la sociedad socialista no significa en modo alguno que esa clase tenga privilegios ante los demás grupos sociales o que su dirección conduzca a lesionar los intereses de éstos, su dignidad y el papel y las funciones sociales propias de los mismos. Ello se contradice con el espíritu entero del socialismo, de sus bases y sus leyes.

Los rasgos más esenciales de las relaciones sociales socialistas son la unidad y la cohesión. El papel rector de la clase obrera implica una creciente cooperación de ésta con todos los grupos sociales en la puesta en efecto de las tareas de la construcción del socialismo y el comunismo.

Guiados por el ánimo de consolidar los esfuerzos de sus adeptos, los revisionistas y sus colegas tratan de "demostrar" que es precisamente el revisionismo el que personifica el desarrollo creador de la teoría de la clase obrera. Pero ¿de qué desarrollo creador del marxismo-leninismo entre los revisionistas puede hablarse si sus objetivos coinciden cada vez más no sólo con los postulados teóricos del social-reformismo, sino con los propósitos francamente anticomunistas y antisoviéticos del imperialismo internacional? Y es que los propagandistas burgueses han elaborado criterios de "aceptabilidad" del socialismo y de "comunistas razonables". Estos criterios, cuyos autores no son sino Brzezinsky y sus colegas, se reducen a lo siguiente:

—desasociarse de la Unión Soviética y, como ellos dicen, de sus "dictados";

—promoción de una "democracia" según la definición que hace de ella el Big Bussines y de un "socialismo de rostro humano";

—renuncia al principio del centralismo democrático;

—aplicación de una política que corresponda a las "tradiciones nacionales" de cada país y que desdibuje la lucha de clases;

—cese de la crítica en contra del rumbo agresivo de los círcu-

los reaccionarios de los EE.UU. (y, cuando no queda otra cosa que criticarlo, hacer de tal manera que se ponga en un mismo plano a los EE.UU. y la URSS)[2].

No obstante, un análisis objetivo de las manifestaciones hechas por los revisionistas modernos nos lleva inevitablemente a la deducción de que lo que ellos tratan es de:

—contraponer los partidos comunistas de los países capitalistas europeos a los partidos comunistas de los países del socialismo;

—difamar el socialismo realmente existente, es decir a los países que ya han creado la nueva sociedad, en primer lugar a la Unión Soviética;

—impugnar todas las deducciones que los comunistas de Europa han hecho conjuntamente y que las han promovido como objetivos de la lucha en defensa de los intereses de la clase obrera, de todos los trabajadores, por la paz, la democracia y el progreso social.

Al comparar los antecitados objetivos del imperialismo internacional y del revisionismo moderno se hace evidente adónde conduce el ignorar los principios marxistas-leninistas fundamentales y la "búsqueda" de "nuevas" vías para transformar la sociedad.

La orientación principal de la actividad de los revisionistas modernos es el revisar o ignorar los principios esenciales del marxismo-leninismo y "criticar" los logros económico-sociales del socialismo genuino, llegando a negar entre ellos el triunfo de las relaciones socialistas de producción.

En las actuales circunstancias cobra singular relieve teórico y práctico la cuestión relativa al significado internacional del marxismo-leninismo, a la esencia única y la diversidad de formas de la revolución socialista y de la edificación del socialismo, a las leyes universales y los rasgos nacionales específicos de la renovación comunista del mundo. Los revisionistas de derecha, que especulan con algunos problemas y dificultades reales en cuanto a la aplicación de la teoría marxista en las condiciones específicas de estos o los otros países, tratan por todos los medios de suplantar la teoría única y la praxis de interés general del devenir de la formación comunista por diversas interpretaciones "nacionales" y "regionales" del marxismo y "modelos de socialismo". Al deformar la esencia del socialismo realmente existente que se desarrolla felizmente, los distintos "críticos" del marxismo-

[2] Véase *Revista Internacional*, 1978, N 1, pág. 42.

leninismo, entre ellos los revisionistas de derecha, o bien niegan de plano o desdibujan las leyes generales del devenir del socialismo y dan un valor absoluto a las peculiaridades nacionales y regionales del desarrollo de tales o cuales países. Cubriéndose con el lema de un desarrollo "creador" y la "renovación" del comunismo científico y explotando intensamente la consigna del "socialismo democrático", estos "críticos" pretenden colar en el movimiento comunista unas concepciones que nada tienen que ver con el marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario.

El revisionismo, que prepara la base para la escisión del movimiento comunista internacional, trata de modificar "creadoramente" el concepto de internacionalismo proletario esforzándose de hecho por contraponer la clase obrera de los países del socialismo real al proletariado de los países capitalistas. Por supuesto que en tal planteamiento de la cuestión nada hay de verdadero internacionalismo proletario. En realidad, los revisionistas abogan por la división entre los partidos comunistas de Europa occidental y los partidos comunistas de los países del socialismo genuino, entre el Partido Comunista de la Unión Soviética y los partidos comunistas de otros países socialistas y en el seno de los partidos comunistas de los países capitalistas. Esta orientación del revisionismo moderno cuenta con el apoyo pleno e incondicional del social-reformismo internacional. Precisamente a esa "separación" del movimiento comunista de Europa occidental se hizo referencia en el Congreso de la Internacional Socialista celebrado en Suiza en 1977, y a esa "transfiguración" exhortaba B. Kreisky a los revisionistas.

Ahora bien, a la revisión del marxismo-leninismo se procede no sólo en lo que a la "nueva" interpretación del internacionalismo proletario se refiere. Se someten a ella también la mayoría de las cuestiones relativas a la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo. Un menosprecio de la teoría, la renuncia a ella y la revisión de sus tesis fundamentales, he ahí los rasgos característicos del revisionismo de ayer y de hoy. La diferencia entre los revisionistas de ayer y los modernos tal vez consista nada más en que éstos son más francos. Sólo así pueden valorarse sus declaraciones acerca de que renuncian al concepto de marxismo-leninismo, considerando anticuados muchos puntos del leninismo, etc. ¿De qué desarrollo de la teoría revolucionaria de la clase obrera puede hablarse cuando desde un principio se declara la renuncia a la médula misma de esa teoría? De hecho, bajo el velo del respetable concepto de "desarrollo creador" de la teoría,

se comete traición a esa teoría y se produce una adhesión a otras concepciones, antimarxistas en su mayoría. Lo "nuevo" en las actuales indagaciones reformistas es nada más la situación del momento; en cambio, las formas y los métodos, sobre todo sus deducciones, coinciden asombrosamente con las posturas de los revisionistas de antaño. Eso "nuevo" podemos encontrar en abundancia en los escritos de los líderes socialdemócratas de derecha, en los liberales, los anarquistas, etc.

La experiencia enseña que los revisionistas, habiendo empezado por oponer sus ideas a los principios fundamentales del comunismo científico, se deslizan ineludiblemente a las posiciones de un anticomunismo declarado. Ello se expresa ante todo en que de la teoría marxista-leninista son "extirpadas" sus tesis fundamentales. Lo más frecuente es que renuncien a un enfoque de clase de los acontecimientos que acaecen realmente, lo cual hace inevitablemente que nieguen la lucha de clases.

Los revisionistas de derecha avanzan una interpretación de la democracia que de hecho va orientada a apartar a la clase obrera de su función rectora en la creación del socialismo. Al reducir la vía democrática de la conquista del socialismo a una participación en gran escala en el movimiento por el mismo de las más diversas capas de obreros y empleados, de intelectuales, de jóvenes y otros grupos sociales y fuerzas no proletarias, abogan en realidad por convertir a la clase obrera, en cuanto principal fuerza motriz de la lucha por el socialismo, en un destacamento de fila del movimiento socialista. Esta concepción en la práctica significa desintegrar las fuerzas motrices de la reestructuración socialista de la sociedad, excluir de ellas el principio cimentador que dota a toda la causa del socialismo de una finalidad práctica y una claridad verdaderamente socialista: el papel rector de la clase obrera.

Las deformaciones del marxismo-leninismo por los revisionistas y renegados de derecha tienen que ver, en particular, con la concesión de un valor absoluto a las vías pacíficas para la conquista del poder por la clase obrera y la ulterior edificación de la sociedad socialista. En la base de esa concesión se aprecia también el concepto del "socialismo democrático". Sólo la subida pacífica al poder de la clase obrera se considera como vía democrática. No comprenden que la conquista del poder por la clase obrera en la forma que sea es democrática por propia esencia. Si el proletariado toma el poder en sus manos por la vía pacífica o la armada, ello no cambia la esencia de la revolución socialista: erradicación de la explotación del hombre

por el hombre, conversión de un Estado que cuida de los intereses de la minoría y explota a la mayoría laboriosa, en un Estado cuyo principal designio es velar por los intereses de todos los trabajadores.

El dar un valor absoluto a la vía pacífica de la construcción de la sociedad socialista como la única vía democrática conduce a los renegados a abrazar la teoría y la praxis del socialdemocratismo, esto es a renunciar a la lucha por el socialismo. Manifiestan francamente que en el caso de que en el poder se instale el grupo parlamentario que aboga por la remodelación socialista de la sociedad, este grupo puede abandonar el poder por la misma vía pacífica si no obtiene la mayoría necesaria en las elecciones. De ese modo, en provecho de una vía pacífica hacia el socialismo falsamente concebida como verdaderamente democrática, los revisionistas de derecha llaman a renunciar a la defensa de las conquistas logradas en el camino de la transformación del capitalismo en socialismo. Lo principal para ellos es, pues, observar la democracia comprendida al estilo burgués y no la conquista del socialismo. En esta óptica, cierran de hecho los ojos ante el hecho de que los reaccionarios y contrarrevolucionarios en modo alguno se avienen con el paso parlamentario del poder a manos del pueblo y, tal como enseña la experiencia de Chile, se valen de todos los medios, entre ellos el golpe militar, para recuperar el poder.

El modo no clasista de abordar los fenómenos esenciales de la actualidad hace que los revisionistas tengan una idea tergiversada por completo de la estrategia y del desarrollo revolucionario, a resultas de lo cual bien sobrevaloran o subestiman las fuerzas del imperialismo y la reacción. Así, al tiempo que exageran las posibilidades del imperialismo no tienen fe, igual que los socialreformistas, en las de la clase obrera. Consideran, por ejemplo, que la revolución científico-técnica ofrece grandes ventajas sólo al capitalismo y que la clase obrera carece de conocimientos y experiencia, no es suficientemente ducha en materia de técnica, ciencia, administración pública y relaciones interestatales y no es capaz, por tanto, de dar solución a los problemas que tiene planteados.

No son menos "originales" las concepciones revisionistas según las cuales el imperialismo ni piensa en desatar guerras devastadoras.

Los partidos marxistas-leninistas de la clase obrera siempre han sostenido y siguen sosteniendo una lucha implacable contra el revisionismo, poniendo al descubierto su actividad subversiva como portador de las ideas social-reformistas en el movimiento

obrero y comunista. Si bien es verdad que la lucha contra el oportunismo en el seno de un partido comunista es función y obligación primordial del mismo, hemos de señalar al mismo tiempo que el resultado de esa lucha no puede ser indiferente para los otros partidos comunistas y para el conjunto del movimiento comunista. Animados por las ideas del internacionalismo proletario y por una disposición constante a tender su mano de ayuda a todos sus correligionarios, los comunistas, como es natural, alzan su voz de protesta contra el revisionismo sea cual fuere el lugar donde se produzca un brote de su influencia.

La unidad de los comunistas internacionalistas y su cuidado por la pureza de la teoría marxista-leninista provocan una convulsiva reacción negativa por parte de los revisionistas los cuales presentan las manifestaciones de solidaridad de aquéllos como... una intromisión en los asuntos internos de este o el otro partido. Al propio tiempo les parece perfectamente lícita y natural su franca intervención y su respaldo a los revisionistas, cuando no social-reformistas, de otros países, consideran bien lógica la crítica en contra de las acciones de los comunistas de otros partidos, etc.

Bajo la bandera del desarrollo "creador" del marxismo-leninismo, el revisionismo va orientado hacia la negación del mismo e impugna a la vez el socialismo real. Trata de "demostrar" la "imperfección" de las ideas del comunismo científico, falsifica el fondo de los procesos que tienen lugar en los países en que el socialismo se plasma de veras en la realidad y se materializa la gran doctrina de Marx, Engels y Lenin.

Un rasgo característico del revisionismo el es hecho de que al practicar sin rigor científico la crítica de los principales postulados del marxismo-leninismo y no reconocer el carácter socialista de los países donde se plasman palpablemente las ideas del comunismo científico, los propios revisionistas no son capaces de proponer ninguna concepción positiva en cuanto a qué es la sociedad socialista y cómo se debe construirla, aparte de la repetición de tesis harto conocidas desde hace mucho tiempo y tomadas del arsenal del social-reformismo.

2. El movimiento católico de izquierda y su interpretación del socialismo

El avance del proceso revolucionario mundial ha tenido cierto impacto sobre aquellas capas sociales que se hallan influenciadas por la ideología del catolicismo.

El rasgo más importante de los cambios que se operan en este ámbito es la acrecentada inclinación en los medios católicos —obreros, campesinos, intelectuales, capas medias urbanas, etc., creyentes— hacia los ideales del socialismo. "En las elecciones, una cantidad cada vez mayor de cristianos votan por los candidatos comunistas", dice en su editorial *Témoignage chrétien*, semanario católico de izquierda francés. En el mismo espíritu se pronuncia E. Obregón, católico de izquierda español, al decir que para la conciencia católica el socialismo es el único centro de gravedad natural.

Los católicos de izquierda que manifiestan su propensión al socialismo forman parte de una serie de organizaciones nacionales e internacionales. Son la organización latinoamericana Cristianos por el Socialismo, la Organización de Socialistas Católicos (Austria), la Confederación Francesa Democrática del Trabajo, etc.

Conviene señalar que últimamente se observa una fuerte afluencia de católicos a los partidos socialistas. En el Partido Socialista Francés, los católicos han empezado a ejercer un activo papel.

Al analizar las declaraciones de los católicos de izquierda y de sus organizaciones sobre su inclinación por el socialismo preciso es tener presente que el propio concepto de "socialismo" lo entienden de un modo peculiar. Como ideología oficial proclaman el "socialismo democrático", también "comunitario", "humanista", etc.

Su sistema de ideas se distingue por un extremado eclecticismo y una aglomeración de postulados tomados de la doctrina oficial de la Iglesia católica, de concepciones del "socialismo democrático" de los socialdemócratas y de teorías burguesas liberales. Los últimos años, una parte de católicos de izquierda han comenzado a entusiasmarse con las teorías extremistas de izquierda de los maoístas, trotskistas y anarquistas[3]. Ahora bien, hemos de apuntar que en algunos casos sueltos reconocen la autoridad de Marx.

¿Cuáles son los postulados fundamentales del concepto católico del "socialismo democrático"?

Los partidarios de este concepto han llegado al socialismo a través del cristianismo. Según ellos, el socialismo nacido de

---

[3] Una prosternación ante el maoísmo se observa, por ejemplo, en el libro *Chinos en Europa* del católico de izquierda austríaco W. Daim. (W. Daim *Chinesen in Europa*. Wien — München, 1975).

este último, ha tomado todo lo mejor de la doctrina cristiana y supo inculcar estos elementos en la vida social de los siglos XIX-XX. De ahí que la asunción por los católicos del socialismo constituya a su modo de ver un retorno natural a los ideales del cristianismo primitivo. A su parecer, no existen grandes diferencias entre el socialismo "puro" ("democrático") y el cristianismo "puro".

Al proclamarse partidarios del socialismo, muchos católicos de izquierda no reconocen a la vez los progresos de la edificación socialista en la URSS y en los países de la comunidad socialista y colocan en el centro de su actividad propagandística afirmaciones gratuitas sobre la falta de libertad de culto en estos países.

Entre los católicos que preconizan el "socialismo democrático" se halla desarrollada la tendencia a inculpar al "socialismo soviético" de no otorgar suficiente atención al problema del hombre, a los valores éticos y morales, siendo, tal como considera el católico de izquierda español A. Comín, una "nueva variante de productivismo jacobino". Pero lo principal en el "socialismo democrático" debe ser, a su juicio, el colocar en primer plano el problema del hombre.

Lo mismo que los socialdemócratas, los adeptos católicos del "socialismo democrático" hacen una moderada crítica del capitalismo confinado en su "transformación pacífica" y negando la vía revolucionaria de reconstrucción de la sociedad. Los católicos de izquierda creen en la posibilidad de un capitalismo "organizado" que vaya superando sus lacras por el camino de una "planificación democrática".

Reconociendo el hecho mismo de la existencia de la lucha de clases, no la consideran como un medio para garantizar los intereses de los trabajadores y juegan la baza de las vías "pacíficas" en la búsqueda de las respectivas soluciones. Esta postura sostiene, por ejemplo, la Confederación Democrática Francesa del Trabajo, la cual, en 1970, incluyó en su programa como objetivo el crear una sociedad de "socialismo democrático" y marca el desarrollo de la autogestión como el camino para alcanzar ese objetivo.

Los católicos de izquierda critican a las jerarquías de su Iglesia por su íntima amistad con los círculos rectores de la sociedad capitalista. Uno de ellos, el canadiense A. Knoll, afirma que la Iglesia ha carecido demasiado tiempo de un programa positivo de transformaciones sociales[4] y de ahí que no haya fijado oportunamente su atención en los trabajadores.

[4] Véase A. Knoll. *Katholische Kirche und scholastische Naturrecht.* Wien, 1972.

Los católicos defensores del "socialismo democrático" tienden a cooperar con la socialdemocracia.

Por su parte, los socialdemócratas ven en los partidarios de la variante católica del "socialismo democrático" sus aliados ideológicos, su reserva, sin considerar las series divergencias de ideas que con ellos tienen. En algunos documentos programáticos de la socialdemocracia se advierte una tentativa de fundamentar teóricamente la necesidad de un acercamiento del movimiento socialdemócrata con la Iglesia, de eliminar las discrepancias que tuvieran lugar en el pasado.

Al subrayar el parentesco espiritual entre los partidarios de la concepción católica de izquierda del "socialismo democrático" y la socialdemocracia, hemos de señalar a la vez que en la ideología y la práctica de algunos grupos de católicos de izquierda hay una serie de rasgos que hablan de la posibilidad y la conveniencia del diálogo y la acción conjunta de los comunistas con estas fuerzas y de incrementar los esfuerzos encaminados a aclararles las posiciones político-ideólogicas del movimiento comunista.

Figuran entre esos rasgos:

—el reconocimiento por muchas corrientes católicas de izquierda de la autoridad y la fuerza de los partidos comunistas y de su papel en la vida político-social, y la toma de conciencia de que sin los comunistas no se puede dar solución a los problemas de vital importancia de los países capitalistas. "En Francia no es posible luchar eficazmente contra el poder del dinero, defender la justicia social y hacer progresar las libertades democráticas sin el sostén de las masas populares que están agrupadas en torno al Partido Comunista", reconoce Georges Montaron, figura destacada del movimiento católico de izquierda[5];

—el acuerdo con las deducciones marxistas sobre la condena por la historia del capitalismo que manifiestan muchos católicos de izquierda y el reconocimiento, si bien con reservas, de la autoridad del marxismo. En 1972, un portavoz del movimiento francés de estudiantes católicos de izquierda, en un discurso pronunciado en la Asamblea plenaria del episcopado francés decía que el método marxista le parece un eficaz instrumento de análisis de la realidad y de construcción del socialismo;

—el reconocimiento del papel dirigente de la clase obrera. Esta tesis donde más a menudo se encuentra es en los documentos

[5] *Témoignage chrétien.* Paris, 21.12.1972, p. 3.

de las organizaciones obreras de Acción Católica, sindicatos cristianos. Luis Badilla Morales, dirigente de los católicos de izquierda chilenos, al analizar la experiencia de Chile subraya la importancia de la "hegemonía de la clase obrera", considerándola como la premisa fundamental para construir una sociedad basada en los principios de la justicia[6];

—las acciones en pro de la paz internacional y la justicia social. Multitud de católicos de izquierda y sus organizaciones que defienden su concepto de "socialismo democrático" participan de modo activo en las campañas por la paz, contra la agresión imperialista.

Partiendo de ello, los comunistas creen posible considerar a los católicos de izquierda como una fuerza capaz de aportar su contribución a la lucha antiimperialista, desarrollan en sus medios una paciente labor esclarecedora y organizan debates ideológicos que les ayudan a superar su modo simplista y erróneo de concebir los ideales socialistas y les exhortan a emprender acciones conjuntas concretas en la lucha contra el imperialismo, por el progreso social.

En el documento final de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa (1976) se consigna el importante papel que en la lucha por los derechos de los trabajadores, por la democracia y la paz vienen desempeñando fuerzas cada vez más amplias del mundo católico, miembros de otras comunidades religiosas cristianas y otros creyentes. Los partidos comunistas y obreros, dice el documento a continuación, reconocen la necesidad de un diálogo y de acciones conjuntas con estas fuerzas, lo que es parte inseparable de la lucha por el desarrollo de Europa en un espíritu democrático, de la lucha orientada al progreso social[7].

Esta postura de los comunistas nada tiene que ver con concesiones en las cuestiones ideológicas. Tal como subraya L. I. Brézhnev "reviste particular significado el hecho de que, uniéndose en la lucha contra los sectores reaccionarios del imperialismo a las vastas corrientes democráticas, incluidos los socialdemócratas y cristianos, los comunistas no dejan de ser revolucionarios, partidarios convencidos de sustituir el régimen capitalista por el régimen socialista"[8].

[6] *Testimonianze.* Firenze, 1973, № 160, p. 806.

[7] Véase *Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa. Berlín, 29-30 de junio de 1976*, pág. 22.

[8] Ibídem, pág. 82.

3. El Partido del Socialismo Democrático japonés

Antes de la segunda guerra mundial, el concepto de "socialismo democrático" estuvo en uso más que nada en los países capitalistas industrializados de Europa. Después de la conflagración, sobre todo en estos últimos decenios, lo han hecho suyo como plataforma ideológica una serie de partidos de países industriales o industrial-agrarios que se hallan fuera de Europa, tales como Japón, Australia y Nueva Zelanda.

¿Cómo aparece el "socialismo democrático" en la interpretación de un partido que ha tomado el nombre de ese concepto como propia denominación, a saber el Partido del Socialismo Democrático (PSD) japonés?

Este partido fue fundado en enero de 1960 por los grupos de extrema derecha que habían abandonado las filas del Partido Socialista de Japón. Tal como se señala en el Programa del PSD, el principal motivo de la escisión fue la "confrontación ideológica entre socialistas demócratas y socialistas marxistas"[9]. La causa inmediata de la misma tuvo que ver con las discrepancias en torno a la alianza nipono-norteamericana en el período de la lucha contra el "pacto de seguridad" Japón— EE.UU. Los fundadores del PSD abogaron en apoyo del pacto y, tal como recalcan los comunistas japoneses, desde aquel entonces y a lo largo de todo su período de existencia, dicho partido, en realidad, sigue un rumbo "proamericano, proliberal-democrático y anticomunista"[10].

La base social del PSD, igual que la de multitud de partidos socialdemócratas de Europa occidental, es la pequeña y mediana burguesía, como también las capas superiores de la clase obrera. Este partido está íntimamente ligado a los medios gobernantes y goza de su apoyo económico.

El Programa del PSD fue aprobado en su IV Congreso en enero de 1962[11]. Mantiene el espíritu de la Declaración de Francfort y lleva a la vez la impronta de la evolución que la socialdemocracia había sufrido para comienzos de los años 60. El PSD se autocalifica de "partido político de los trabajadores pertenecientes a las capas más diversas del pueblo, incluidos los obreros, campesinos, pescadores, intelectuales técnicos, funcionarios,

[9] Programa del PSD. En la recopilación *El Partido del Socialismo Democrático. Su teoría y su práctica.* Ed. del CC del PCJ. Tokio, 1972, pág. 280 (en japonés). En adelante: recop. *PSD.*

[10] Y. Nakazada. *El PSD en el período de la crisis.* En la recop. *PSD*, pág. 11.

[11] El Programa del PSD se ha publicado en la recopilación *PSD*, págs. 277-290.

individuos de profesiones liberales, amas de casa, etc.". El Programa dice: "El nuestro no es un partido de clase que considera que sólo una clase determinada asume la misión histórica de realizar el socialismo y que interpreta los intereses de sólo esa clase. El nuestro es un partido que a la par con las contradicciones de intereses entre los diferentes grupos de la sociedad reconoce la comunidad de los intereses nacionales". De este modo, el PSD se coloca en el flanco extremo derecha de la socialdemocracia internacional.

El Programa en cuestión contiene ataques gratuitos contra el socialismo científico: "Marx... concedía un valor absoluto al materialismo histórico, que no es más que una hipótesis... subestimó el peligro de la revolución y la dictadura... y no fue capaz de fundamentar la democracia". También se formulan en él burdos ataques contra la "teoría moderna de la construcción del comunismo" y se coloca al comunismo en un plano con el fascismo.

En los "Principios Fundamentales" que se anticipan al texto del Programa afírmase que los "intereses de clase" se hallan en pugna con el "libre desarrollo del individuo" y los "intereses de una clase" con los "intereses populares". Se subraya que el PSD es un "partido popular" que tiene como fin "oponerse al capitalismo y al totalitarismo de derecha y de izquierda, emancipar a la totalidad de miembros de la sociedad de todo yugo y explotación y construir una sociedad en la que se estimen las cualidades humanas y se haga posible el libre desarrollo del individuo".

En el apartado *El socialismo japonés* se manifiesta la convicción en la absoluta aplicabilidad de las ideas del socialismo, en su edición inicial (premarxista), en todos los países, incluido Japón, siempre que las formas concretas de llevar a cabo el socialismo correspondan al nivel del desarrollo social, del progreso científico, como también a la situación real, dada en tal o cual país. El Programa define el lugar y el papel del "socialismo democrático" en tanto que heredero de los ideales socialistas en su edición primitiva, cuando su base yacía sobre los principios del "humanismo".

En el apartado *Las tareas que tenemos por delante* se indica que en los países capitalistas desarrollados todavía existen "numerosas deficiencias" que sólo pueden subsanarse con un "socialismo democrático".

Un postulado fundamental de la variante japonesa de "socialismo democrático", y que se utiliza en primer lugar en la actividad práctica del PSD, es el aserto de que la participación de los obreros

en la gestión del proceso productivo y el ascenso del nivel de conocimientos técnicos conducen a una división de la clase obrera, a que se desprenda de ella una nueva capa media. El complicado sistema de relaciones sociales modernas ya no encaja en los marcos de la "elemental oposición entre trabajo y capital" y las contradicciones no pueden resolverse a través de la lucha de clases nada más. Esto se refiere ante todo, opinan los autores del Programa, a Japón, país que en un brevísimo espacio de tiempo ha recorrido del camino desde el feudalismo hasta convertirse en un Estado capitalista altamente desarrollado. Dentro del marco de la pluriestructural economía japonesa conviven supermonopolios, trusts gigantes y empresas enanas en las que a menudo trabaja una familia. Hasta hoy día, el 10 por 100 de la población la componen los desposeídos.

No obstante, en su Programa los socialdemócratas japoneses de derecha apuntan en primer lugar el peligro de una "revolución violenta" que, según ellos, no es otra cosa que "cambiar un mal por otro".

Se dedica gran espacio en el Programa al "orden económico". Al formular el propósito de la economía socialista como el "incremento de las fuerzas productivas y una justa distribución del producto del trabajo", los socialdemócratas japoneses consideran la necesidad de reformar la estructura económica y el progreso técnico. Proponen un orden económico bajo el que se tengan en cuenta en primer lugar los "intereses sociales". A ese orden se puede llegar mediante la "construcción en el plazo más breve del bienestar estatal sobre la base de una economía mixta". Tras reconocer la necesidad de planificar la economía a fin de un aprovechamiento racional de los recursos naturales, el Programa no admite (salvo situaciones de excepción) la implantación del denominado "sistema de distribución absoluta" que, a juicio de los "socialistas democráticos" japoneses, acaba con la iniciativa privada. Considerando la necesidad de establecer en algunos casos un control administrativo sobre las inversiones y otras palancas económicas, el Programa aboga por una utilización omnicomprensiva del mecanismo de la formación de precios y de la libre competencia. "Estamos en contra de nacionalizar por nacionalizar. Reconocemos la socialización de la producción como un método justo que sirve los intereses del pueblo únicamente en el caso de que sea necesaria una planificación económica o establecer un control popular sobre una inmensa capacidad económica". Se estipula un control estatal sobre los sectores de la producción que "revisten una importancia vital para la economía

nacional, requieren inversiones colosales y están subvencionados por el Estado".

Así pues, en la variante japonesa de "socialismo democrático" se observa la misma apología del régimen capitalista que aparece en los estudios teóricos de la socialdemocracia de derecha euro-occidental. "Economía mixta", renuncia a socializar los medios de producción, conservación de la propiedad privada sobre los medios de producción, ausencia de análisis alguno sobre la actividad de los círculos monopolistas y de su influencia determinante sobre la vida política de la sociedad, concesión de un valor absoluto a los principios del "programa pluralista", todo ello es una repetición en muchos aspectos de los postulados fundamentales de documentos como, por ejemplo, el Programa de Godesberg del PSDA.

En el apartado de política exterior del Programa de los socialdemócratas de derecha japoneses hay llamamientos a "lograr en todo el mundo una paz que no esté basada en la fuerza militar", cuyo producto final ha de ser la creación de un "Estado mundial". Al exhortar al cese de la carrera armamentista, a prohibir el arma atómica y concluir un acuerdo sobre desarme "basado en un sistema de absoluto control", el PSD aboga a la vez por robustecer el potencial bélico de Japón, lo que se contradice con la Constitución japonesa.

La línea en política exterior del PSD encontró reflejo en la declaración de su presidente R. Sasaki hecha el 15 de agosto de 1978 con motivo del XXXIII aniversario del final de la guerra en el Pacífico, en la que hacía recaer la responsabilidad de la política de agresión de las potencias imperialistas sobre los países socialistas y los que se hallan en vías de desarrollo: "La causa de que surjan guerras no radica en EE.UU., Europa occidental o Japón; está en el rumbo cambiante, incluidas las revoluciones, de las grandes potencias comunistas y de los países en desarrollo". El PSD se pronuncia a favor de afianzar el "pacto de seguridad" con EE.UU., por desarrollar la cooperación con los países de Europa occidental, ante todo con la RFA, llamando al propio tiempo a mantener una política de "equidistancia" respecto a la URSS y China.

La teoría y la praxis del Partido del Socialismo Democrático japonés son criticadas constantemente por el Partido Comunista Japonés que ha calificado al PSD de "caballo de Troya de los conservadores". En los años 70, que en Japón han recibido el nombre de "época del frente único", la cuestión fundamental a la hora de hacer la estimativa de este o el otro partido de oposición es el de hasta qué punto es sincero en su ánimo de "renovar" el sistema existente. Basándose en el análisis de la teoría y la práctica de PSD y en vista de su bien marcado anticomunismo, los comunistas japoneses le han negado el derecho a denominarse partido de renovación. El Partido Comunista, que impugna la idea de la "lucha conjunta de todos los partidos de oposición" lanzada por el PSJ y que contempla la inclusión del PSD en el frente único, se ha negado a participar en cualquier acción conjunta con el PSD.

La vaguedad de las orientaciones programáticas ha hecho en reiteradas ocasiones que se dividan los puntos de vista en el seno del propio PSD tan pronto como surge la necesidad de dar solución a problemas concretos del momento.

También la dirección del PSD siente la insuficiente fundamentación de su plataforma teórica y, adjunto al partido, se ha instituido la Sociedad de Estudios Democráticos Socialistas. Mas, un examen de los estudios teóricos llevados a cabo por esta sociedad permite sacar la conclusión acerca del carácter contradictorio y la incoherencia propios del "socialismo democrático" en su variante japonesa. Así, en vísperas de la apertura de la XVII Conferencia de dicha sociedad (1976), en la revista *Kaikakusha* ("Reformador"), órgano del PSD, apareció un artículo de Seki Yoshihiko, presidente de la sociedad, consagrado a definir los problemas que el "socialismo democrático" tiene planteados en la nueva situación internacional. Yoshihiko pone en tela de juicio la ideoneidad de conceder un valor absoluto a las tesis fundamentales que yacen en la base de dicha concepción. Señalando que en los "Estados democráticos libres", como denomina a los países capitalistas de Occidente, ha surgido el problema de la "capacidad de la democracia de garantizar la gestión de la sociedad", recalca que la llamada atención primordial a los derechos del individuo debilita el "espíritu de lo general" y da origen a un punto de vista conforme al cual la vida privada aparece como una panacea contra todos los males. "Ello no sólo disminuye la capacidad de la sociedad para hacer frente a las presiones de fuera, sino que conduce a que ésta sea destruida desde dentro. Surge el interrogante de si sobrevivirá la democracia en la segunda mitad del siglo XX".

Igual que todos los partidos socialdemócratas en que las posiciones dominantes pertenecen a la socialdemocracia de derecha, el PSD es considerado en Japón como el "partido de la mitad del camino" y el "segundo partido conservador". El propio PSD afirma que estos negativos epítetos se deben a la "inmadurez

política del electorado" y la "tendencia de los japoneses a juzgarlo todo en términos de blanco y negro".

Según datos de la Internacional Socialista, los efectivos del PSD ascienden a 60.000 miembros[12] (los del PSJ, a 36.000). La DOMEI (Confederación Japonesa del Trabajo), ligada íntimamente al PSD, es numéricamente la segunda unión sindical de Japón, representa a los trabajadores de las empresas privadas y goza de gran influencia. En 1977, el PSD obtuvo un fuerte aumento de su representación en el Parlamento (cámara baja).

En marzo de 1976 fue convocado el XX Congreso extraordinario del PSD, que tenía por misión aprobar el programa de acción y la línea del partido en las elecciones de turno. Tal como atestigua su posición en el problema de la formación de un gobierno de frente único de las fuerzas progresistas, el PSD se ha colocado en la pauta del anticomunismo. Al declarar que se pronuncia en contra del Gobierno conservador, pone el acento en la necesidad de hacer frente al comunismo. Ikko Kasuga, dirigente del partido, ha manifestado que el PSD ve su misión en "defender la libertad y la democracia contra el comunismo".

En abril de 1978 se reunió el XXIII Congreso que revisó el rumbo del partido hacia la "cohesión de las fuerzas reformistas" (PSD, PSJ, Komeito)[13] y aprobó el nuevo rumbo hacia la "cohesión de los partidos de oposición responsables" (PSD, Komeito, Nuevo Club Liberal[14]). Así pues, los partidos de oposición de izquierda —el PCJ y el PSJ— fueron calificados de "irresponsables". La posición del PSD respecto al Partido Liberal Democrático gobernante refleja su progresiva evolución hacia la derecha: la dirección del partido está dispuesta por lo visto a acceder a una coalición gubernamental con el PLD en el caso de que los conservadores le hagan tal proposición.

Todo ello es prueba de que el concepto de "socialismo democrático" es elaborado en Japón por las fuerzas que preconizan el anticomunismo y el antisovietismo, que siguen la línea de una franca adaptación al sistema capitalista y tratan de arrastrar a ese camino a la clase obrera japonesa.

---

12 *Socialist affairs.* London, 1975, vol. XXV, № 6, p. 106.

13 Komeito: partido de pura política. Fue fundado en noviembre de 1964 por la organización budista de estudios Soka hakkay.

14 NCL: uno de los partidos de "mitad del camino", fundado en junio de 1970 por ex miembros del PLD gobernante.

4. Tentativas de penetración ideológica de la socialdemocracia en los países en desarrollo. El "socialismo democrático" africano

La consolidación de los países de la comunidad socialista, su creciente influjo en la palestra mundial y la feliz puesta en marcha de la distensión favorecen al despliegue de la lucha de los pueblos por el progreso social, contra las tentativas del imperialismo y la reacción interna de reconstruir y afianzar sus debilitadas posiciones. En el curso de la lucha antiimperialista conjunta se produce un acercamiento progresivo del movimiento de liberación nacional con las otras dos fuerzas punteras de la actualidad: el sistema socialista mundial y el movimiento obrero internacional, lo que brinda condiciones para que se formen concepciones científicas del socialismo.

La necesidad objetiva de los pueblos del Tercer Mundo de elaborar la vía de desarrollo socialista es tenida en cuenta por otras corrientes político-ideológicas que tratan de extender a esos países su influencia, su concepción del socialismo. Se distingue entre ellas por su particular dinamismo la socialdemocracia internacional, sus órganos dirigentes, la Internacional Socialista. Dándose perfecta cuenta de que el "socialismo democrático" no puede ser retomado por dichos países, dados sus especificidad y nivel de desarrollo, tal como se presenta en Europa occidental, la Internacional Socialista trata de encontrar unas formas ideológicas de penetración en ellos que no parezcan exteriormente insidiosas pero que permitan incorporarlos a la órbita del movimiento socialdemócrata.

En la Declaración de Francfort de 1951, primer documento programático de la Internacional Socialista de la posguerra, la socialdemocracia se disociaba exteriormente de la política colonialista de las potencias imperialistas. Consignábase en él: "Los pueblos de las áreas subdesarrolladas del mundo vienen encontrando en el socialismo una valiosa ayuda en su lucha por la libertad nacional y mejores condiciones de vida. Bajo la influencia de diferentes circunstancias surgen aquí distintas formas de socialismo democrático. En estas áreas, los socialistas luchan contra las normas parasitarias de explotación de las oligarquías financieras indígenas y contra la explotación colonial de los países capitalistas extranjeros"[15].

---

15 *Aims and tasks of democratic socialism in declarations of the Socialist International.* London, 1972.

Ahora bien, las palabras proclamadas diferían bruscamente de los hechos concretos de los partidos socialdemócratas, sobre todo de los que, en Europa Occidental, se hallaban en el poder, ligados por tratados y relaciones con otros Estados imperialistas, y veíanse forzados a practicar la misma política neocolonialista. Estas circunstancias no podían pasar desapercibidas para los pueblos de los países en desarrollo, los cuales recuerdan bien que fueron precisamente la Unión Soviética y otros países socialistas quienes les prestaron y les prestan ayuda en su lucha de liberación nacional y no los Estados imperialistas, cuya política la determina también la socialdemocracia.

Los últimos años, ésta trata de enderezar la situación y atenuar la impresión negativa que dichos pueblos se han formado sobre su doble papel, de comparsa, respecto al colonialismo.

Los líderes de la Internacional Socialista tratan de superar las divergencias que tienen lugar entre los partidos socialdemócratas de Europa occidental y los de los países en desarrollo. Ese objetivo perseguían en particular, la Conferencia de Caracas de la Internacional Socialista (mayo de 1976), con asistencia de representantes de países de Europa Occidental, América Latina y el Caribe, la Conferencia de líderes de los partidos de la Internacional Socialista, celebrada en diciembre de 1977 en Tokio y la reunión del Buró de la Internacional Socialista en Dakar en mayo de 1978.

Al problema del Tercer Mundo otorgó gran atención el XIII Congreso de la Internacional Socialista, reunido en octubre de 1976. Las resoluciones que en él se aprobaron, en particular sobre América Latina y sobre el nuevo orden económico mundial, son prueba de que la socialdemocracia internacional trata de encontrar su propia solución a los problemas que tienen planteados los países en desarrollo y, sobre esa base, de incorporarlos a la órbita de su ideología. En su XIV Congreso celebrado en Vancouver en noviembre de 1978, la Internacional Socialista fue más lejos aún, exhortando a renunciar al "eurocentrismo" y a concentrarse más en los problemas de otros continentes.

A partir de fines de los años 60, la Internacional Socialista comienza a conceder cada vez mayor atención al desarrollo de sus relaciones con los países del Oriente árabe, tanto en Oriente Medio como en Africa del Norte. El motivo inmediato para galvanizar dichas relaciones fue la crisis de Oriente Medio. Sin embargo, no era menos fundamental el ánimo de introducir su ideología en los partidos gobernantes de los Estados árabes de primera fila.

Los acontecimientos fueron desarrollándose de tal modo que la Internacional Socialista emprendió en esta zona pasos cuyo propósito era desplazar la ideología marxista-leninista y vigorizar la orientación reformista en la actividad de los partidos más influyentes.

El conflicto árabe-israelí puso particularmente de manifiesto la posición no objetiva y francamente proisraelí de la mayoría de los partidos de la Internacional Socialista, a lo que contribuyó el hecho de que el Partido Obrero de Israel fuese miembro de esa organización y la influencia de su líder Golda Meir. La Unión Soviética, los países socialistas en general y la humanidad progresista facilitaron toda clase de ayuda al pueblo árabe en su lucha contra la agresión israelí, agresión cuyos directores eran los círculos imperialistas más reaccionarios de Occidente. Estas circunstancias colocaron objetivamente a los partidos clave de la Internacional Socialista en un mismo plano con quienes ponían todos sus esfuerzos en que fracasara la justa causa de los árabes. Mas cuando los pueblos árabes pusiéronse a hacer frente a la agresión imperialista con creciente fuerza, empezaron en la Internacional Socialista a oírse voces cada vez más enérgicas en pro de una nueva orientación con respecto a la crisis en cuestión.

Ya en 1961, el presidente del Partido Socialista Austríaco, B. Kreisky, había formulado la proposición de organizar en los países árabes una misión especial de la Internacional Socialista. Una de sus principales tareas era establecer contactos y profundizarlos con los partidos gobernantes a fin de hacer más notable la presión del influjo ideológico socialdemócrata sobre el mundo árabe.

Prueba de ese formalismo fue el modo de abordar la situación de Oriente Medio en el XIII Congreso de la Internacional Socialista, celebrado en 1976. Hubo una proposición de que la Internacional Socialista se pronunciara apoyando a la Organización de Liberación de Palestina (OLP) y a que ésta participara en futuras negociaciones sobre el arreglo pacífico del conflicto. No obstante, el Comité de organización, a todas luces presionado por la delegación del Partido del Trabajo de Israel, se negó a poner dicha sugerencia a votación. El apartado de la resolución política referente a Oriente Medio fue aprobado en la redacción que refleja el punto de vista de Israel, que se niega a reconocer la OLP como representante legítimo del pueblo palestino y copartícipe en dichas negociaciones.

La Internacional Socialista, que hizo así una sustancial concesión a las exigencias de la delegación israelí, declaró al mismo

tiempo que "reconoce y respeta el derecho de todos los pueblos a la autodeterminación". Esta fórmula fue calibrada como un compromiso con los círculos socialdemócratas que reconocen a la OLP y respaldan la idea de fundar un Estado palestino.

Las condiciones específicas del continente africano condicionan las peculiaridades de la táctica de la Internacional Socialista en esta zona.

La composición heterogénea de la dirección de los movimientos de liberación nacional en una serie de países africanos, la tendencia hacia las ideas y las concepciones pequeñoburguesas, así como cierta inclinación hacia el anticomunismo como efecto de la propaganda capitalista de Occidente, abren ciertas posibilidades a la propagación de las ideas socialdemócratas entre una parte de la dirección de los movimientos liberadores.

La iniciativa más notable emprendida por la Internacional Socialista ya en 1961 fue la de invitar por primera vez a representantes de algunos países africanos a su VII Congreso. En el documento "Nuevos países y nuevas generaciones para el socialismo" aprobado en esa ocasión se hacía una tentativa de elaborar un programa de cooperación económica con dichos países.

En 1962, fue enviada a Africa una misión especial cuyo propósito era obtener información y entablar contactos que brindaran la "posibilidad de entender mejor los problemas económicos y los cambios que se operan en Africa"[16].

La Internacional Socialista estudió con bastante detalle el problema de la relación de su concepción ideológica del "socialismo democrático" con el socialismo africano. A esa cuestión se consagró un debate organizado en 1960 por su órgano oficial, la revista *Socialist Iternational Information* (actualmente *Socialist Affairs*).

En la serie *Tres visiones de Africa*, preparada por los laboristas ingleses, los socialistas franceses y los socialdemócratas germanooccidentales, se hacía referencia a la validez del régimen de comunidad para el desarrollo del "socialismo democrático" en Africa, a lo común del "socialismo democrático" africano y europeo y la "inaceptabilidad" de la experiencia soviética. Se proponía para Africa una "tercera vía" de desarrollo, síntesis de los métodos chinos, de una ágil planificación económica tipo India y de "humanismo" israelí[17].

Las ideas de los socialdemócratas europeos hallaron una

[16] *Socialist International Information.* London, 1962, № 2, p. 15.
[17] Ibídem, 1960, № 46-47, p. 679.

benévola actitud entre una serie de figuras de partido y de gobierno de Africa que habían rechazado la orientación socialista y pretendían a un papel de ideólogos de la "tercera" vía. La idea de normalizar y desarrollar los contactos de los partidos africanos con la Internacional Socialista fue enérgicamente respaldada por el socialista G. Duval, de Mauricio y los presidentes de Senegal y de Túnez L. Senghor y H. Bourguiba, como también por P. Tsiranana, presidente de la República de Malagasy. La salida de estas figuras al primer plano en cuanto al acercamiento con la Internacional Socialista no fue casual. Su cosmovisión personal, igual que sus simpatías sociales y políticas, se habían conformado bajo una fuerte influencia de la cultura burguesa francesa. L. Senghor, creador del muy contradictorio concepto socio-ético de "negritud", al censurar las lacras de la "inhumana civilización" engendrada por el Occidente capitalista, nunca fue lejos en su crítica del imperialismo. Realmente, sostenía y sigue sosteniendo la postura de una "corrección del capitalismo".

La concepción de Senghor tiene como base la idea de que el análisis científico de clase no es aplicable para el estudio de la realidad africana y las vías de desarrollo de los países de ese continente, por cuanto la "exclusividad" de la "personalidad africana" y de los destinos históricos de las sociedades de esta zona hacen que éstas no se supediten a las leyes históricas generales. El "socialismo africano" niega la división de la sociedad en clases y le atribuye a la sociedad africana un carácter socialista que le es inherente en su interior. A tenor con ello se rechaza la lucha de clases y el papel dirigente de la clase obrera y de su partido en la construcción del socialismo y considérase que el principal sujeto y objeto de las transformaciones "socialistas" es el campesinado.

Según Senghor, la transición al socialismo debe realizarse siguiendo una "vía media" que se opone al capitalismo y al comunismo y parece ser una alternativa no marxista al desarrollo capitalista.

Sin embargo, en la práctica, la "vía media" de Senghor constituye un desarrollo capitalista, camuflado con fraseología socialista, basado en la regulación estatal de una economía de "tipo mixto" que mantiene intactas las posiciones del capital privado extranjero y nacional.

Si bien es cierto que a comienzos de la década de los 60 los teóricos del "socialismo democrático" africano hacían hincapié en la "socialización" de la economía, no lo es menos que en las últimas definiciones de Senghor el socialismo se interpreta como

un socialismo de participación, basado en grandes compañías y cooperativas mixtas de comerciantes e industriales. De ese modo se fundamenta teóricamente una política de compromiso y colaboración con el neocolonialismo, una política de estímulo a los elementos capitalistas nacionales.

La especificidad de la variante africana de "socialismo democrático" encuentra reflejo, en particular, en el modo de tratar los problemas del desarrollo político. A diferencia del "pluralismo político" de los socialdemócratas europeos, Senghor y algunos otros líderes africanos abogan por un sistema "unipartidista con ejercicio de las libertades democráticas", estimando que tal régimen político es el que mejor corresponde a las condiciones de la realidad de Africa.

Así pues, el "socialismo democrático" en su variante africana es una variedad de nacional-reformismo que se contrapone manifiestamente al socialismo científico y tiene una orientación anticomunista.

Constituye, en el fondo, la ideología de la burguesía nacional que se ha formado en una época de creciente popularidad de las ideas socialistas. Senghor, que es uno de los líderes perspicaces de la burguesía africana, renuncia a los lemas francamente burgueses y hace suyas las consignas del ala derecha de los socialdemócratas, modificándolas a su manera.

Ese parentesco ideológico precisamente ha determinado el acercamiento organizativo de los partidarios africanos del "socialismo democrático" con la socialdemocracia europea. Las posibilidades de cooperación con ella las planteó Senghor durante sus visitas oficiales a Francia, Austria y Finlandia en 1973. En Francia hizo una declaración acerca del propósito de organizar un buró de partidos socialistas africanos que llevaría las negociaciones con la Internacional Socialista sobre la adhesión a ésta[18]. Al acercamiento con la Internacional Socialista les empujaba a los líderes africanos que abogan por un capitalismo "corregido" el temor ante la creciente actividad antiimperialista y anticapitalista de las masas del continente, descontentas de su situación. En un sector de la burguesía autóctona (sobre todo de la burocrática), satisfecha con el nivel de independencia alcanzado, es mayor cada vez el ánimo de servir de mediadores entre el capital extranjero y el mercado local. La insegura base social dentro de sus países ha forzado a esos líderes a buscar aliados en el exterior. Ahora bien, el principal argumento en favor del acercamiento con la Internacional Socialista ha sido la agudización de la lucha de clases en todo el continente africano. El afianzamiento de las posiciones de los partidarios de una orientación socialista, los éxitos de los Estados africanos que han optado por una vía de desarrollo no capitalista y el desenvolvimiento activo y fructífero de los acuerdos multilaterales con los Estados socialistas han venido socavando las posiciones de los líderes socialdemócratas que se han parado a mitad de camino en su crítica del colonialismo y el imperialismo. Fue importante el daño moral que la retirada de los partidos socialistas del poder en la República de Malagasy y en Mauricio ocasionó al socialreformismo en Africa. Otros regímenes social-reformistas del continente quedaron aislados. El prestigio moral se hallaba más y más del lado de los combatientes consecuentes por la verdadera independencia de Africa: los revolucionarios demócratas que habían avanzado la idea de la orientación socialista.

[18] *Le Monde* del 24.3.1973.

Al término de diez años de desarrollo independiente, esto es a comienzos de los años 70 aproximadamente, se hizo evidente que la socialdemocracia contaba en Africa con muy débiles posiciones. No obstante, los acontecimientos del último tiempo (reunión del Buró de la Internacional Socialista en mayo de 1978 en Dakar, cambio de denominación de la Unión Progresista Senegalesa que pasó a llamarse Partido Socialista Senegalés, elección de Senghor[19] uno de los vicepresidentes de esa Internacional y, por último, el anuncio del propósito de crear una Conferencia de los partidos de orientación socialdemócrata de los países de Africa) atestiguan que las tendencias socialdemócratas, en el continente africano, encuentran un determinado caldo de cultivo.

Aún así, hoy por hoy resulta todavía prematuro por lo visto hablar de una variante africana bien definida de "socialismo democrático". Al mismo tiempo, en el variado torrente de teorías de socialismo no marxista de todo género, esta concepción comienza a cobrar perfiles concretos.

Los políticos africanos de orientación marxista le oponen a ésta la verdadera concepción de la esencia del socialismo. En particular, A. Dansoko, miembro del Buró Político del CC del Partido Africano de la Independencia de Senegal dice: "Ningún plan ni maniobra ingeniosa, sean quienes sean sus artífices y ejecutores, son capaces de detener el avance natural y objetivo de los pueblos africanos hacia su completa liberación. Sólo el

[19] Senghor fue el principal ponente sobre el tema del nuevo orden económico mundial en el XIII Congreso de la Internacional Socialista.

socialismo científico, la única doctrina justa, puede abrirles el camino más corto para alcanzar este objetivo"[20].

5. El "socialismo democrático" en América Latina

Los últimos años, la Internacional Socialista viene desarrollando una notable actividad en los países latinoamericanos. Una de sus manifestaciones fue la Conferencia que patrocinada por ella se celebró en Caracas en mayo de 1976 y a la que asistieron delegados de 24 partidos socialistas, socialdemócratas y otros afines, representando a 22 países de Europa, de América Latina y del Caribe.

Esta conferencia fue la acción más importante que dentro del marco de la Internacional Socialista tuviera lugar con respecto a los países latinoamericanos. En ella participaron figuras tan prominentes como W. Brandt, B. Kreisky, M. Soares y A. Jorgensen. La iniciativa de la convocatoria partió de los socialdemócratas germanooccidentales y de la Acción Democrática venezolana.

En la Conferencia se dejaron oír voces estridentes de crítica dirigida a los partidos socialdemócratas de Europa occidental. El ministro de Asuntos Exteriores de Jamaica, D. Thompson, puso en tela de juicio la solidaridad de la socialdemocracia europea con los países del campo en desarrollo, manifestando que aquella exporta a los países pobres de todo menos socialismo[21]. Lo mismo se vio obligado a reconocer B. Kraisky, señalando que la filosofía socialdemócrata ha perdido en medida notable su atractivo para las masas oprimidas del globo.

La crítica hecha por los representantes de los países latinoamericanos se recogió en cierta medida en el documento final de la Conferencia, en el que se consignaba que los asistentes "censuran los regímenes fascistas y totalitarios que existen en el continente americano". Se declaró asismismo que "no existe una solución universal para lograr la plena democracia. Cada país, cada región del mundo deben hallar su propio camino hacia la libertad y la justicia social partiendo de las condiciones reales y sobre la base de una creciente solidaridad internacional".

Uno de los signos del influjo que la socialdemocracia ejerce sobre los partidos y movimientos políticos reformistas latinoamericanos es que éstos retoman el concepto de "socialismo democrático" y de "tercera vía" en la interpretación de los ideólogos de la Internacional Socialista. En circunstancias de una agudizada confrontación de los dos sistemas sociales —socialismo y capitalismo—, dichos ideólogos, y en unión con ellos los líderes de los partidos latinoamericanos de orientación socialdemócrata, manifiestan la necesidad de buscar una "tercera vía" que difiera del socialismo real y del capitalismo. Con la particularidad de que a diferencia de los años 30 y 40, en que la tendencia a la "tercera vía" la argumentaban los partidos reformistas por la "especificidad" de América Latina, en el momento actual esa "vía" aparece más a menudo cada vez con ropajes socialdemócratas. De las ideas del social-democratismo están informados los documentos de los partidos reformistas latinoamericanos aprobados en este último tiempo. En ese espíritu, por ejemplo, se han redactado las declaraciones programáticas de la Izquierda Democrática de Ecuador y del Partido Revolucionario Hondureño[22]. La Carta Ideológica de la Confederación Costarricense de Trabajadores Democráticos, que se halla bajo el control del Partido de Liberación Nacional, dice que únicamente dentro del marco de la socialdemocracia puede realizarse la lucha de los trabajadores por una sociedad justa. Es por eso, afírmase en el documento, que "aspiramos a la socialdemocracia como sistema de organización económica y social"[23].

Al orientarse hacia el socialdemocratismo, los partidos latinoamericanos hacen suyo también el concepto de "socialismo democrático", tratando de adecuarlo a las condiciones de sus países. Así, la Declaración programática del Partido Revolucionario Hondureño dice entre otras cosas: "El socialismo democrático no se realizará más que por la democracia y la democracia no se cumplirá más que por el socialismo democrático"[24].

Ahora bien, detrás de esta suerte de constataciones se oculta a menudo la fidelidad al sistema capitalista, fidelidad que se pone de manifiesto de distinto grado en los diferentes partidos. Así, en uno de los documentos electorales del Partido Popular Nacional de Jamaica (1976) se declaraba que el partido se pronuncia a favor de una economía mixta, por la coexistencia y una

---

[20] *Revista Internacional,* 1975, № 12, pág. 54.

[21] D. Thompson. *¿Una última oportunidad para el socialismo democrático? Nueva Sociedad,* 1976, № 24, págs. 19-22.

[22] *Declaración de Principios de la Izquierda Democrática de Ecuador. Nueva Sociedad,* Caracas, 1977, № 28, págs. 151-156; *Declaración de Principios del Partido Revolucionario Hondureño. Nueva Sociedad,* 1977, № 33, págs. 182-192.

[23] *Carta Ideológica de la Confederación Costarricense de Trabajadores Democráticos. Nueva Sociedad,* 1976, № 26, pág. 165.

[24] *Nueva Sociedad.* 1977, № 33, pág. 182.

conjugación armónica de los sectores público y privado que deben funcionar dentro del margen de unas reglas especiales en nombre de un desarrollo equilibrado de la economía[25]. Los ideólogos de los partidos venezolano y costarricense introducen incluso la noción de "capitalismo humano", señalando que se trata de un capitalismo bajo el que pueden ser erradicados los rasgos poco atractivos que le fueron propios en los albores de su implantación en Europa.

A juicio de los ideólogos de los partidos reformistas latinoamericanos, un elemento de modernización y "humanización" del capitalismo es el asignarle al Estado funciones de órgano que regule las relaciones sociales. El Estado, consígnase en la Carta Ideológica de la Confederación Costarricense de Trabajadores Democráticos, es un instrumento para servicio de la sociedad y su acción debe estar orientada a eliminar cualquier desequilibrio causado por situaciones de privilegios de unos grupos sobre otros[26].

Un afán de presentar las cosas como si en la sociedad del "socialismo democrático" el Estado velara por el bienestar general distingue los documentos de los partidos de orientación socialdemócrata. Al propio tiempo, indícase en ellos que el Estado, al ejercer sus funciones de árbitro, está autorizado para formular exigencias a las diferentes capas sociales. En una alocución a los empresarios del país, el presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, subrayaba que el capitalismo no debe significar una mayor concentración de las riquezas en manos de unos cuantos y que hay que combinar los objetivos económicos con el socialismo[27]. No cabe duda, pues, que las ideas de la armonía social y de clase y de la necesidad de lograr la paz social entre explotadores y explotados, hechas suyas por los partidos reformistas de América Latina, se dan la mano con los planteamientos conceptuales de la socialdemocracia eurooccidental.

La coincidencia de puntos de vista en cuestiones de principio como la postura ante el capitalismo y el socialismo real, y ante la revolución y las reformas y el modo de concebir el papel y las funciones del Estado y la actitud hacia la democracia predeterminaron, por otro lado, el acercamiento organizativo de los partidos socialdemócratas de Europa occidental y América Latina.

[25] *People's National Party de Jamaica: los Próximos Cinco Años. Nueva Sociedad*, 1977, № 28, pág. 147.

[26] Nueva Sociedad, 1976, № 26, pág. 165.

[27] *El Universal.* Caracas, 2.7.74.

Iguales tendencias pusiéronse de manifiesto en cuanto a la política exterior de los partidos latinoamericanos de orientación socialdemócrata. Las concepciones de estos partidos en dicho ámbito constituyen una peculiar simbiosis de enfoque socialdemócrata propiamente dicho y concepciones ideológicas típicas de numerosos países del llamado Tercer Mundo. Estos dos principios se entrelazan y encuentran reflejo tanto en los programas como en la actividad relativos a la política exterior.

El viraje de la "guerra fría" a la distensión internacional, que llegó a ser posible gracias a la coherente política de paz de la Unión Soviética y los otros países de la comunidad socialista, fue acogido con aprobación por los medios dirigentes de los partidos latinoamericanos de orientación socialdemócrata. La distensión internacional, apuntaba C. A. Pérez, propicia la articulación en nuestros pequeños países de una línea independiente en política exterior. A su vez, los pequeños países, a la par con las grandes potencias, pueden desempeñar un positivo papel en ese proceso, aportar una sensible contribución al ahondamiento de la distensión y a hacerla extensiva a los campos más diversos. Expresamos nuestro enérgico apoyo a la causa de la distensión internacional —dijo—. La Conferencia de Helsinki fue prueba positiva de un proceso que debe profundizarse continuamente y conducir a soluciones cada vez más constructivas[28].

Las vastas posibilidades que abrió la distensión han sido aprovechadas en medida nada desdeñable por los gobiernos de Costa Rica, Venezuela, Jamaica, México y otros países. Amplíanse sus contactos con los países del socialismo. Así, durante el período en que el presidente C. A. Pérez permaneció en el poder (1974-1978) Venezuela estableció relaciones diplomáticas con la RDA, Bulgaria y la RDPC y amplió sus vínculos con Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, etc. En 1975, se concluyó entre Venezuela y la Unión Soviética un acuerdo sobre cooperación cultural y científica[29]. En noviembre de 1976 tuvo lugar por vez primera en la historia de las relaciones soviético-venezolanas una visita oficial a la URSS del presidente de Venezuela. Durante ella, C. A. Pérez calificó altamente los progresos de la URSS en su edificación económica y cultural manifestando que la experiencia de la Unión Soviética puede ser inapreciable para el fortalecimiento del desarrollo independiente de Venezuela[30]. Se extendieron los nexos de la URSS con otros países latino-

[28] *Pravda*, 25.2.1976.

[29] *América latina*, 1976, №3, p. 139.

[30] *Pravda*, 25.2.1976.

americanos donde se hallan en el poder partidos de orientación socialdemócrata. En mayo de 1978 estuvo en la Unión Soviética el presidente de México José López Portillo y en abril de 1979 la visitó el primer ministro de Jamaica, Michael Manley.

Una prueba de la disposición a regirse por los principios de la coexistencia pacífica de países con diferente régimen social en las condiciones de América Latina la ofrece la postura ante Cuba de los partidos gobernantes de orientación socialdemócrata. Hace muchos años que mantiene ese principio el Partido Revolucionario Institucional instalado en el poder en México. A pesar de las presiones del imperialismo norteamericano, este país sigue su rumbo a ampliar los contactos políticos y económicos con Cuba socialista. A fines de 1974 se restablecieron las relaciones diplomáticas entre Venezuela y Cuba, interrumpidas en 1961 por el gobierno de Acción Democrática. Se han establecido relaciones de amistad entre Cuba y Jamaica, donde se halla instalado en el poder el Partido Nacional Popular.

La política latinoamericana de los partidos de orientación socialdemócrata se basa en la concepción de solidaridad continental y reviste un matiz marcadamente nacionalista. Esta tendencia se puso de manifiesto con máximo relieve en la política exterior de los partidos gobernantes de México y Venezuela (hasta 1979). Los gobiernos de ambos países emprendieron el rumbo hacia la integración política y económica, considerándola como un medio para debilitar la dependencia respecto a los monopolios norteamericanos y las corporaciones transnacionales. Esa línea política tomó cuerpo en la institución en 1975, a iniciativa de México y Venezuela, del Sistema Económico Latinoamericano (SELA), nueva organización regional (en el que no participa EE.UU.) que tiene por misión ser un instrumento de defensa de los intereses económicos de los países latinoamericanos e impulsar la cooperación económica entre éstos.

Los partidos que nos ocupan hacen su aportación a la lucha contra el fascismo y la amenaza fascista que se cierne sobre América Latina. Todos ellos participan activamente en las campañas de solidaridad internacional con los demócratas chilenos, muchos de los cuales han encontrado asilo político en Venezuela, México y Costa Rica. México rompió las relaciones diplomáticas con el régimen político de Pinochet después del golpe militar-fascista del 11 de septiembre de 1973.

Al mismo tiempo, también se observa en dichos partidos un enfoque singular suyo de los problemas internacionales que se expresa, en primer lugar, en su concepción del papel del Tercer

Mundo. Los cambios habidos en el mundo como efecto de la variación en favor del socialismo de la relación de fuerzas y del debilitamiento de las posiciones del capitalismo no han tenido su debido reflejo en la conciencia de los ideólogos de estos partidos y se han plasmado de modo peculiar en sus planteamientos teóricos.

Resultado de tal conceptuación es una evaluación tergiversada de la contradicción fundamental de nuestra época. En su interpretación, ésta aparece como la contradicción no entre los dos sistemas opuestos, sino entre los países subdesarrollados y los industrializados. De este modo, colocan en un plano, de hecho, a los países altamente desarrollados del capitalismo, que realmente se han enriquecido a costa de explotar los recursos naturales y humanos de los países de Asia, Africa y América Latina, y los países socialistas, que en modo alguno pueden compartir con el imperialismo la responsabilidad por sus ignominiosos hechos.

Precisamente en virtud de estos hechos, los dirigentes de los partidos latinoamericanos de orientación socialdemócrata comenzaron, a caballo entre los años 60 y 70, a apelar cada vez más al Tercer Mundo y, en última instancia, incluyeron en su bagaje ideológico las de sobra conocidas teorías supraclasistas y en primer lugar la concepción de las llamadas naciones ricas y pobres[31].

Sin embargo, al tiempo que en la mayoría de los teóricos procedentes de los países de Asia y Africa esa concepción reviste un matiz marcadamente ideológico, recalcando la peculiaridad del Tercer Mundo y su diferencia cardinal respecto tanto de los países socialistas como de los capitalistas, para muchos partidos latinoamericanos de orientación socialdemócrata, tanto la propia concepción de Tercer Mundo como la lucha que se libra bajo su alero no es más que un medio que persigue un determinado fin: convertirlos en copartícipes paritarios de los Estados capitalistas desarrollados. Esta idea la formuló C.A. Pérez en la Conferencia de Caracas del 1976 de este modo: "Europa tiene en América Latina un interlocutor válido que puede ser puente con el Tercer Mundo"[32].

La Internacional Socialista, por su parte, respalda esta línea, lo que se ha manifestado en un creciente interés hacia el conti-

[31] Véase, por ejemplo: J. Figuérez. *La Pobreza de las Naciones.* San José, 1973, págs 43-77.

[32] C. A. Pérez. *Hacia la auténtica liberación del Hombre universal. Nueva Sociedad*, 1976, № 24, pág. 47.

nente latinoamericano en los últimos años, prueba de lo cual es, en particular, el Buró para América Latina constituido después del XIII Congreso de la IS y la aprobación en sus XIII y XIV Congresos de resoluciones especiales sobre América Latina, la elección de Daniel Oduber, de Costa Rica, vicepresidente de la Internacional Socialista y el ingreso en ésta de nuevos partidos de dicho continente.

En un contexto en que se ha intensificado la confrontación entre los dos sistemas sociales y en que se ha acrecentado la influencia del socialismo mundial sobre los países en desarrollo y muchos de ellos rechazan abiertamente la vía capitalista como camino que condena a los pueblos a la explotación y la dependencia, la Internacional Socialista propone a los pueblos latinoamericanos su alternativa de "socialismo democrático". Empero, esta orientación se reduce a modernizar el capitalismo latinoamericano con ayuda de reformas parciales y elevarlo al nivel del capitalismo eurooccidental y garantizar así que América Latina se mantenga dentro del marco del sistema capitalista. De lo contrario, estiman los ideólogos de la IS, si no se moderniza y "humaniza" el capitalismo, se producirá una explosión a consecuencia de la cual Latinoamérica marchará en dirección del socialismo.

Los líderes de la Internacional Socialista estimulan por todos los medios el anticomunismo inherente a los partidos latinoamericanos de orientación socialdemócrata. Hasta mediados de la década del 60, era característico de los medios dirigentes de esos partidos la tendencia a oponerlos a los partidos y grupos políticos que abogaban por la unidad de las fuerzas democráticas en la lucha contra el imperialismo y la reacción interna. Manteniéndose en sus posiciones anticomunistas, dichos partidos, bajo el influjo de los cambios operados en el mundo, presentan hoy un enfoque algo distinto de este problema y la propaganda anticomunista deviene en ellos más velada, menos lineal.

Su postura en cuanto a la cuestión de las interrelaciones con los comunistas fue formulada del modo más concentrado en la Conferencia de Caracas de abril de 1977, que hizo la siguiente recomendación: los partidos, arrancando de la situación histórica concreta y de la correlación de fuerzas políticas y de clase en cada país, deben decidir por cuenta propia si han de contactar con los comunistas, concertar con ellos acuerdos temporales o formar amplias alianzas y coaliciones. Evidentemente, esta suerte de recomendaciones se inscriben en el contexto general de la política de la Internacional Socialista. En su práctica política

de cada día, con estas o las otras modificaciones, los partidos latinoamericanos siguen esa orientación.

Los comunistas latinoamericanos valoran positivamente los cambios que han acaecido en los partidos reformistas. En particular, manifiestan su solidaridad con las acciones tendentes a poner bajo control los recursos naturales que durante muchos años han sido explotados con rapacidad por el imperialismo. A ello se refiere, entre otras cosas, la Declaración de la Conferencia de los Partidos Comunistas de los países de América Latina y del Caribe, celebrada en La Habana en junio de 1975. Los líderes de los partidos comunistas se pronuncian en el espíritu de este documento. Así, el secretario general del Partido Comunista de Venezuela, Jesús Faría, al definir la posición de los comunistas ha manifestado: "En cada conflicto de Venezuela con el imperialismo jamás hemos dudado en ayudar al Gobierno que resiste las presiones y amenazas".

Todo ello atestigua que se van creando las premisas para el diálogo y la acción conjunta de comunistas y socialdemócratas, tanto a escala nacional como del continente, en torno a un determinado cúmulo de problemas: defensa de las riquezas naturales contra la rapaz explotación por parte de las corporaciones transnacionales, distensión, desarme, defensa de la democracia y de las instituciones democráticas, lucha contra el fascismo y el peligro fascista.

Los partidos latinoamericanos de orientación socialdemócrata están atravesando en el momento actual un complejo proceso. Al tomar del arsenal de la socialdemocracia europea el concepto de "socialismo democrático", estos partidos y los distintos grupos que en su seno existen, lo interpretan de diferente manera, bien con inclinación de centro derecha (Acción Democrática venezolana), bien tirando hacia la variante sionista (Partido de Liberación Nacional de Costa Rica) o dándole una interpretación de izquierda (Partido Nacional Popular de Jamaica), poniendo en tela de juicio muchos postulados de dicho concepto. En el XIV Congreso de la Internacional Socialista de noviembre de 1978, el representante de Chile, Anselmo Sule, manifestó que su partido arranca del plan de crear una América Latina socialista. Ahora bien, al explicitar dicho plan, A. Sule puso el acento en el papel decisivo del Estado en la economía, la nivelación económico-social, la participación activa de los sindicatos y los intelectuales en la gestión y la puesta en marcha de la gestión obrera, esbozando de este modo la interpretación que mantienen los miembros del ala izquierda de la socialdemocracia.

Durante su visita oficial a la URSS, el primer ministro de Jamaica, M. Manley, líder del Partido Nacional Popular, manifestó que bajo la dirección de su partido, el pueblo de Jamaica ha procedido a llevar a cabo las tareas democráticas nacionales más apremiantes y que habiendo optado firmemente por una vía no capitalista de desarrollo, ha comenzado a tomar en sus manos la dirección de la economía del país, estableciendo un control sobre las riquezas naturales, fomentando tanto el sector público como el cooperativo y poniendo en práctica un programa de reforma agraria radical.

En el Documento de la Conferencia de La Habana de los Partidos Comunistas y Obreros se llama la atención sobre el giro a la izquierda de una serie de partidos reformistas y se habla de la posibilidad de que los nacionalistas pasen a sustentar posiciones antiimperialistas y revolucionarias[33].

6. La variedad sionista de "socialismo democrático"

Una variedad específica y de las más reaccionarias de "socialismo democrático" es el denominado sionismo socialista, que por vez primera se dio a conocer a fines del pasado siglo.

Poco después de formarse, en 1897, la Organización Sionista Mundial (OSM), una parte de sus prohombres comenzaron a poner todo su empeño en disfrazar la verdadera esencia clasista del sionismo por medio de una fraseología socialista. Trataban de esta forma de restringir la participación de los trabajadores judíos en el movimiento revolucionario y atraerlos a las filas de las organizaciones sionistas.

Al autocalificarse de "socialistas" y de "defensores de los intereses del proletariado", los líderes sionistas de "izquierda" aspiraban no sólo a ensanchar la base del movimiento sionista, sino a hacerse con aliados en la persona del movimiento obrero y sindical de Europa y América y de los partidos socialdemócratas y líderes de la II Internacional. Para esos fines elaboraron su propia ideología "obrera". Es singular en este aspecto el hecho de que todas las tesis fundamentales de los ideólogos del social-sionismo fueron tomadas (a veces con ciertas modulaciones) de los sionistas burgueses. En cuanto a la labor de los partidos sionistas "socialistas", ésta, salvo rarísimas excepciones (que se dieron mayormente en la primera etapa del social-sionismo),

[33] *América Latina en la lucha contra el imperialismo, por la independencia nacional, el bienestar popular, la paz y el socialismo.* Moscú, 1975, pág. 38.

transcurrió siempre por el cauce de la "unidad nacional" y los "destinos comunes" con la burguesía.

La tesis anticientífica y nacionalista hasta la médula sobre la vía especial de desarrollo de la clase obrera judía les llevó bien pronto a los adeptos del socialismo "sionista" al bando de la reacción y la contrarrevolución. Después de la Gran Revolución Socialista de Octubre, los partidos sionistas "socialistas", en unión con los partidos judíos manifiestamente burgueses, tomaron parte activa en la lucha de las fuerzas unidas de la contrarrevolución y la intervención extranjera contra el joven Estado soviético.

Desde 1933, al frente de la comunidad de colonos judíos en Palestina (los yishuw) se hallaba de hecho el partido social-reformista sionista MAPAI (Partido Obrero Eretz Yisrael)[34]. Después de la fundación del Estado de Israel, el MAPAI (posteriormente MAI)[35] siguió siendo invariablemente hasta el verano de 1977 el principal partido del bloque gubernamental.

Ha tenido y sigue teniendo cierto influjo en el país hasta el día de hoy el MAPAM (Partido Obrero Unificado), que fue durante varios años un partido sionista de izquierda.

Después de la fundación en 1948 del Estado de Israel y, sobre todo, tras las guerras de agresión desatadas por los círculos dirigentes israelíes, el desplazamiento hacia la derecha de los partidos social-sionistas ha ido tan lejos que, generalmente, resulta muy difícil (imposible a veces) en el momento actual trazar una línea divisoria entre los partidos burgueses y "obreros" sionistas.

La plataforma ideológica del MAPAI —MAI constituye una abigarrada mezcolanza ecléctica de postulados y tesis extraídos de distintas doctrinas seudosocialistas, así como de ciertas teorías burguesas en boga. Los líderes de este partido, al abordar la cuestión de las bases teóricas del actual "socialismo" sionista, procuran por todos los medios velar la esencia reaccionaria de su ideología. En realidad, los social-sionistas participan enteramente de los dogmas sionistas generales sobre la existencia de una "nación judía mundial" exterritorial, sobre el "carácter genesiaco del antisemitismo", sobre la posibilidad y la necesidad

[34] Eretz Yisrael — denominación del territorio entero de Palestina en hebreo bíblico. El propio nombre del MAPAI, pues, habla de su carácter antiárabe y chovinista.

[35] El MAI (Partido del Trabajo de Israel) se fundó en enero de 1968 al unirse dos partidos afines: el MAPAI y el Ahdut Haávoda (Unidad del Trabajo), al que no hay que confundirlo con el partido del mismo nombre que existió en Palestina en 1919-1930, y la agrupación RAFI (Lista Obrera de Israel) más de derecha aún.

de dar solución al "problema judío" únicamente a través del "regreso" de los hebreos a la "tierra de sus antepasados", etc.

Los social-sionistas, lo mismo que los demás sionistas, niegan por completo el derecho del pueblo árabe de Palestina a la autodeterminación y a formar, al lado del Estado de Israel, su propio Estado nacional, tal como disponen las conocidas resoluciones de las Naciones Unidas.

Su chovinismo y racismo antiárabe procuran con frecuencia disfrazarlos con bellas frases e intentan hipócritamente hacerse pasar poco menos que por internacionalistas. Pero ninguna demagogía ni disfraz alguno son capaces de encubrir la actitud chovinista-sionista, de hecho, del social-sionismo hacia los árabes.

Hasta qué grado de hipocresía y profanación hay que llegar para proclamar la política chovinista y racista de desarabización de Palestina, y luego de Israel ("más tierras y menos árabes"), en unión con una variante de extrema derecha de la política social-reformista de "colaboración de clase" con la burguesía, compatible con el socialismo, más aún, creadora de la base para la construcción de una sociedad socialista.

Al mismo tiempo, aseveran demagógicamente que "el sionismo fue el primero en ligar el socialismo con la liberación nacional" y aboga por la "unión de estas fuerzas"[36].

La política sionista racista hizo que se creara el trágico problema de los refugiados palestinos (que hoy día cuentan alrededor de tres millones) y que los 500.000 habitantes árabes en Israel, abocados a injusticias y privaciones[37], se vean sometidos continuamente a una discriminación nacional.

Uno de los postulados fundamentales de la ideología y la política del social-sionismo, como de todo el sionismo, ha sido siempre el culto a la fuerza, la baza del militarismo y la agresión. "La sabiduría de un Estado —proclamaba, por ejemplo, Ben-Gurion— es la de saber guerrear"[38].

Igual que otros sionistas, los líderes del MAI y el MAPAM exhiben el sionismo como la "revolución judía" y anuncian que es Israel la "materialización de la idea sionista", un "Estado

[36] D. Zohar. *Political Parties in Israel.* New York, Washington, London, 1974, p. 38.

[37] Sh. Toledano, ex asesor sobre asuntos árabes de tres primer ministros israelíes consecutivos, decía en enero de 1977 que "la situación en Israel de la minoría nacional árabe es la peor del mundo" (véase el suplemento del periódico *Haaretz* del 28.1.1977).

[38] Z. Sharef. *Three Days.* London, 1968, p. 191.

especial", la "patria de todos los judíos". Aparecen como partidarios activos de la teoría de la "doble lealtad" (o "doble ciudadanía") de los judíos que constituye un clamante quebrantamiento de las normas del derecho internacional generalmente reconocidas.

Muchos social-sionistas participan de la tesis etnocentrista-racista del sionismo acerca de la "exclusividad" de los judíos, de que son los "elegidos de Dios" y de la "especial predestinación de Israel", si bien procuran disfrazar ello por todos los medios.

Lo mismo que los sionistas burgueses declarados, los social-sionistas son parásitos del antisemitismo y, en ocasiones, hasta lo avivan de modo artificial; han colaborado y siguen colaborando, sobre la plataforma común del anticomunismo, con antisemitas inveterados.

Uno de los principales elementos de la ideología del MAI son las ideas del llamado "socialismo religioso" o "profético (del Antiguo Testamento).

Los social sionistas[39] (igual que todas las demás corrientes sionistas) precisan del judaísmo para montar la ficción de una "nación judía única", ya que se percatan de que elementos de la "unidad nacional" de su inventiva como el "espíritu hebreo que se transmite de una generación a otra", la "natural inclinación hacia Sión", el mito del "carácter genesiaco del antisemitismo", etc., etc., resultan insuficientes para ejercer el control sobre las comunidades judías de los diferentes países. Sintetizando el sionismo y el judaísmo, proclaman los kibbutz como un ideal de sistema social y estatal. Estos kibbutz son, en su mayoría, colonias agrícolas cooperativo-comunales militarizadas, la propiedad de cuyos miembros se limita principalmente a los utensilios de uso personal. Se hallan en absoluta dependencia de los bancos, cajas de préstamos y firmas privadas capitalistas que explotan tanto a sus miembros de fila coma la comunidad como unidad organizada. Ultimamente vienen contratando, en medida cada vez mayor, trabajadores de fuera, principalmente árabes, actuando como explotadores de mano de obra asalariada. En el Israel de nuestros días, constituyen una eficaz forma de obtener fuerza de trabajo barata y un apropiado instrumento para educar a los jóvenes y los nuevos inmigrantes en el espíritu sionista y, con fines propagandísticos, se les llama en gran escala (sin razón alguna) "células del socialismo".

[39] "Hoy, el sionismo y el Estado de Israel deben reconstituir el judaísmo" —escribió Y. Allon, figura del social-sionismo, ex ministro (*The Ierusalem Post*, 29.5.1969).

Sobre las posiciones teóricas y la actividad práctica de la dirección de los partidos social-sionistas ejercieron un influjo considerable el tradeunionismo y las distintas variantes de socialismo "cooperativo" o "corporativo" —variedades del socialismo reformista burgués hechas suyas por la socialdemocracia con ligeras modificaciones.

El sector económico cooperativo-sindical, creado en Israel sobre la base del movimiento cooperativo, se convirtió bien pronto no sólo en un aparato de financiación y robustecimiento de los partidos y organizaciones social-sionistas y de la aristocracia obrera, sino en una fuente de pingües beneficios para la burguesía.

La actividad empresarial de las cooperativas israelíes en nada se diferencia de la función económica del Estado burgués y del sector privado capitalista y, junto con el sector público, constituye la base para el desarrollo en Israel del sistema capitalista de Estado. A diferencia de lo que ocurre en muchos jóvenes Estados de Asia y Africa, el movimiento cooperativista israelí no tiene una orientación ni antiexplotadora ni antiimperialista. El denominado sector "cooperativo", en Israel, constituye de hecho un eslabón integrante del complejo militar-industrial.

Al igual que los sionistas francamente burgueses, los líderes de los partidos "obreros" sionistas han tratado siempre, particularmente en el momento actual, de inculcar en la conciencia de los trabajadores la ilusión de la "comunidad de intereses y destinos" de los judíos, de la "armonía social", de la "colaboración del trabajo y el capital".

Habiendo ligado el "socialismo democrático" con los dogmas del sionismo en su interpretación social-sionista, es decir más velada aún, y la demagogia sionista con la demagogia socialdemócrata de derecha, los líderes del MAI intoxican sistemáticamente las mentes de los trabajadores israelíes.

En el presente, estos líderes, cuyo partido se halla formalmente en la oposición, critican en algunos puntos, referentes a la política exterior, al Gobierno de la Unión Likud pero, en conjunto, siguen sustentando las posiciones reaccionarias del sionismo, lo que muestra una vez más qué representa el "socialismo democrático" en su variante sionista.

Capítulo III

QUE ASPECTO PRESENTA EL "SOCIALISMO DEMOCRATICO" EN LA PRACTICA. LOS SOCIALDEMOCRATAS EN EL PODER

1. Pugna entre la teoría y la práctica

El criterio de validez de esta o la otra teoría es la práctica. Este enunciado atañe por entero al concepto socialdemócrata de "socialismo democrático" y a todas sus variedades. Al instalarse en el poder en una serie de países de Europa occidental, los socialdemócratas tuvieron en reiteradas ocasiones la posibilidad efectiva de poner en marcha medidas que dimanan de sus programas teóricos y políticos y que, conforme a su fraseología, significan una transformación del capitalismo orientada hacia un régimen socialista. ¿Cómo han aprovechado esa posibilidad? ¿Han cambiado siquiera un pilar del capitalismo siguiendo las orientaciones del "socialismo democrático"?

Evoquemos hechos de todos conocidos. Más de 10 años estuvo en Inglaterra en el poder el Partido Laborista (1945-1950, 1950-1951, 1964-1966, 1966-1970). Desde comienzos de 1974 forma otra vez Gobierno. Los socialdemócratas de la RFA se hallan al frente del Gobierno del país (con participación del Partido Democrático Libre) desde 1969. De 1945 hasta 1966 el Partido Socialista de Austria (PSA) formó parte de la coalición gubernamental (de dos partidos) con el Partido Popular Austríaco burgués, y a partir de 1970 hasta el momento actual forma Gobierno de un partido. Casi medio siglo, con pequeñas interrupciones, los socialdemócratas noruegos (PON) son partido gobernante. Los socialdemócratas de Suecia hace poco han pasado a la oposición, habiéndose hallado en el poder durante más de cuatro decenios. Más de una vez han estado los socialdemócratas al frente del Gobierno (o han formado parte del bloque gubernamental) en Francia, Italia, Dinamarca, Holanda y algunos países más. Por último, en 1976 los socialistas formaron en Portugal

un Gobierno monocolor y luego (desde fines de 1977), un gobierno de coalición de corta vida.

Así pues, los partidos socialdemócratas de una serie de países capitalistas han tenido una oportunidad bien real de materializar las ideas del "socialismo democrático", de mostrar en la práctica el camino de transformación socialista de la sociedad que proclaman como alternativa a la "vía comunista". Recordemos que, en el discurrir de la historia, a los partidos verdaderamente revolucionarios les bastó hallarse en el poder uno o dos años para llevar a cabo reformas sociales y políticas tan radicales que resultaron de un carácter irreversibles, incluso en los casos en que dichos partidos (los jacobinos, por ejemplo) se vieran obligados pronto a abandonar el escenario político.

En cuanto a los socialdemócratas, éstos durante su estancia en el poder ni intentos han hecho de realizar cambios de veras radicales de la estructura política y económica del capitalismo moderno. Esto lo reconocen ellos mismos. En 1975, durante una reunión con B. Kreisky y W. Brandt, en la que se debatió en torno a los efectos de la crisis económica que se había desatado en los países del capital, O. Palme dijo: "En cierto grado, nosotros, los socialistas, vivimos en un estado de simbiosis con el capitalismo"[1].

Si el programa ideológico de la socialdemocracia —el "socialismo democrático"— constituye, en realidad, un abandono de las transformaciones consecuentemente socialistas, la práctica de su actividad gubernamental va más lejos aún por ese camino. Podemos dejar constancia con pleno fundamento que existe una sustancial disparidad entre la teoría y dicha práctica, disparidad que se expresa en que el social-reformismo aplica una política que poco tiene que ver con la fraseología democrática y socialista propia de la ideología social-reformista.

A esa disparidad entre la teoría y la práctica del "socialismo democrático" llaman la atención incluso los adeptos de ese concepto y teoría, especialmente de entre los socialdemócratas de izquierda. Así, el ala izquierda de la socialdemocracia austríaca, que orgánicamente se formalizó en 1975, señala en su declaración programática "Por una política socialista del PSA" que las contradicciones entre el programa y la práctica caracterizan la política socialdemócrata de los últimos años. Pero también algunos líderes de la socialdemocracia de derecha reconocen, en el fondo, esta disparidad y tratan incluso de darle una argumentación.

[1] W. Brandt, B. Kreisky, O. Palme. *Briefe und Gespräche*, S. 118.

Así, O. Palme, al referirse a la crisis desatada en los años 70 en los países del capitalismo, avanza la tesis de que dicha crisis ha de requerir compromisos de la socialdemocracia y que estos últimos pueden ser interpretados como "traición a los ideales socialdemócratas y como retroceso ante poderosos intereses económicos"[2]. Conviene advertir, sin embargo, que también en períodos de favorable coyuntura, los socialdemócratas han retrocedido de igual modo "ante poderosos intereses económicos".

Los autores de la recopilación *El racionalismo crítico y la socialdemocracia*, al señalar que hay una contradicción entre la teoría "revolucionaria" y la práctica "reformista" del "socialismo democrático" llaman a no turbarse ante tal estado de las cosas.

2. El mecanismo político sigue siendo el mismo

Puede decirse que ninguno de los antecitados partidos socialdemócratas, durante su estancia en el poder, han realizado reforma importante alguna orientada a transformar en los respectivos países el sistema político, la máquina estatal burguesa y sus funciones políticas.

La única acción importante de índole democrática, cuyos efectos pueden ejercer un influjo real sobre los procesos políticos fue, en realidad, la reforma electoral llevada a cabo a iniciativa de los gobiernos socialdemócratas de Inglaterra, Austria, RFA y Suecia, por la que descendía a 18 años la edad de participar en las elecciones (en Suecia, a 19). Habida cuenta del elevado nivel de natalidad en el primer decenio de posguerra, esta reforma hizo que aumentara sensiblemente el electorado de dichos países.

Sin negar el positivo significado de las reformas electorales, cabe subrayar al mismo tiempo que medidas análogas fueron puestas en marcha en esa época también por gobiernos burgueses, por ejemplo en EE.UU., donde la enmienda de 1970 al artículo 26 de la Constitución otorga el derecho a votar desde los 18 años. En rigor, todas estas reformas fueron, en medida considerable, una obligada reacción a la pujanza de los movimientos juveniles y, bajo el dominio de un sistema bipartidista, no entrañaban peligro alguno para el mecanismo del poder político. Los nuevos votos

[2] W. Brandt, B. Kreisky, O. Palme. *Briefe und Gespräche*, S. 97.

de los jóvenes o bien se distribuyen entre los dos partidos principales o se pierden en general, puesto que al realizar la reforma del derecho de voto, los gobiernos socialdemócratas dejaron intactos todos los rasgos antidemocráticos de los sistemas electorales vigentes. Los laboristas rechazaron de modo consecuente todas las sugerencias de sustituir el sistema mayoritario por el más democrático sistema proporcional. En la RFA sigue en pie la llamada "cláusula del cinco por 100", aprobada con fines anticomunistas por los años 50, conforme a la cual pierde automáticamente el derecho a estar representado en el Parlamento todo partido que haya obtenido menos del 5 por 100 de los votos del electorado.

El relevo de partidos en el timón de gobierno del Estado burgués va siempre acompañado de un "reparto del botín", esto es. los puestos esenciales en la administración pasan a ocuparlos los adeptos del partido victorioso. Este sistema de "reparto" lo emplean en gran escala también los socialdemócratas. La esencia, sin embargo, radica en que este proceso en las alturas (a nivel de titulares de ministerios y departamentos de primera fila) no lleva aparejados cambios más o menos sustanciales de cuadros y estructuras en la base de la máquina burocrática estatal —incluido el aparato de represión— que durante decenios ha venido conformándose para hallarse al servicio de la clase burguesa. Esta máquina, que tiene en sus manos el verdadero poder administrativo del país, sirve igualmente a los gobiernos burgueses y socialdemócratas y viene siendo robustecida por unos y otros.

Esta línea constituye uno de los elementos de lo que en Inglaterra se le ha dado en llamar "política de consenso", es decir de una línea de conducta convenida de los dos partidos principales (conservador y laborista) sobre un cúmulo de cuestiones esenciales. La "política de consenso" garantiza la continuidad en el funcionamiento del aparato estatal, el cual practica y fundamenta una línea media en la que haya coincidido la dirección de los dos partidos que se alternan en el poder.

El nuevo Programa del Partido Socialista de Austria aprobado en 1978 (que, por cierto, prefiere al "socialismo democrático" la noción más vaga aún de "democracia social") contiene la exigencia de suprimir la "burocracia de los altos mandos", hacer frente a la burocratización y eliminar el foso existente entre la población y la administración pública. Al leer este pasaje, uno puede creer que dicha reivindicación la promueve un partido de oposición y no un partido que desde hace ya siete años se halla

instalado en el poder y cuenta con todas las posibilidades para llevar a cabo una democratización radical de la estructura estatal; pero en la práctica, sin embargo, prefiere limitarse a unas buenas intenciones programáticas.

El aparato estatal de la RFA fue creado durante el período de gobierno de la UDC/USC y ello determinó su composición social, orientación y métodos de funcionamiento. Millares de ex funcionarios nazis e incluso de ex criminales de guerra encontraron refugio en su tiempo en él mientras que, en 1951, se prohibía a los comunistas y miembros de otras organizaciones progresistas de izquierda ocupar puestos en los servicios públicos. Hallándose en la oposición, los socialdemócratas habían criticado más de una vez al aparato estatal creado por la UDC. Todo parecía indicar que, al subir al poder, procederían sin pérdida de tiempo a tomar medidas para democratizarlo. No hubo, sin embargo, transformación radical alguna. Es más, el Gobierno federal dio respaldo a una resolución de los primer ministros de las lands, que entró en vigor en enero de 1972, por la que se prohibía ejercer en las instituciones públicas (entre ellas escuelas, establecimientos de enseñanza superior, tribunales y distintos organismos de administración) a los miembros y partidarios de organizaciones "radicales". La puesta en práctica de esta resolución, conocida como ley de interdicción profesional, evidencia que es utilizada mayormente contra los comunistas y otras personas de tendencias democráticas. La "interdicción profesional" ha sido aplicada contra dos mil funcionarios públicos los cuales han sido despuestos de sus cargos. No es menos sustancial el hecho de que alrededor de 700.000 personas se hayan visto sometidas a prueba en cuanto a su "lealtad a la Constitución". Al propio tiempo neofascistas del Partido Democrático Nacional trabajan en la administración pública sin traba de ninguna clase.

Desde luego, en los gobiernos que forman los socialdemócratas hay menos testaferros directos de los monopolios y miembros de "su círculo", y están compuestos principalmente por políticos profesionales, funcionarios de partido o de sindicato, altos funcionarios y abogados. Ahora bien, este hecho no hace sino reafirmar que al mecanismo del poder político de los monopolios le importa no tanto la pertenencia de los miembros del gobierno a la clase monopolista como, ante todo y sobre todo, que la política gubernamental sea promonopolista y refleje el proceso de entronque de las capas superiores de la socialdemocracia con los círculos monopolistas, aunque sin que prevalezca la fórmula de la "unión personal". En las tesis del Congreso de Dusseldorf

del Partido Comunista Alemán se señalaba a este respecto con razón que "el cambio de Gobierno en la RFA no ha afectado a las relaciones de propiedad y de poder típicas del imperialismo".

Ni que decir tiene que dentro de la alternativa "democracia burguesa o reacción autoritaria", la postura de los socialdemócratas resulta en muchos aspectos preferente para las capas trabajadoras de la población, lo que condiciona los éxitos de sus partidos en la lucha por el poder con los principales partidos burgueses.

A los gobiernos socialdemócratas les conviene la estabilización del régimen político de la democracia burguesa y, consecuentemente, son menos proclives a los métodos autoritarios, a los regímenes de "poder fuerte", que sus principales contrincantes políticos —los grandes partidos del capital. Tampoco han emprendido, sin embargo, medida seria alguna para, a través de una reestructuración democrática del mecanismo del poder de los monopolios, extirpar la posibilidad de golpes reaccionarios.

3. ¿Ha cambiado la infraestructura económica?

Pasemos ahora a la esfera económica de los Estados como objeto de la labor de los gobiernos socialdemócratas. ¿Ha utilizado siquiera uno de estos gobiernos el poder estatal, si no para liquidar, por lo menos para minar de modo sustancial las posiciones del capital monopolista que domina en la economía? La respuesta sólo puede ser negativa. Ninguno de ellos ha alcanzado ese objetivo, ni se lo ha planteado, aun cuando hayan adoptado (no podían no hacerlo) ciertas medidas tendentes a contener el excesivo apetito de algunos monopolios, lo mismo que se ven obligados a hacer los gobiernos burgueses.

Los documentos programáticos de la socialdemocracia contienen no pocas promesas de asestar un golpe contundente a la propiedad privada capitalista y a la dominación económica de los monopolios. Pero en la labor práctica de los gobiernos socialdemócratas todas estas promesas no se han traducido sino en un mayor intervencionismo estatal dentro del marco del capitalismo monopolista de Estado. En realidad, toda la praxis de la creación de las bases económicas del "socialismo democrático" puede expresarse por medio de la tesis de "No ir más allá del capitalismo monopolista de Estado". Si dichos gobiernos acceden a emprender acciones más o menos serias como, por ejemplo, la nacionalización, ello se hace siempre únicamente en las proporciones

necesarias para el funcionamiento del sistema monopolista-estatal, pero en modo alguno en las que se precisan para socavar verdaderamente las bases socioeconómicas de la dominación monopolista.

A este respecto resulta bien ilustrativa la postura ante la nacionalización que sostiene la dirección del Partido Laborista inglés. Recordemos que ya en 1918 este partido se autoproclamó oficialmente partidario de establecer un control estatal sobre la economía a través de la nacionalización (punto IV de los Estatutos).

El Gobierno más dinámico en cuanto a la puesta en marcha de medidas nacionalizadoras fue el de C. Attlee (1945-1951), que actuó en un período en que se verificaba en el país el proceso de formación de un sistema monopolista-estatal moderno. En 1945 fue nacionalizada la aviación civil, en 1948 los transportes y la electricidad, en 1949 la industria del gas y en 1951 la del metal. En el fondo del traspaso en propiedad al Estado de la mayoría de las ramas no yacían consideraciones de remodelar el orden social de modo radical sobre la base de la propiedad social, sino razones de eficacia económica y modernización de las ramas industriales retrasadas. La mayoría de estas medidas de los laboristas, salvo la nacionalización de la industria del metal (y en parte de los transportes) no provocó una especial oposición por parte de los conservadores.

En la década del 50 comienza en la dirección laborista de derecha un abandono gradual de las ideas de la nacionalización y el paso a las posiciones de la "economía regulada". En 1951 hace un intento de suprimir el punto IV de los Estatutos que no progresa debido a la enérgica oposición de los miembros de fila del partido. Dicho punto siguió en pie pero la dirección en posteriores declaraciones colocó la nacionalización en un plano con la participación del Estado en sociedades anónimas mixtas, la creación de empresas municipales, el fomento de la propiedad cooperativa, etc.

La administración Wilson amplió considerablemente, en 1964-70, el número de organismos dedicados a la programación y la asistencia del Estado a la concentración de la producción y del capital. La labor de estos organismos, sin embargo, no surtió un efecto más o menos real. La "planificación" laborista no estipulaba medidas tendentes a reforzar el control sobre el sector privado y se basaba en la "colaboración voluntaria" del Estado y el mundo empresarial, colaboración en la que este último tenía la voz cantante. Por cuanto el "Plan nacional"

no era más que un complemento del mercado, su realización dependía de la acción de las fuerzas ciegas del mismo.

En las elecciones de los años 70 (primavera y otoño de 1974; mayo de 1979), en las plataformas electorales laboristas se habla otra vez de la necesidad de proseguir la política de nacionalización. La razón de ello radica, por un lado, en la presión que sobre la dirección ejerce el ala izquierda del partido y, de otro, en que, hablando en rigor, el problema de la nacionalización es uno de los pocos en los que se pone de manifiesto una diferencia de principio entre la postura de los laboristas y la de los conservadores. Después de su subida al poder en 1974, los laboristas abolieron con bastante rapidez una serie de leyes antiobreras decretadas por el gobierno conservador de Heath, ante todo la llamada "ley de relaciones industriales". Ahora bien, nada se decía de remodelación sustancial de la estructura monopolista de Estado en los siguientes cinco años. En la RFA, la formación de la estructura monopolista de Estado se verificó sobre la base de las ideas del liberalismo, que si bien no niega el importante papel que desempeña el intervencionismo estatal en la economía, da preferencia a las fórmulas indirectas de tal intervencionismo. Tampoco el gobierno socialdemócrata de este país insiste en la nacionalización. Su permanencia en el poder no se ha significado por tentativas de modificar la estructura monopolista-estatal establecida en la base económica del país.

E. Bandholz, autor socialdemócrata con ánimo crítico, señala en su libro que lleva el significativo título de *Entre Godesberg y la gran industria o ¿dónde se halla el PSDA?* que, en cuanto a la cuestión del papel económico-social que desempeña el Estado, la dirección de la socialdemocracia alemana, después de su subida al poder, se atiene a concepciones muy poco claras y marcha a remolque del oportunismo. Es más, dice, se observa un acercamiento entre las concepciones de la dirección de la socialdemocracia y los intereses de la gran industria. En este camino, la socialdemocracia ha hecho ya un recorrido considerable.

El resultado del acercamiento es el siguiente:

—la socialdemocracia renuncia a toda reforma capital en el plano de la vida social y la economía. Ello concierne de modo especial a la propiedad privada;

—la formación de bienes productivos en manos de los trabajadores asalariados no afecta a la creación del capital de la propia industria capitalista ni a su inversión progresiva en la producción; y es deseable sólo dentro de unos límites que permitan atenuar la injusticia en la distribución de bienes;

—no deben subir los impuestos sobre las rentas;

—la circulación del capital no se somete a restricciones;

—la coparticipación es posible únicamente dentro de unos límites determinados.

A cambio, la socialdemocracia obtiene las siguientes concesiones:

—se mantiene la plena ocupación;

—por cuenta del presupuesto estatal se financian el desarrollo de la infraestructura y otras medidas tendentes a mejorar la estructura de la economía;

—todas las demás medidas que figuran en el catálogo de las reformas sociales —sanidad, enseñanza, etc.— pueden realizarse en la medida en que ello lo permita la situación económica general y siempre que se hayan satisfecho las exigencias preferentes de la producción[3].

La política de tal acercamiento, concluye Bandholz, no causa ningún perjuicio a las posiciones del capital monopolista, sino que las fortalece. Como cierta "compensación" a la otra parte de ese "convenio" —la clase obrera—, la socialdemocracia gobernante propone la denominada "acumulación de capital productivo" en manos de los trabajadores, así como el "derecho a participar en la gestión". Su esencia radica en que se exime una parte de los ingresos de los trabajadores (alrededor de 600 marcos anuales) del pago de impuestos sobre las rentas y de cuotas a la Seguridad Social, siempre que dicha suma se invierta en las empresas en que trabajan. Los recursos de los trabajadores recogidos de tal suerte se convierten en parte del capital de la empresa y todo el sistema debe significar la formación en la RFA de un "capitalismo popular". Este sistema funciona en más de 300 fábricas.

Esto, que en la terminología socialdemócrata se llama "formación de la propiedad de los trabajadores", no es, en realidad, otra cosa que una tentativa de poner en marcha la trasnochada idea de la "colaboración del trabajo y el capital".

En cuanto al "derecho de los trabajadores a participar en la gestión", también aquí está informada la posición de los socialdemócratas del espíritu de la "coparticipación social". La ley de 1972 sobre el status de la empresa, aprobada cuando la USC se hallaba instalada en el poder, mantiene en pie, igual que su predecesora, una marcada división de las funciones entre el

[3] E. Bandholz. *Zwischen Godesberg un Grossindustrie oder who steht die SPD?* Hamburg, 1971.

consejo de producción de la empresa y su organización sindical, pese a que precisamente el combatir esa situación fue una de las tareas esenciales del movimiento obrero en ese ámbito en 1952. Dicha ley, además de que confirma otra vez la prohibición en la empresa de toda actividad político-partidaria, admite incluso que, en casos de "extrema necesidad", el sindicato sea apartado de la vida fabril.

De lo qué constituye concretamente la política económica de los gobiernos socialdemócratas dan fe las declaraciones de G. Fredriksson, destacada figura del POSDS, reconociendo francamente que "los socialdemócratas tratan actualmente de dar solución a los problemas proponiendo como remedio contra las variedades de capitalismo un capitalismo mayor aún"[4].

4. Política en el ámbito de los "servicios sociales"

El remedio principal con el que la dirección de los partidos socialdemócratas en el poder se disponen calmar tanto al ala izquierda de su organización, que exige una política más radical de orden prosocialista, como a las grandes masas de electores de los que dependen los resultados de las elecciones de turno, es un programa bastante amplio de llamadas "medidas sociales", medidas que van orientadas a mejorar hasta cierto punto la situación económica de las grandes masas de la población. No es por casualidad que en la ideología del "centralismo democrático" venga ocupando este último tiempo un lugar considerable el concepto de "calidad de la vida".

En su tiempo, el primer gobierno laborista de posguerra puso en marcha una serie de reformas sociales. En 1974, con el ánimo de volver al poder, los laboristas hicieron declaraciones prometiendo llevar a cabo reformas en ese plano. Sin embargo, la envergadura que el movimiento huelguístico ha cobrado estos últimos años en el país muestra palpablemente cuán lejos se hallan de la realidad las promesas electorales.

En 1970, el gobierno socialdemócrata de la RFA hizo público un espacioso informe sobre los problemas sociales en el que formulaba una serie de tareas relativas a la política social. Entre sus propósitos apuntaba, en particular, un mejoramiento en el dominio del llamado límite "móvil" de edad para fijar el seguro de vejez, la implantación del seguro de enfermedad para los campesinos, etc. Ya antes había prometido aumentar las prestaciones en metálico a las familias de prole numerosa. En un balance sobre los problemas sociales que el gobierno de la RFA presenta cada año al Bundestag, entre las medidas llevadas a cabo se indican: extensión del seguro obligatorio de enfermedad a todos los empleados, mejoramiento de las leyes de ayuda a las víctimas de la guerra, ampliación del círculo de personas con pensión de vejez y descenso, en algunos casos de 65 a 63-62 años de la edad de jubilación. Muchas promesas, al mismo tiempo, han quedado en el papel.

[4] *Tiden.* Stockholm, 1973, № 1, S. 1.

También el gobierno socialista de derecha de Austria puso en práctica medidas sociales en los años 70. Figuran entre ellas: transporte colectivo y manuales gratis para los escolares; aumento de las prestaciones a los recién casados, así como después del nacimiento del hijo, y derechos preferenciales a los mismos para obtener vivienda; aumento de dos a cuatro semanas del pago de baja por enfermedad.

No hay que subestimar el significado positivo de las concesiones sociales en favor de los trabajadores que se ve obligado a hacer el Estado burgués moderno, en tanto que "capitalista colectivo", en aquellos casos en que los socialdemócratas se hallan en el poder. Hemos de recalcar al propio tiempo que la línea de concesiones sociales no es, en esencia, otra cosa que un medio de sacrificar lo secundario a fin de conservar lo principal, esto es el sistema capitalista como tal y de suavizar mediante maniobras la agudeza de las contradicciones de clase originadas por dicho sistema, quedando incólume la base de las relaciones entre el trabajo y el capital.

La importancia real de las antecitadas concesiones resulta siempre menor en la práctica que la que tuvieran en un principio, pues van reduciéndose a la nada en medida considerable por la inflación que no cesa, el alza de los precios, la inestabilidad general del balance de la fuerza de trabajo y otros factores más de orden económico y político. Aquí topamos con uno de los "círculos viciosos" que tan típicos son de la estrategia de la socialdemocracia de nuestros días. En efecto, para que las conquistas sociales de los trabajadores se vean enteramente garantizadas desde el ángulo material, hace falta una transformación radical del sistema de economía capitalista con su inestabilidad, inflación, crisis monetarias y de otra índole, que reducen a la nada la significación real de las reformas sociales. Pero precisamente ese sistema económica prefieren conservarlo invariable los socialdemócratas instalados en el poder.

Existe siempre una considerable disparidad entre los planes

de reformas sociales que anuncian las plataformas programáticas y electorales de la socialdemocracia y lo que en realidad hacen sus gobiernos durante su permanencia en el poder.

La crisis que en los años 70 se desató en el mundo capitalista ha asestado un golpe contundente al modo especulativo de interpretar la política reformista de los servicios sociales.

Sus efectos —escalada del desempleo e inflación galopante— tuvieron un doloroso impacto en las masas trabajadoras de la población. Esta crisis económica del sistema monopolista de Estado demostró que el incremento del papel económico del Estado burgués no es una panacea, ni mucho menos, contra todos los males del capitalismo como lo habían presentado los ideólogos y políticos reformistas en el contexto de la favorable coyuntura de los primeros decenios de posguerra. El mecanismo del poder monopolista-estatal y su principal eslabón —el Estado con sus funciones ampliadas— no sólo no salvaron a la economía capitalista de la crisis, sino que ellos mismos sintieron en su carne los efectos de la misma. Las "promesas de "sanear" el capitalismo y crear dentro de su marco "la sociedad de prosperidad general" se han venido abajo a todas luces"[5].

Resumiendo lo dicho más arriba podemos constatar que la política gubernamental de la dirección socialdemócrata y sus medidas políticas, económicas y sociales no afectan a las bases de la estructura monopolista-estatal de los países capitalistas modernos y está basada en la unión de la fuerza de los monopolios con la del Estado.

La labor gubernamental de los partidos socialdemócratas confirma una vez más la validez de la tesis sobre la integración paulatina de dichos partidos en el mecanismo político monopolista-estatal.

Sería una simpleza, por supuesto, considerar que la cada vez más frecuente permanencia en el poder de los socialdemócratas se produce por deseo propio del capital monopolista. Ello, mayormente, es un paso obligado que viene condicionado por el estado de las fuerzas políticas, por el hecho de que cada vez más a menudo fracasan en las elecciones los partidos del capital monopolista. Por otra parte, sin embargo, el capital monopolista cuenta con medios suficientes para adecuar los gobiernos socialdemócratas a sus necesidades. Uno de esos medios, no legales pero ágiles y eficaces, es la integración de las capas superiores de la socialdemocracia en los círculos económicos y políticos

[5] *Documentos del XXV Congreso del PCUS*, pág. 28.

burgueses. No es casual que sea más típica de los partidos socialdemócratas que de los burgueses la contradicción casi constante entre la dirección del partido y una masa considerable de miembros de la base, sobre todo del ala izquierda. Con la subida de los socialdemócratas al poder esa contradicción y la actividad política de la izquierda aumentan. De ahí la conocida doble situación de los gobiernos socialdemócratas. Para conservar la credibilidad de las masas les resulta difícil prescindir de alguna medida que vaya en contra de los intereses de los monopolios. Mas, si esas medidas llegan a ser de importancia y si el capital monopolista se percata de que resulta insuficiente su "ágil" influjo sobre la socialdemocracia, entonces obra de forma más resuelta a fin de desplazarla del poder. Hace que se tambalee la economía del país, creando ciertas dificultades que provocan el malestar de la población y aumentan la corrupción y las intrigas en el escenario político. Y el gobierno socialdemócrata, que se ve ante el dilema de dar pasos firmes para atenazar a los monopolios o hacer concesiones llegando incluso a la dimisión, opta por lo último y cede el puesto a los partidos del capital o forma un bloque con ellos. Es típico en este plano el ejemplo de los socialistas portugueses. Después de las elecciones parlamentarias de 1976, las fuerzas de izquierda contaban con la posibilidad de crear su propio gobierno, capaz de realizar todas las prescripciones de la revolución portuguesa. Los socialistas, sin embargo, se negaron a la unión con los comunistas formando un gobierno propio de "mayoría relativa" (es decir representando al grupo mayoritario del Parlamento, pero sin una mayoría absoluta de votos). Después de lo poco que hizo para profundizar e impulsar las transformaciones democráticas, de frenarlas mayormente, los socialistas, al cabo de un año, formaron bloque con uno de los principales partidos burgueses de derecha y, más tarde, se vieron obligados a salir del Gobierno. Los resultados de su labor gubernamental se redujeron a que las conquistas democráticas del pueblo portugués se vieran amenazadas.

Capítulo IV

INCONSISTENCIA DE LAS FALSIFICACIONES SOCIAL-REFORMISTAS DE LA NATURALEZA DEMOCRATICA DEL SOCIALISMO REAL

1. Diferencia cardinal entre democracia socialista y democracia burguesa

En tanto que la ideología y la praxis del social-reformismo van sufriendo un fracaso tras otro, la teoría y la práctica del comunismo científico obtienen nuevas y nuevas victorias.

Los países de la comunidad socialista mundial ponen de manifiesto las ventajas de orden económico, social, político y espiritual del nuevo régimen social, cada vez más evidentes sobre el telón de fondo de la acentuación de la crisis general del capitalismo. Se pone de relieve de modo más cabal cada día la esencia genuinamente humana y profundamente democrática del socialismo real. De ahí que sea lógico y comprensible el interés inmenso que los trabajadores del mundo capitalista manifiestan hacia los países que han construido el socialismo, sobre todo hacia la URSS, país donde por primera vez en la historia triunfó el socialismo y se ha creado una sociedad socialista desarrollada. El socialismo desarrollado es hoy el mayor logro del progreso social de la Humanidad.

En la Constitución de la URSS de 1977 se ofrece una característica de conjunto del socialismo maduro y se dan a conocer los logros de la democracia socialista de todo el pueblo, los amplios derechos y libertades de que gozan los ciudadanos y los principios sobre los que se estructuran y funcionan los órganos de poder del Estado. Las cuestiones relativas a la democracia, en el contexto de hoy, adquieren una especial significación en la lucha de los marxistas-leninistas contra los adeptos del social-reformismo. En torno a ellas se concentran, como en el foco de un lente, los conceptos sobre la sociedad socialista en su conjunto, y no sólo sobre sus bases políticas, sino también económicas, sociales y espirituales.

La teoría y la práctica del comunismo científico confirman

que la democracia, que bajo el capitalismo no rebasa los límites de la esfera político-jurídica, ha cobrado en el socialismo un carácter omnicomprensivo y se extiende a todas las vertientes de la vida social, política, económica y cultural y, como dice Lenin, ha llegado a ser una democracia "*de hecho*, no en el papel, sino en la vida, no en la frase política, sino en la realidad económica"[1].

Ahí precisamente radica la diferencia cardinal que existe entre la democracia socialista y las ideas de la democracia que encierra el concepto de "socialismo democrático".

El socialismo realmente existente demuestra que el único cimiento económico factible de una auténtica democracia es la propiedad social sobre los medios de producción, merced a la cual los trabajadores (todo el pueblo en la sociedad socialista desarrollada) son dueños soberanos de la riqueza social. Esto determina el influjo decisivo que la base económica ejerce sobre la supraestructura política socialista y condiciona su verdadero democratismo. La diferencia capital entre la democracia socialista y la burguesa reside precisamente en que la democracia socialista presupone suprimir la propiedad privada de los medios de producción y, por consiguiente, eliminar la explotación del hombre por el hombre, convertir a todos los miembros de la sociedad en trabajadores libres con iguales derechos.

En cambio, el concepto de "democracia social" de los ideólogos del "socialismo democrático", que parecen querer dejar en la sombra el problema de la propiedad, sobreentiende, en realidad, la intangibilidad de las bases de las relaciones de propiedad privada[2]. A la propiedad social socialista de los medios de producción se le contrapone generalmente en los modelos de "socialismo democrático" una "economía pluralista" que pretendidamente se basa sobre los principios de la "autogestión" y contempla algunos elementos de planificación y, al propio tiempo, la conservación del mecanismo de mercado tal como funciona bajo el capitalismo. Según ellos, el intervencionismo activo del Estado en la dirección de la economía es poco menos que el freno principal a la democratización del sistema económico del socialismo y no permite impulsar la labor gestionaria de las colectividades de las empresas.

En las interconexiones de la economía y la democracia ve el

[1] V. I. Lenin. *Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes. O. C.*, t. 39, pág. 217.

[2] H. Köser. *Die Kontrolle wirschaftlicher Macht. Aus Politik und Zeitgeschichte.* Bonn. 6.4.1974, № 14, S. 3-25.

6—318

marxismo-leninismo tanto el condicionamiento de la democracia por la naturaleza económico-social del socialismo como su retroinflujo sobre la economía. En efecto, no toda propiedad estatal reviste un carácter socialista. Dicha propiedad llega a ser una forma de propiedad socialista bajo una ordenación verdaderamente democrática de la vida estatal, cuando los trabajadores, con la clase obrera al frente, poseen realmente todo el poder. Dice Lenin que "el socialismo no es otra cosa que el monopolio capitalista de Estado *puesto al servicio de todo el pueblo* y que, por ello, *ha dejado* de ser monopolio capitalista"[3]. De ahí se infiere claramente que para que se produzca tal cambio hace falta que el proletariado, en alianza con los trabajadores, tome el poder estatal e implante un Estado de tipo nuevo, socialista. Unicamente con esa condición pasará la producción social a ser socialista. Es, por tanto, profundamente erróneo y anticientífico identificar la forma estatal de propiedad social socialista con el capitalismo de Estado, como lo hacen los teóricos de la socialdemocracia.

La producción social socialista requiere objetivamente una gestión estatal centralizada. Por otro lado, esta gestión no se basa en una subordinación ciega y forzosa de los intereses de la colectividad y de los individuos, como tratan de presentarlo los ideólogos de la socialdemocracia, sino en una coordinación de éstos con los de la sociedad, puesto que son del mismo tipo y descansan ante todo sobre las relaciones de propiedad social. Ello, a su vez, presupone el fomento en gran escala de la iniciativa y la actividad propia de las colectividades y de cada individuo.

Todos estos problemas se resuelven sobre la base del principio del centralismo democrático, cuyo significado se recalca en la Constitución de la URSS (artículo 3). La esencia de este principio reside en la combinación del democratismo, de una amplia iniciativa de los trabajadores, con la centralización de la dirección, de la autoridad única y presupone planificación, disciplina y organización.

Al poner énfasis en la importancia que reviste la gestión por el Estado de la economía y otros dominios de la vida de la sociedad, el Partido Comunista, arrancando del principio leninista del centralismo democrático, otorga al propio tiempo una atención fundamental a la incorporación de las masas a la dirección en las mismas colectividades donde laboran.

[3]. V. I. Lenin. *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla. O. C.*, t. 34, pág. 192.

Señalando la importancia de haber incluido én el texto de la Constitución de la URSS un artículo sobre el papel de las colectividades laborales, L. I. Brézhnev ha recalcado: "Esto responde a la línea de principio de nuestro partido y a la importancia que éste concede al desarrollo de la democracia en la gestión del proceso productivo"[4].

En la autogestión de cada colectividad desempeñan un gran papel las asambleas de obreros y empleados en las que se discuten con regularidad todos los aspectos de la actividad de la empresa. En ellas suelen participar de forma sistemática con informes y balances funcionarios directivos, entre ellos funcionarios de los ministerios y departamentos.

En la gestión de los asuntos de la colectividad es cada vez mayor el significado de las reuniones de producción permanentes —se celebran dos veces como mínimo por semestre en las empresas y mensualmente en los talleres— en las que se debate y se busca el modo de mejorar la planificación fabril, perfeccionar la retribución del trabajo, etc.

Una forma eficaz de participación de las masas en la gestión de la economía es la emulación socialista, en la que en la URSS, en 1977 participaron 97,5 millones de personas. El papel de la emulación aparece de forma particularmente viva en el ejemplo de la adopción y el cumplimiento por los trabajadores de las contrapropuestas de plan. La elaboración de estas contrapropuestas supone un buen conocimiento de las metas del plan de la colectividad, una búsqueda creadora de reservas y la toma de audaces decisiones gestionarias indispensables para cumplir compromisos de mayor monta.

Así pues, a través de diversas formas de actividad social, los trabajadores son incorporados en gran escala a la discusión de los problemas económicos de la sociedad y la colectividad, a la toma de decisiones y al control del cumplimiento de las mismas (ahí está la esencia del carácter democrático de la gestión).

El eslabón puntero de todo el sistema político del socialismo es el partido comunista de tipo marxista-leninista, que no ejerce el dominio sobre la sociedad y el Estado, sino que conduce la actividad de todo el pueblo hacia la construcción de la sociedad comunista.

Por consiguiente, la dirección del partido, orientada al desarrollo multilateral de la democracia socialista, aparece como sólido garante de la soberanía del pueblo en el contexto del

[4] L. I. Brézhnev. *Por el camino de Lenin. Discursos y artículos*, t. 6, pág. 380

socialismo. Y aquí depende mucho de la eficacia con que funcione el propio partido, de la oportunidad y acierto con que considere las nuevas necesidades del progreso social, de las formas y métodos de dirección de las masas que emplee, etc. La garantía de una feliz solución de estos problemas es la fidelidad de los comunistas a la doctrina marxista-leninista comprobada en la realidad, el desarrollo creador del comunismo científico.

Una particularidad esencial de la democracia socialista es que no sólo proclama los derechos y las libertades políticas del individuo sino que las garantiza realmente. En la sociedad socialista cada persona, independientemente de su condición social y de su nacionalidad y raza, tiene garantizadas tanto las libertades políticas (de palabra, de prensa, de reunión, de votar y de ser elegido a las instituciones democráticas), como amplios derechos sociales (al trabajo, al ocio, a la enseñanza y la asistencia médica gratuita, a la vivienda, al seguro de vejez y de enfermedad, al disfrute de los progresos de la cultura, etc.). Se está llevando con buen éxito la línea de aumentar sin cesar el bienestar popular.

En la Constitución de la URSS se ha plasmado en toda su dimensión el humanismo del Estado socialista que, en consonancia con la idea comunista de que "el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos", se plantea ampliar las posibilidades reales para el desenvolvimiento del individuo en todos los aspectos. El apartado *El Estado y el individuo*, contiene un amplio espectro de derechos y libertades de los ciudadanos. Comparando con la anterior Constitución, el contenido de los derechos es más profundo y las garantías materiales que los respaldan, de más peso. Un ejemplo. El derecho al trabajo viene complementado por el derecho "a elegir profesión, género de ocupación y trabajo de acuerdo con su vocación, aptitudes, preparación profesional y grado de instrucción y en consonancia con las demandas de la sociedad" (artículo 40). Se formulan de modo más cabal los derechos y las libertades políticas de los soviéticos. Así, se proclama el derecho a participar en la gestión de los asuntos del Estado y la sociedad, presentar sugerencias en cuanto al mejoramiento de la labor de los órganos estatales y sociales y criticar las deficiencias en su trabajo. Se prohíbe el acoso por haber hecho crítica.

La Ley Fundamental garantiza la inmunidad personal, la inviolabilidad de la vivienda y el secreto de correspondencia, de conversación telefónica e información telegráfica. El respeto del individuo y la protección de los derechos y libertades de los

soviéticos es obligación de todos los órganos estatales, organizaciones sociales y funcionarios (artículo 57). Del carácter humanista que los nexos del individuo y la sociedad revisten en el período del socialismo desarrollado dimana el principio de la conjugación orgánica de los intereses sociales e individuales. Cada miembro de la sociedad ve que su trabajo desemboca en el trabajo común de todos los ciudadanos del país, haciendo a éste más poderoso aún, y que el incremento de la riqueza social incide en el aumento del bienestar de cada trabajador. La ley vital de la sociedad que consta únicamente de clases y capas sociales trabajadoras es, tal como se recalca en el preámbulo de la Constitución, cada uno se desvela por el bien de todos y todos se desvelan por el bien de cada uno.

De ahí la conjugación, propia del estilo de vida soviético, de los derechos y libertades reales del hombre con su responsabilidad cívica, que no pueden llegar a comprender algunos de sus "críticos". Cada una de las obligaciones del ciudadano consignadas en la Constitución —trabajar a conciencia, multiplicar el patrimonio socialista, velar por la educación de los niños, contribuir a robustecer el poderío y la autoridad del Estado, mantener el orden público, no transigir ningún comportamiento antisocial, proteger la naturaleza, etc.— dimana de los intereses cardinales de toda la sociedad y se corresponden con los intereses del desenvolvimiento del propio individuo.

La unidad de intereses individuales y sociales se plasma tanto en los derechos como en las obligaciones de los soviéticos. La igualdad y unidad de derechos y obligaciones se expresa en que todos los ciudadanos de la URSS, a tenor del artículo 34 de la Constitución, gozan de iguales derechos, independientemente de su procedencia, condición social y patrimonial, raza, nacionalidad, sexo, instrucción, lengua, actitud hacia la religión, etc.; todos ellos tienen también iguales obligaciones. En una palabra, en la sociedad soviética no hay ciudadanos sin plenos derechos, ni tampoco los hay que gocen sólo de derechos y no tengan ninguna obligación ante el Estado. De ese modo se ha hecho realidad el principio "no más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes"[5] por el que tanto bregaran ya los fundadores del marxismo.

El sentido de clase de la democracia socialista y de todos los derechos y libertades que ésta garantiza radica en que se asegura la custodia de las conquistas socialistas y se ataja enérgicamente

[5] Véase C. Marx. *Estatutos provisionales de la Asociación.* C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 16, pág. 13.

todo atentado contra los intereses de la clase obrera y de todos los trabajadores en general.

La exclusión del desempleo, de la explotación, la opresión y la arbitrariedad de unas clases privilegiadas y el carácter real de los derechos y las conquistas sociales, esos son los rasgos característicos del estilo de vida socialista que pone de manifiesto sus indudables ventajas sobre el modo de vida capitalista.

2. Perfeccionamiento de la estructura social y transformación del Estado de la dictadura del proletariado en Estado socialista de todo el pueblo

Los ideólogos del social-reformismo intentan deformar la esencia del socialismo real promoviendo diversas concepciones seudocientíficas en cuanto a la estructura social de la sociedad socialista.

En tanto que la sociedad capitalista, tal como la pintan los socialdemócratas de derecha, aparece por lo general como un "conjunto social" donde se produce una "nivelación" de la situación de los diferentes grupos sociales, la sociedad socialista en la URSS, según sus conceptos y desde el ángulo de la estructura social, presenta el aspecto de una pirámide jerárquica con una "élite gobernante" a la cabeza. Este cuadro lo presentan además de forma que los "estratos" y capas sociales, incluso "nuevas clases", de la sociedad soviética están en pugna y se profundiza la escisión entre ellas. Se pinta de modo tergiversado la situación de los trabajadores, de la clase obrera inclusive, a la que caracterizan de "masa impersonal" sometida a toda suerte de manipulaciones por parte de las "élites" políticas y tecnocráticas. De este modo los ideólogos reformistas de derecha tratan de desfigurar el papel de la clase obrera en la sociedad soviética.

Conviene señalar que los ideólogos de corte reformista de derecha interpretan bajo un deformado ángulo visual la cuestión de la incidencia que la política tiene sobre la estructura social de la sociedad socialista, manifestando que el poder político crea aquí artificialmente la estructura social que le conviene y la transforma a su libre albedrío.

Indudablemente, en el contexto del socialismo los procesos sociales no transcurren de forma espontánea. El Partido Comunista y el Estado soviético, instruidos por el conocimiento de las leyes objetivas, procuran incidir de modo consciente sobre la

estructura de la sociedad al objeto de perfeccionarla. Pero ello no se hace siguiendo la línea de crear esas "nuevas" "clases" o "estratos" explotadores que se inventan los ideólogos de la socialdemocracia, sino la de continuar robusteciendo la unidad de la sociedad soviética (en consonancia con las tendencias del desarrollo del socialismo y su transformación en comunismo).

La sociedad socialista desarrollada, en la URSS, es homogénea en el sentido de que actualmente está compuesta sólo por clases y grupos que son socialistas por naturaleza, a los que les une la propiedad social socialista, el trabajo colectivo y la comunidad de intereses y objetivos cardinales. Desde luego, eso no es todavía la total homogeneidad social que sólo se afirma en la fase superior de la formación social comunista.

El acercamiento de todas las clases y grupos sociales y la consolidación de la unidad del pueblo en la sociedad socialista desarrollada se produce sobre la base de realizar los intereses socialistas y los ideales comunistas de la clase obrera que ha sido y sigue siendo la principal fuerza productiva de la sociedad. Su espíritu revolucionario, de disciplina, de organización y colectivismo determina su situación rectora en el sistema de relaciones sociales socialistas.

El ejercicio de la función rectora de la clase obrera en el contexto del socialismo desarrollado está ligado orgánicamente al robustecimiento de su alianza con el campesinado y los intelectuales y la mayor unidad de todos los miembros de la sociedad socialista y la desaparición de las diferencias de clase y sociales entre las personas.

El pueblo soviético, en tanto que nueva comunidad histórica de personas, es la expresión de los procesos de fondo relativa a la integración social en la URSS.

Los profundos cambios acaecidos en la vida político-social de la sociedad soviética han condicionado la transformación del Estado de la dictadura del proletariado en Estado de todo el pueblo y el desarrollo progresivo de la democracia socialista.

El Estado de todo el pueblo constituye una etapa nueva, superior en el desenvolvimiento del Estado socialista y tiene como misión llevar a término las tareas de la construcción del comunismo. Entre el primero y el segundo existe al mismo tiempo una profunda continuidad histórica. El Estado de todo el pueblo prosigue, en nuevas circunstancias, la gran misión creadora del Estado de dictadura del proletariado[6].

[6] Véase "El 60 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre". Disposición del CC del PCUS del 31 de enero de 1977. Moscú, 1977, pág. 13.

Los adversarios ideológicos del marxismo-leninismo, entre ellos los social-reformistas, pretenden desacreditar el concepto de dictadura del proletariado, atribuyéndole una continua violencia, terror y represión de las libertades individuales, etc. Tergiversan groseramente de este modo su esencia y tratan de convertirla en algo así como un espantajo para quienes desconocen la verdad. Al denunciar las patrañas difamadoras de los enemigos ideológicos del comunismo, Lenin recalcó reiteradas veces que la dictadura del proletariado no es sólo violencia, con la circunstancia de que la violencia se aplica sólo a las clases explotadoras que oponen resistencia. "Su esencia fundamental —dice— reside en la organización y disciplina del destacamento avanzado de los trabajadores, de su vanguardia, de su único dirigente: el proletariado. Su objetivo es construir el socialismo, suprimir la división de la sociedad en clases, convertir a todos los miembros de la sociedad en trabajadores, quitar el terreno a toda explotación del hombre por el hombre"[7]. De ahí el carácter profundamente humano de la labor del Estado de dictadura del proletariado.

La clase obrera es por esencia propia un forjador, un creador de valores humanos, que se ve obligada a aplicar la violencia para desbaratar las fieras tentativas de las clases derrocadas de restaurar el pasado. Su poder es el de la dictadura sobre los explotadores y la democracia para los trabajadores, cuya base social es la alianza de los obreros con todos los trabajadores en nombre de la edificación del socialismo[8].

Los criterios decisivos de democracia vienen determinados por la naturaleza social del Estado. La esencia de aquélla reside en qué intereses interpreta el poder estatal y la dirección social en general, al servicio de quién se halla y en qué grado participan los trabajadores en las diversas formas de ese poder. El poder proletario garantiza a los trabajadores el librarles de la explotación, del yugo espiritual y político y de la opresión nacional. Afirma un estilo de vida nuevo, socialista, impregnado de un verdadero democratismo.

La incorpación en gran escala y multilateral de los trabajadores a la dirección, su participación en la labor cotidiana de los órganos de poder, la obligación de los órganos estatales de rendir cuentas de su gestión y su sometimiento al control del pueblo, la publicidad de la crítica y la autocrítica, son todos ellos rasgos característicos de la vida política de los países socialistas.

---

[7] V. I. Lenin. *Un saludo a los obreros húngaros. O. C.*, t. 38, pág. 385.
[8] Ibíd., pág. 377.

A pesar de que hace tiempo la ciencia marxista-leninista y la praxis de la construcción del socialismo han echado por tierra las ideas kautskianas sobre la incompatibilidad de la dictadura del proletariado y la democracia y a despecho de que en el contexto del socialismo maduro se perfecciona la democracia de todo el pueblo, los ideólogos socialdemócratas modernos hacen uso en gran escala de la calumniosa concepción sobre el carácter "totalitario" o "autoritario" del régimen político de la URSS y otros países socialistas. Preciso es señalar que la propaganda burguesa, a raiz de la nueva Constitución Soviética, ha venido repitiendo a su modo y manera las afirmaciones en cuanto a la "dictadura del partido", la "identidad del partido y el Estado" y el "dominio de una minoría"[9].

El sambenito del "totalitarismo" que, en pos de los anticomunistas viscerales del bando burgués, cuelgan algunos ideólogos del "socialismo democrático" al sistema político del socialismo realmente existente acredita que éstos trasplantan a la realidad socialista de modo especulativo categorías y nociones engendradas por el capitalismo y que son propias sólo del capitalismo. El fascismo, en cuanto sistema de represión total de los derechos y las libertades del individuo, brotó precisamente en el terreno del capitalismo.

Se pregunta, pues, ¿de qué "totalitarismo" de la organización política soviética puede hablarse si la casi totalidad de la población adulta de la URSS participa de una u otra forma en la gestión de los asuntos sociales? El cuerpo de diputados de los Soviets a todos los niveles, que asciende a dos millones, así como los 30 millones con creces de activistas de los Soviets, los sindicatos que integran a más de 123 millones de obreros, koljosianos y empleados, el Komsomol que cuenta con 38 millones de jóvenes de ambos sexos, las cooperativas, que después de la victoria del sistema koljosiano engloba a todo el campesinado, las distintas organizaciones científico-técnicas y creativas y los órganos de control popular cuyos efectivos ascienden a más de 9 millones, son algunas de las formas concretas de participación de las masas en la gestión.

El cauce fundamental del desarrollo del sistema político entero de la sociedad soviética es, como proclama la Constitución de la URSS, *el despliegue progresivo de la democracia socialista*: participación cada vez en mayor escala de los ciudadanos en la gestión de los asuntos del Estado y la sociedad, perfeccionamiento

---

[9] *Der Bund*, 6.6.1977. *Die Welt*, 6.6.1977. *La Tribune de Geneve*. 6.6.1977.

de la administración pública, elevación de la actividad de las organizaciones sociales, incremento del control popular, consolidación de la base jurídica de la vida estatal y social, mayor publicidad, consideración constante de la opinión del cuerpo social (artículo 9). En este sentido se viene dando feliz solución a los problemas relacionados con la autogestión social comunista.

Los ideólogos del "socialismo democrático" eluden habitualmente el análisis concreto de los procedimientos que se emplean para la formación de los órganos de Poder soviético, su composición social, su contenido y formas de actividad, el modo como se incorpora a las masas a la dirección estatal, es decir todo lo que puede revelar el carácter genuinamente democrático del poder político. En cambio, en las publicaciones socialdemócratas podemos encontrar a menudo afirmaciones acerca de que los Soviets, los sindicatos y demás organizaciones de masas desempeñan en el sistema político de la URSS un papel "insignificante". Los hechos, sin embargo, hablan de otra cosa.

Los Soviets constituyen la base política de la URSS. Toda su labor se asienta en los principios del democratismo soviético. Salen elegidos a ellos los más dignos representantes del pueblo. Además, en el contexto de la sociedad socialista desarrollada, la formación de los órganos de poder del Estado se halla en manos de los trabajadores puesto que no existen en ella clases o capas sociales que no trabajen. En las campañas electorales que se celebran bajo la dirección de las organizaciones del partido, participan millones de personas en calidad de mandatarios, agitadores, miembros de comisiones electorales, etc.

Del democratismo de los órganos de poder estatal de la URSS da fe también la composición de los Soviets. Así, del total de diputados de los Soviets locales (elecciones de 1977) el 42, 3 por 100 son obreros, el 26,1 koljosianos y el resto, trabajadores intelectuales. Casi la mitad (el 49 por 100) son mujeres y alrededor de un tercio, jóvenes de menos de 30 años. Del total de diputados del Soviet Supremo de la URSS, el 34,8 por 100 son obreros, el 16,3 koljosianos y el resto pertenecen a distintos destacamentos de intelectuales[10].

El empleo de formas de democracia como los mandatos de los electores en las elecciones de diputados, la rendición de cuentas ante el electorado, los informes de directivos de los órganos estatales en las colectividades laborales y en las barriadas, la

[10] *Pravda*, 7.3.1979.

discusión previa en masa de los proyectos de leyes, etc., garantiza la posibilidad de una total incorporación de las grandes masas a las funciones de dirección.

Se pone énfasis en la Constitución de la URSS en que el Estado soviético es de todo el pueblo. A raíz de ello los Soviets de Diputados de los Trabajadores han cambiado de nombre y pasan a ser Soviets de Diputados del Pueblo. Han cobrado un sucesivo impulso los principios democráticos del funcionamiento de los Soviets y acreciéntase su papel a la hora de ventilar los problemas de Estado. Así, el Soviet Supremo de la URSS está autorizado para solventar todos los problemas que son de la competencia de la Unión de RSS. Los Soviets locales ventilan no sólo las cuestiones de interés local, sino que controlan y coordinan, dentro de los límites de su jurisdicción, el trabajo de todas las organizaciones que se hallan en su territorio. La Ley Fundamental obliga a los Soviets y a sus diputados a informar con regularidad a sus electores de la labor realizada y a rendirles cuentas.

La Constitución garantiza una conjugación verdaderamente democrática de los intereses generales de la multinacional Unión con los de cada república que la compone. Se determinan en ella las competencias de la URSS, de cada república federada, republica, región y comarca autónomas y de los Soviets de Diputados del Pueblo en todos los niveles.

El fortalecimiento continuado del Estado socialista guarda íntima relación con el mejoramiento de la actividad de las organizaciones sociales de masas de los trabajadores que integran el sistema político del País soviético.

La Constitución de la URSS, que refleja el acrecentado papel de los sindicatos, el Komsomol y otras organizaciones de masas, les otorga a éstos amplios derechos, entre ellos el de participar en la solución de los problemas políticos, económicos y socioculturales.

Tales son los hechos y ellos acreditan el carácter verdaderamente democrático del régimen político soviético.

3. El papel del partido en la sociedad socialista

En el contexto del socialismo que ha triunfado entera y definitivamente, en que el Estado de dictadura del proletariado se transforma en Estado de todo el pueblo, ejerciendo la clase obrera el papel rector, el Partido Comunista pasa a ser no sólo vanguardia de la clase obrera sino de todo el pueblo. Constitu-

tuyendo numéricamente la minoría de la población, no es en modo alguno una "élite cerrada", aislada de las masas populares. Tomemos, por ejemplo, la composición social del PCUS. A comienzos de 1977, en sus filas los obreros representaban el 42 por 100, los koljosianos, el 13,6 y los representantes del cuerpo de empleados, el 44,4 con la particularidad de que, entre estos últimos, las casi tres cuartas partes son ingenieros y técnicos, especialistas de la agricultura, maestros de escuela, médicos y trabajadores de la ciencia y el arte. El 73,2 por 100 del total de miembros están ocupados en la esfera de la producción material[11]. También en la composición social de los partidos comunistas y obreros de los países de la comunidad socialista ocupan los obreros un lugar preponderante, representando el 56,6 por 100 del total de comunistas en el PSUA, el 40,6 en el PCB, el 44,1 en el PCChS, el 59,2 en el POSH, el 30 en el PRPM, el 40,9 en el POUP y el 48,4 en el PCR[12]. Tal como muestran los antecitados datos, los partidos comunistas son respecto a la clase obrera y al pueblo carne de su carne y sangre de su sangre y absorben a los representantes avanzados de los trabajadores.

Los marxistas-leninistas están tanto en contra de disminuir el papel dirigente del partido en la sociedad socialista, en particular de circunscribir sus funciones a actividades ilustrativo-culturales, como de mezclar las funciones de los órganos del Estado y el partido. El partido aplica su política a través de las organizaciones partidarias, de los comunistas que trabajan en los órganos estatales y económicos y en todos los sectores de la construcción de la nueva sociedad. Y como se consigna bien claro, por ejemplo, en los Estatutos del PCUS, las organizaciones partidarias no suplantan a las organizaciones de los Soviets, sindicales, cooperativas, etc., ni mezclan las funciones de los órganos del partido y las de otros organismos y, de este modo, no incurren en un innecesario paralelismo en el trabajo. La esencia de esa línea se expresa bien a las claras en la Ley Fundamental de la URSS donde se consigna: "Todas las organizaciones de partido actúan en el marco de la Constitución de la URSS" (artículo 6). La dirección que ejerce el partido marxista-leninista es una regularidad general de la construcción del socialismo y el comunismo. El modo como se ejerce esa dirección —bajo la forma de un sistema unipartidista o la presencia de otros partidos trabajadores interesados en la edificación del socialismo— es, como consideran los marxistas-leninistas, cuestión de las tradiciones históricas concretas y las peculiaridades de uno u otro país.

[11] Véase *Vida de partido*, 1977, № 21, págs. 28, 34.

[12] Véase *Revista Internacional*, 1976, № 4, pág. 91.

Después de Octubre de 1917, Lenin, por ejemplo, estimaba que sería factible una "coalición de buena fe", una noble alianza con los eseristas de izquierda, siempre que éstos respetaran y realizaran con lealtad y honradez los principios del Poder soviético. Y decía: "*Hemos propuesto* y seguimos proponiendo a los eseristas... que compartan con nosotros el poder. No tenemos la culpa de que no *hayan aceptado*"[13]. Después de haberse convencido, tras la experiencia de una enconada lucha de clases, del carácter contrarrevolucionario de los mencheviques y eseristas, los trabajadores rechazaron sus pretensiones de dirigir las masas y sólo reconocieron el papel rector en el Estado y la sociedad de un partido: el Partido Comunista (bolchevique).

La "crítica que los ideólogos del "socialismo democrático" hacen del sistema unipartidista de la URSS presentándolo como un "modelo" obligatorio que los marxistas-leninistas imponen a todos los países es absolutamente inconsistente, como lo son también las recetas anticomunistas de "liberalización" del régimen socialista mediante la implantación de las "reglas de juego" de la "democracia pluralista" propia de la sociedad burguesa.

La experiencia demuestra que en los países socialistas pueden existir tanto uno como varios partidos, lo cual tiene que ver con las condiciones concretas y la especificidad de cada uno de ellos.

No obstante, el sistema pluripartidista socialista difiere de modo cardinal del pluralismo burgués.

La actividad de todos los partidos en nombre del triunfo del socialismo presupone la cooperación de los mismos. Y sobre esa base se conforman las relaciones de camaradas entre los partidos que componen el sistema pluripartidista. Como es sabido, existen diversas organizaciones democráticas en la RDA, RDPC, RPB, RPP, RSH y RSChS, cuyos representantes ocupan altos cargos sociales y estatales y forman parte del gobierno.

El sistema pluripartidista de contenido socialista, allí donde existe, desempeña un gran papel positivo en lo referente a la incorporación de los trabajadores a la dirección del Estado.

También ha demostrado su viabilidad e importancia en el desarrollo de la democracia socialista el Frente Popular —organización sociopolítica de masas que ya en el curso de la lucha de liberación nacional surgió en una serie de países socialistas.

[13] V. I. Lenin. *Llamamiento del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata (bolchevique) de Rusia. O. C.*, t. 35, pág. 75.

Los partidos comunistas fraternos tienen en alta estima la labor de esa organización y no suprimen en modo alguno las fuerzas democráticas que las componen sino que, por el contrario, procuran crear las condiciones más propicias para que participen en la vida política.

Con sus ataques contra el sistema político del socialismo, los ideólogos del "socialismo democrático" descubren sin querer sus deseos de trasplantar al terreno del socialismo el "modelo" de "democracia pluralista" burguesa con su oposición política y demás "reglas de juego", deseos que no pueden cumplirse.

Acerca del democratismo de este o el otro sistema político, de uno u otro estilo de vida, hay que juzgar no tanto por la cantidad de partidos que participan en la vida política, como, ante todo, por la medida en que la gestión de los asuntos de la sociedad expresa los intereses del pueblo y el modo como se halla desarrollada la actividad sociopolítica de las masas.

Como es sabido, en los países capitalistas la actividad política de las masas suele restringirse por todos los medios, con la particularidad de que en el contexto de democracia "pluralista" burguesa (sin hablar ya de un régimen político fascista) ello se lleva a cabo tanto con recursos de índole política (diversas formas de discriminación de los comunistas, por ejemplo), como, sobre, todo, con la masa de medios de presión que engendra precisamente el modo de vida burgués y sus bases sociales.

Capítulo V

LA LUCHA IDEOLOGICA EN EL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA DE LA UNIDAD DE LAS FUERZAS DE IZQUIERDA EN LA PRESENTE ETAPA

1. Principios de cooperación de los comunistas con los socialdemócratas

Los acontecimientos de este último tiempo evidencian que en torno al concepto de "socialismo democrático" se está desplegando una enconada lucha ideológica, detrás de la cual se hallan fuerzas que aspiran de hecho a adecuar el movimiento socialdemócrata a las principales tendencias de desarrollo de la sociedad capitalista, a sus principios basados en la propiedad privada de los medios de producción; por otro lado, actúan fuerzas que tratan de superar las lacras del capitalismo y crear unas condiciones que excluyan la explotación de las masas trabajadoras. La ciencia marxista se hace cargo de la complejidad de los procesos de diferenciación que se operan en la socialdemocracia internacional.

Es propio de los comunistas el sentido de profunda responsabilidad por los destinos del mundo y el progreso. Arrancando de ahí, los partidos comunistas abogan por la unidad del movimiento obrero internacional, del que también son parte integrante los trabajadores socialdemócratas y sus organizaciones de masas. Las diferencias en cuanto al modo de entender la esencia del socialismo y de las vías de su realización no deben ser un obstáculo a la lucha contra el enemigo más encarnizado de la Humanidad —el imperialismo internacional—, que trae a los pueblos del mundo la amenaza de una nueva guerra y nuevas formas de explotación y opresión. Los comunistas, que señalan desde posiciones de principio la falsedad de las interpretaciones del "socialismo democrático" que significan una adecuación al capitalismo y denuncian el reformismo de la socialdemocracia de derecha que desvía a los trabajadores de la lucha revolucionaria por una transformación radical de la sociedad socialista, saludan

los cambios tendentes hacia la verdadera comprensión del socialismo; del socialismo basado en el triunfo de las ideas de la clase obrera y la creación de una sociedad asentada sobre los principios de una auténtica democracia que brinda a cada trabajador la posibilidad de crear, de digirir la sociedad y manifestar su sentido de solidaridad.

El punto de vista del movimiento comunista internacional contemporáneo respecto a la socialdemocracia fue formulado con suficiente claridad en las conferencias de 1957, 1960 y 1969. Los problemas relativos al fortalecimiento de la unidad de la clase obrera y al desarrollo de las relaciones entre los partidos comunistas y los socialdemócratas ocuparon un lugar notable en la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa (Berlín, 29-30 de junio de 1976), en cuyo documento final se consigna: "Los participantes en la Conferencia saludan los éxitos alcanzados, en algunos países y a escala internacional, en el desarrollo de la cooperación entre los partidos comunistas y socialistas o socialdemócratas. Consideran que los intereses fundamentales de la clase obrera y de todos los trabajadores exigen la superación de los obstáculos que traban la cooperación y dificultan la lucha de las masas trabajadoras contra el capital monopolista, contra las fuerzas reaccionarias y conservadoras"[1]. Se subrayó a la vez que los partidos comunistas y obreros participantes en la Conferencia reafirman el rechazo de toda política y cosmovisión que significan en realidad una subordinación de la clase obrera al sistema capitalista.

El punto de vista de los comunistas soviéticos se expone en el Informe del CC del PCUS al XXV Congreso del partido. En su intervención, al referirse a este problema, L. I. Brézhnev dijo: "Conforme a los planteamientos del XXIV Congreso, hemos continuado fomentando las relaciones **con los partidos progresistas no comunistas**: los partidos democrático-revolucionarios y socialistas de izquierda. Se han extendido notablemente los contactos con los partidos socialistas y socialdemócratas de distintos países, entre ellos los de Finlandia, Bélgica, Japón, Gran Bretaña y Francia. Otorgamos a todo lo alcanzado en este terreno el valor que tiene y seguiremos laborando en este sentido.

Es indudable que no puede ni hablarse de aproximación ideológica entre el comunismo científico y el reformismo de los

[1] *Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa. Berlín, 29-30 de junio de 1976.* Moscú, 1977, pág. 21.

socialdemócratas. Entre los socialdemócratas hay aún muchos que plantean su labor basándola en el anticomunismo y el antisovietismo. Hasta hay partidos en los que se castiga el tener contactos con los comunistas. Combatiremos estas manifestaciones, pues redundan sólo en beneficio de la reacción.

Sin embargo, con los socialdemócratas conscientes de su responsabilidad por la causa de la paz y, más aún, con los obreros socialdemócratas, nos pueden unir, y nos unen, la preocupación por la seguridad de los pueblos y el afán de poner coto a la carrera armamentista y de hacer frente al fascismo, al racismo y al colonialismo. En este plano precisamente hemos mostrado y seguiremos mostrando iniciativa y buena voluntad"[2].

La postura de los partidos comunistas de Europa occidental, para los que el problema de la cooperación de los comunistas con los socialdemócratas es de viva actualidad, pues es en los países de este área donde se concentran los partidos más influyentes de la Internacional Socialista, se refleja en la Declaración de la Conferencia de Bruselas de los Partidos Comunistas y Obreros de los Países Capitalistas de Europa (26-28 de enero de 1974):

"Los partidos comunistas de los países capitalistas de Europa subrayan su voluntad de establecer... con los partidos socialistas y socialdemócratas contactos, llevar a cabo consultas y emprender acciones comunes por objetivos que correspondan a las necesidades actuales de los trabajadores y a los intereses de la seguridad y la cooperación en Europa[3].

Desde el ángulo de la relación entre la necesidad de la lucha ideológica contra el reformismo de la socialdemocracia y la puesta en marcha de acciones comunes, en los citados documentos se expresan los postulados fundamentales: rectitud de principios de las posiciones ideológicas de los comunistas; toma en consideración de la diferenciación en las filas de la socialdemocracia; constatación del hecho de que la propagación entre la socialdemocracia de la idea en cuanto a la "necesidad de profundas transformaciones políticas y económicas" ejerce un influjo positivo en las relaciones entre los obreros y las fuerzas democráticas; necesidad de estudiar más detenidamente aquellas interpretaciones del "socialismo democrático" que se apartan de la concepción principal, elaborada por la socialdemocracia de derecha y de considerarlas a la hora de determinar la estrategia de

[2] *Documentos del XXV Congreso del PCUS*, págs. 32-33.
[3] *L'Humanité*, 30.1.1974.

la unidad de las fuerzas de izquierda. En este orden, conviene tener en cuenta tanto la experiencia histórica sobre el particular como las peculiaridades específicas de la situación concreta en la que se plantea la organización de acciones conjuntas.

2. Principales etapas en la historia de la cooperación de comunistas y socialdemócratas

El modo como ha evolucionado la socialdemocracia en lo referente al establecimiento de contactos con los comunistas se aprecia con particular claridad comparando el desarrollo de esos contactos en el pasado.

Hicieron falta decenios para que muchos prohombres de los partidos de la Internacional Socialista comenzaran a reconocer el derecho de los partidos comunistas a una coparticipación en pie de igualdad en la lucha política por la transformación de la sociedad capitalista.

1919-1922, período de "espera" por parte de la socialdemocracia, si bien se singularizó por los ataques antisoviéticos y anticomunistas a la Unión Soviética y a la Internacional Comunista, fue relativamente "pacífico". En 1922, la socialdemocracia accedió a que se celebraran negociaciones entre las tres Internacionales y después de frustradas éstas por su culpa, cambió bruscamente de postura. En 1923-1928 se observó una escalada de la lucha contra los partidos comunistas, un absoluto menosprecio de todas las propuestas hechas por estos partidos y por la Internacional Comunista.

A comienzos de la década del 30 se perfilaron en una serie de partidos de la Internacional Obrera Socialista tendencias más realistas en cuanto a las relaciones con los partidos comunistas y la Internacional Comunista. Este giro fue producto de la diferenciación experimentada por las filas de los socialdemócratas, de la radicalización de su base de masas en el contexto de la crisis económica mundial y la subida al poder del fascismo en Alemania. Fue en 1933 cuando la Internacional Obrera Socialista hizo su primera proposición en la historia a la Internacional Comunista de iniciar negociaciones directas.

Los años 1933-1935 se singularizaron por un nuevo recrudecimiento de la política del anticomunismo, inspirado por la dirección de la Internacional Obrera Socialista. No obstante,

las condiciones objetivas, las demandas de la lucha de clases y la amenaza del fascismo y de una guerra obligaron a aquélla a autorizar los contactos de sus partidos con las secciones de la Internacional Comunista.

1935-1939 son años de formación en la práctica de un frente único, vivo ejemplo del cual fue el Frente Popular en Francia y la acción unitaria antifascista en apoyo a la España republicana. Estos años enriquecieron a la clase obrera con diversas formas y métodos de cooperación entre comunistas y socialdemócratas.

En 1939-1941, la Internacional Obrera Socialista atravesaba una crisis orgánica e ideológica que desbocó en su disgregación. Se interrumpió el diálogo con los comunistas.

1941-1945 se señalaron por una estrecha cooperación de comunistas y socialdemócratas en la Resistencia, en la lucha contra el invasor fascista.

Bajo el influjo inmediato de las enseñanzas de la segunda guerra mundial, un sector considerable de la socialdemocracia comenzó, en 1945-1947, a abogar por la cooperación con los comunistas. Estos procesos condujeron a que representantes de ambas corrientes participaran conjuntamente en una serie de países, entre ellos Italia y Francia. En 1946, en la primera Conferencia de posguerra de socialistas de 19 partidos se manifestó el deseo de una estrecha cooperación con los comunistas de Europa y de la URSS. Ese mismo año hasta se estipuló incluir en los Estatutos de la futura Internacional Socialista un punto sobre la unidad de acción con los comunistas. Pero ya en 1947, varios partidos socialdemócratas de Occidente se colocaron sobre la pauta de la ruptura de las relaciones con los comunistas y su exclusión de los gobiernos. Los dirigentes de la mayoría de los partidos socialdemócratas hicieron suyo el programa de la "guerra fría" contra los comunistas y se incorporaron activamente a la cruzada anticomunista de las fuerzas del imperialismo. En 1948, del Comisco (Comité de la Conferencia Socialista Internacional, fundado en 1947) fueron expulsados los partidos socialdemócratas que cooperaban con los comunistas. La Internacional Socialista aprobó la Declaración de Francfort del Meno francamente anticomunista. Los años 50 transcurrieron bajo el signo de la lucha contra los partidos comunistas, siendo prohibido todo contacto con ellos, lo que encontró reflejo en la Declaración aprobada por la Conferencia de la Internacional Socialista reunida en Oslo en 1962.

Ese mismo año comenzaron a perfilarse en algunos partidos

de la Internacional Socialista tendencias al despliegue gradual de un diálogo constructivo con los partidos comunistas, en primer lugar con el PCUS, tendencias que llevaron a que el Buró de la Internacional Socialista reconociera oficialmente el derecho de sus partidos a establecer libremente relaciones bilaterales con otros partidos[4]. Ahora bien, el proceso no fue lineal. Aun cuando toda una serie de partidos socialistas, por ejemplo, el francés, finés y japonés, habían dado ya a mediados de los años 60 pasos prácticos hacia la unidad de acción con los comunistas, la dirección de derecha de la Internacional Socialista logró en el XI Congreso de esta organización, celebrado en Eastbourne (1969), llevar adelante la resolución ásperamente anticomunista "Acerca de la situación en los países y partidos comunistas"[5].

Esta postura de la Internacional Socialista se explicaba en gran parte por el hecho de que sus líderes de derecha pretendían, con su propaganda anticomunista, neutralizar la radicalización de las grandes masas de miembros y funcionarios de la base de los partidos socialistas y socialdemócratas, sobre todo de los jóvenes.

Pero, como mostró el desarrollo ulterior de los acontecimientos, esta resolución no era capaz de detener dicha radicalización que se producía bajo el influjo del proceso revolucionario mundial. Paralelamente a la tendencia anticomunista, en este mismo período fue avanzando la tendencia al diálogo con los comunistas. Esta última halló reflejo en la postura que en el Congreso de Eastbourne sostuvo el secretario del Partido Socialdemócrata de Finlandia, K. Sorsa, así como Ernest Glinne, representante del Partido Socialista Belga. Este último dijo entre otras cosas: "Hemos de ser lógicos y dar preferencia a nuestro apoyo a la democracia política en lugar del tácito apoyo a la línea anticomunista que es absolutamente errónea"[6].

Las divergencias en cuanto a los contactos y la cooperación con los partidos comunistas se perfilaron en el seminario de la Internacional Socialista, celebrado en Austria el invierno de 1970[7], en el que participaron figuras prominentes de la mayoría de los partidos socialdemócratas. Así, los representantes del Partido Socialista Italiano y del Partido Socialdemócrata de Finlandia se pronunciaron por la aprobación en principio del

[4] *Socialist Affairs*, 1972, vol. XXII, № 6-8, p. 113.
[5] *Socialist International Information*, London, 1969, № 14, vol. XIX.
[6] Ibídem, № 16-17, vol. XIX.
[7] *Socialist Affairs*, 1971, vol. XXI, № 2, p. 39.

diálogo, y la cooperación que de él dimana con los comunistas. El segundo enfoque, formulado por el PSDA, se caracterizó por el deseo de limitar los contactos con los comunistas "al mínimo necesario". Por último, la tercera postura encontró reflejo en las intervenciones de los voceros del Partido Socialdemócrata Italiano y del Partido Obrero Unificado Israelí, que insistieron en una renuncia absoluta a los contactos con los comunistas.

En abril de 1972, en Amsterdam, el Buró de la Internacional Socialista aprobó una resolución por la que los partidos que integran esa organización tienen pleno derecho a decidir libremente la cuestión de los contactos bilaterales con otros partidos (se aludía ante todo a los partidos comunistas).

La creciente tendencia a cooperar con los partidos comunistas tuvo cierto reflejo también en el XII Congreso de la Internacional Socialista celebrado en Viena a últimos de junio de 1972. El secretario general de la organización, Hans Janitschek, reconoció en su informe que como consecuencia de la evolución internacional, así como de la situación creada en una serie de países, el problema de las relaciones entre los socialdemócratas y los comunistas "se ha puesto de nuevo virtualmente al orden del día"[8]. El secretario del Partido Socialdemócrata de Finlandia, después de haber hecho referencia a la positiva experiencia de cooperación de comunistas y socialdemócratas en su país, puso énfasis en la necesidad de un enfoque constructivo por parte de la democracia del problema relativo a la cooperación con los partidos comunistas.

A partir de ese momento empiezan a ponerse marcadamente de manifiesto nuevos factores en las relaciones entre los dos destacamentos del movimiento obrero mundial. Esto se plasmó concretamente, primero, en una extensión de los contactos con los partidos comunistas de los países socialistas; segundo, el aumento de países capitalistas en que la cooperación de los comunistas con los socialdemócratas (socialistas) comenzó a realizarse, bajo diversas formas y a distintos niveles, sobre la base de acuerdos o con la aprobación de la dirección de ambos partidos; tercero, amplióse la cooperación de algunos de esos países y, cuarto, se intensificaron los contactos a despecho de la prohibición por parte de la dirección socialdemócrata.

También la dirección de la Internacional Socialista se vio compelida a dar el visto bueno tanto a la política del Este del

[8] *Arbeiter Zeitung*, 27.6.1972.

PSDA como, y esto es muy importante, a las acciones conjuntas de los comunistas y socialistas en Chile y al programa común de Gobierno del PSF y el PCF.

A partir de 1972 reanimáronse notablemente las relaciones de la mayoría de partidos de la IS, ya a iniciativa de los mismos, con el PCUS y otros partidos comunistas de los países del socialismo, sobre todo en lo concerniente a los problemas de la seguridad en Europa.

Una serie de partidos de la IS, a nivel de delegación, llevaron a cabo un constructivo intercambio de opiniones e ideas con el PCUS sobre diversas cuestiones. Las delegaciones de dichos partidos consideraron posible y necesario convenir, en los sucesivos contactos, en las medidas a tomar en cuanto a la consolidación de la paz y del progreso social.

Esto, sin embargo, no significa, ni mucho menos, un abandono por parte de la Internacional Socialista de la ideología, los principios y los objetivos del "socialismo democrático". Las intervenciones contra el marxismo-leninismo que no cesan y los intentos de activar la "guerra sicológica" contra los comunistas y su influencia política lo confirman. Asi, pese a que a comienzos de 1974 se anunció que iban a reanudarse las negociaciones sobre cooperación entre comunistas y socialdemócratas en Finlandia (y el Pleno del CC del PCF reunido en 1974 reafirmó su deseo de llegar a la unidad de acción con el PSDF en una serie de problemas), la postura que el PSDF sostuvo después fue contradictoria. En el seno de este partido se hizo más dinámica el ala derecha y una campaña anticomunista desplegóse en su prensa.

También en Portugal encontró trabas el proceso de ensanchamiento de la acción común de socialistas y comunistas. Una vez más pusieron en uso los líderes del PSP la incriminación a los comunistas de "totalitarismo" y de aspirar a la hegemonía.

El problema de las relaciones con los comunistas, directa o indirectamente, se planteó reiteradas veces en los últimos congresos de la Internacional Socialista (junio de 1976 y noviembre de 1978). Y otra vez entraron en colisión los dos puntos de vista que sostienen los dos grupos de partidos. Sintomáticamente, sin embargo, la discusión no revistió el carácter de los últimos años: cooperar o no cooperar con los comunistas. La cuestión se planteaba de otro modo: cuáles son los límites de la cooperación con los comunistas.

3. La lucha de los comunistas por extender las acciones comunes con los socialdemócratas

El movimiento comunista internacional se ha convertido en la fuerza política más influyente de nuestra época. Está dotado de una teoría cuya veracidad científica viene confirmada por más de un siglo de evolución social; el marxismo-leninismo es una brújula cierta y segura con la que los comunistas labran para toda la Humanidad el camino hacia el futuro.

Hay que tener presente a la vez que un importante sector de obreros de una serie de países capitalistas está agrupado no sólo en los partidos comunistas, sino también en los socialistas y socialdemócratas, que grandes masas de obreros se encuentran en las filas de sindicatos parte de cuyos efectivos integran a la vez las filas de los partidos comunistas, socialistas y socialdemócratas. La mayor cohesión de la clase obrera internacional es hoy día una condición más esencial para acelerar el proceso revolucionario. La lucha por la unidad de la clase obrera se sostiene en condiciones complejas. Entre los partidos comunistas, de un lado, y la mayoría de los partidos socialistas y socialdemócratas, de otro, existen profundas contradicciones de índole política e ideológica, y en el camino hacia la unidad de la clase obrera, sus destacamentos y organizaciones más avanzados tienen que desarrollar cada día una ingente labor ideológica y política.

Al tratar de lograr la acción unitaria con los partidos socialdemócratas, los comunistas no persiguen ningún objetivo que difiera de los objetivos de la clase obrera. Y no ven el sentido y el significado de la colaboración en conseguir desmantelar los partidos socialistas, como pretenden presentarlo algunos líderes de la socialdemocracia, sino en incrementar la fuerza y combatividad del conjunto de la clase obrera y en fortalecer sus posiciones y su influencia en la sociedad.

Ciertos pasos hacia la unidad de acción con los comunistas están dando los socialistas y socialdemócratas de aquellos países en que las posiciones de los comunistas son particularmente fuertes. Ello se refiere ante todo a Francia e Italia, donde la puesta en común de los esfuerzos en la lucha contra el capital monopolista se ha elevado a una nueva fase, traduciéndose en la organización conjunta de acciones prácticas de los trabajadores contra la burguesía.

Es más complicado el problema de la acción unitaria de la clase obrera en aquellos países donde los partidos socialdemócratas gozan entre las masas de un influjo más notable. Desde

luego que también aquí el movimiento socialdemócrata se desenvuelve en una cierta cooperación con los comunistas, cooperación que se realiza en las empresas, en los sindicatos, en las huelgas, en las municipalidades, en las manifestaciones por la paz y los derechos sociales y en las acciones contra la política reaccionaria interior y exterior. Sin embargo, los líderes de la socialdemocracia a menudo rechazan de principio la cooperación con los comunistas a nivel de partidos e incluso de organizaciones locales, considerando que desde el momento que la mayoría de obreros están agrupados en los partidos socialdemócratas y los sindicatos allegados a ellos, ya existe la unidad. Pero la unidad es un concepto de clase. Le hace falta a la clase obrera para afirmar su autonomía como tal y para la lucha contra el régimen burgués. Esa es la unidad que tratan de lograr los comunistas. Y un medio para ello es la activación y la cohesión de todas las fuerzas de izquierda en los partidos socialdemócratas y los sindicatos, de todos quienes siguen fieles a los objetivos socialistas y al desarrollo de la acción unitaria de las organizaciones comunistas, socialistas y socialdemócratas de los trabajadores.

No cabe duda que en comparación con el pasado, en particular con el período de la "guerra fría", se han perfilado determinados cambios positivos en la orientación de una serie de influyentes partidos socialdemócratas. Esto se refiere en primer término y principalmente a la toma de conciencia sobre problemas internacionales apremiantes como la distensión internacional, la seguridad europea y la coexistencia pacífica. En otros dominios de la política de la socialdemocracia, los cambios positivos no son tan perceptibles. La dirección de los partidos socialdemócratas, entre ellos los que están en el poder, no desea en modo alguno renunciar a la teoría y la práctica de la colaboración con la burguesía monopolista, a la defensa del capitalismo monopolista de Estado. En el arsenal político-ideológico de la socialdemocracia de derecha, el anticomunismo sigue ocupando un lugar notable, si bien parece ser que dirigentes de algunos partidos socialdemócratas cobran conciencia de la inviabilidad de la política del anticomunismo y renuncian a muchos prejuicios anticomunistas del pasado. Y en la oposición al socialismo científico siguen viendo uno de los cauces principales de su labor ideológica. Si los partidos comunistas, fieles a las ideas del marxismo-leninismo, van plasmando en la vida firmemente los principios del socialismo científico, ampliando y enriqueciéndolos en el discurrir de la construcción socialista, los socialistas y socialdemócratas de derecha, rechazando las tesis fundamentales

del marxismo-leninismo, tratan de contraponerle el concepto de "socialismo democrático", esto es una mezcolanza de ideas reformistas, revisionistas y liberal-burguesas.

El propio curso de la historia, sin embargo, brinda todos los elementos para afirmar que la obra del socialismo real, sus ideas, se fortalecen y triunfan. Capas cada vez más amplias de trabajadores ven en el socialismo la estructura de sociedad más humana y perfecta. El giro en masa de la opinión pública en dirección del socialismo, así como el reconocimiento por muchos socialdemócratas del hecho de que el socialismo existe realmente y se desarrolla en la URSS y en otros países socialistas, abren más y más las puertas al diálogo entre comunistas y socialdemócratas.

Los partidos comunistas consideran que para el buen éxito de la lucha en común hace falta elaborar acciones unitarias con las que ambas partes estén de acuerdo. El elaborarlas constituye uno de los problemas más peliagudos de la cooperación

Ahora bien, de que el problema es soluble en principio dan fe las acciones conjuntas emprendidas por los comunistas con los socialistas franceses, acciones que abocaron en la firma del programa común de Gobierno en 1972. En 1977, habida cuenta del cambio de la situación y de la grave crisis ecomómica que sacudió a Francia, los comunistas propusieron a sus compañeros de alianza de las fuerzas de izquierda renovar dicho programa de cara a las elecciones parlamentarias. Pero el Partido Socialista se negó a discutir seriamente las propuestas comunistas, poniendo en peligro la realización ulterior del programa en cuestión. Con todo, tal como se consignaba en la resolución del pleno ampliado del CC del PCF: "El Partido Comunista lucha por un acuerdo entre los partidos de izquierda sobre la base de un programa común actualizado. Se ha esforzado por llegar a ese acuerdo a lo largo de las negociaciones celebradas con el Partido Socialista y el Movimiento de los radicales de izquierda, haciendo a tal efecto importantes concesiones que llegan al límite de lo posible. Pero no puede ni hablarse en ningún caso de franquear ese límite, tras el cual un gobierno de izquierda no dispondrá ya de medios para brindar a los trabajadores los cambios que esperan"[9].

Entre los comunistas y los socialdemócratas existe la posibilidad objetiva de elaborar una línea política común también sobre problemas que desbordan los límites de un país capitalista cualquiera. Figura entre ellos en primer lugar el fortalecimiento

---

[9] *L'Humanité*, 11.2.1977.

de la paz y la seguridad, la actividad de las multinacionales y los procesos integracionistas.

Es oportuno señalar que, el problema del dominio de los monopolios en la sociedad capitalista moderna los teóricos de la socialdemocracia lo incorporan cada vez más a menudo al campo de sus investigaciones y lo incluyen en sus documentos programáticos.

¿Qué deducciones extraen del análisis de las multinacionales?

Primero, que la actividad misma de los monopolios internacionales ha planteado a la socialdemocracia una serie de problemas, por cuanto aquéllos contribuyen a la propagación de "valores ideológicos" que difieren de modo cardinal de los que son inherentes al "socialismo democrático".

Segundo, que los monopolios internacionales, aun cuando contribuyen a propagar nuevas tecnologías, merced a su posición dominante en los mercados y a las manipulaciones con los precios, crean dificultades a los gobiernos para llevar una política nacional independiente.

No cuesta trabajo advertir que en estas deducciones hay elementos que forman parte de las evaluaciones hechas por los comunistas respecto a los monopolios internacionales[10]. Esta circunstancia apunta bien a las claras la necesidad, también la posibilidad de la acción unitaria de comunistas y socialdemócratas en la lucha contra el capitalismo monopolista. A favor de dichas deducciones hablan además algunas propuestas prácticas en cuanto a la restricción del poder de los monopolios.

Los propios socialdemócratas se ven forzados a reconocer que sus partidos, en los gobiernos, resultan impotentes en los dominios esenciales cuando tratan de aplicar una política acorde con las bases fundamentales del socialismo democrático, puesto que permanentemente experimentan una dependencia económica respecto de los monopolios.

El problema de la unidad de las fuerzas de izquierda en la lucha antimonopolista plantea con toda agudeza si la acción unitaria de los socialistas y los socialdemócratas con los comunistas es una línea estratégica, de principio, o si reviste un carácter coyuntural, táctico.

En todos sus documentos, los comunistas han recalcado siempre el carácter de principio, estratégico de la alianza con todas las fuerzas antimonopolistas y antiimperialistas que hacen

[10] Véase. *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros.* Documentos. Moscú, 5-7 de junio de 1969, pág. 203.

frente objetivamente a un régimen condenado a desaparecer. Y al hacerlo arrancan de que como quiera que una parte considerable de los trabajadores, por tales o cuales motivos, se ha visto incorporada a la órbita de los partidos socialistas y socialdemócratas y que los partidos comunistas son formaciones que reflejan invariablemente los intereses cardinales de todos los trabajadores, es deber suyo aunar las fuerzas de éstos, independientemente de su filiación, y contribuir por todos los medios a que se satisfagan sus reivindicaciones de hoy y de mañana. De ahí que en todas las etapas de su labor aboguen por la unidad de acción con los partidos socialistas y socialdemócratas en nombre de los intereses vitales de todos los trabajadores, de formar un frente antiimperialista único. Por consiguiente, los comunistas consideran que las alianzas con los partidos socialistas y socialdemócratas no son temporales, tácticas, sino estratégicas y permanentes, en nombre de la estabilización del frente único.

En el movimiento socialdemócrata internacional existen también fuerzas bastante influyentes que abogan por actuar conjuntamente con los partidos comunistas en aras de la unidad de acción de la clase obrera. Así, el secretario del Partido Socialista Italiano, De Martino, exige "que se lleve a cabo cuanto antes una confrontación de puntos de vista con los otros partidos, en particular con el Partido Comunista", puesto que "la exigencia unitaria es hoy más fuerte que nunca" y el PSI debe "abandonar la vía innatural, inspirada por emociones irracionales, de la crítica de los comunistas"[11]. Refiriéndose al mismo problema, *Suomen Sosialidemokraatti,* órgano del Partido Socialdemócrata de Finlandia, exhorta a enfocar las relaciones entre las dos corrientes fundamentales del movimiento obrero contemporáneo "desde el ángulo de la cooperación". Hoy día ya no hay tantos prejuicios como antes en lo que a dicha cooperación se refiere. Para todos quienes toman seriamente los asuntos del movimiento obrero debe estar bien claro que la cooperación no es palabra huera mediante cuya repetición se puede alcanzar una satisfacción general, y que en el futuro, su calidad y sus proporciones llegarán a ser problemas concretos"[12].

Por otro lado, la mayoría de los partidos socialistas y socialdemócratas de primera fila consideran las alianzas con los partidos comunistas como fenómenos eventuales, de carácter coyuntural. Esta tendencia se ha puesto marcadamente de manifiesto últi-

[11] *Avanti.* 20.10.1977.
[12] *Suomen Sosialidemokraatti,* 21.10.1977.

mamente en las conferencias de Helsingör y París de 1976, en las que los socialdemócratas quedaron divididos convencionalmente en partidos del Sur de Europa, que se inclinan por el diálogo con los comunistas, y los del Norte de Europa, que lo rechazan. En estas conferencias llamó la atención la polémica entre los dos mencionados grupos de partidos, en la que los voceros de los países del Sur rechazaron los "consejos" de los norteños en cuanto a la renuncia a todo contacto con los partidos comunistas, señalando con razón que sin la participación de los comunistas, en sus países no puede haber una solución más o menos seria de los problemas sociopolíticos. Al propio tiempo, hicieron referencia en sus argumentaciones a que la alianza con los comunistas es obligatoria dada su gran influencia política. Los noreuropeos no tienen este problema y por tanto hablan un lenguaje más irreconciliable. Así pues, hasta en labios de los partidarios de la alianza con los partidos comunistas dicha alianza estuvo justificada por una obligatoriedad objetiva.

No obstante el enfoque diametralmente opuesto de este problema de extraordinaria importancia, el proceso de formación de una alianza de fuerzas que concentre la masa fundamental de trabajadores seguirá avanzando aunque sólo sea por el hecho de que a los trabajadores les hace falta la unidad. Los partidos socialistas que subestimen la significación de este proceso que avanza de modo objetivo y viene dictado por la lógica de la lucha entre las dos fuerzas de clase cada vez más consolidadas en su enfrentamiento, corren el riesgo de perder su influencia entre los trabajadores y su semblante político.

La posibilidad de que los comunistas entraran en los gobiernos de Italia y Francia provocó en el campo burgués una reacción rayana en el pánico. El comandante de las tropas de la OTAN, general A. Haig, el secretario de Estado, C. Vance y el presidente Carter hicieron declaraciones de amenazas a estos países lo que, como es natural, la opinión mundial estimó que era una grosera injerencia en los asuntos internos de los mismos. Es significativo al respecto el hecho de que las mencionadas personalidades se han autocalificado siempre de defensores de las democracias, de las libertades, etc., pero tan pronto como se llega a una situación en que el pueblo, por vía democrática, puede otorgar a los partidos comunistas el derecho a participar en la gestión del país, no queda más que el recuerdo del "democratismo" de dichos señores.

Nada hay de extraño en que prohombres burgueses hagan causa común contra los partidos comunistas. Pero cuando esa

misma postura de intervenir en los asuntos de otros países sustentan gobiernos encabezados por socialdemócratas, esto ya ocasiona un serio perjuicio a la causa de la unidad de los trabajadores no sólo de aquellos países en cuyos asuntos se inmiscuyen, sino a todas las fuerzas antiimperialistas en general. Precisamente en esa posición se colocó el canciller federal de la RFA y vicepresidente del PSDA Helmut Schmidt al manifestar que si los comunistas suben al poder en Italia habrá que aplicar sanciones económicas contra ese país. Esta declaración provocó un aluvión de protestas en todo el mundo, comprendidos los medios socialistas y socialdemócratas.

A la estrategia de la burguesía mundial, enfilada hacia la escisión del movimiento obrero y que no repara en interferirse groseramente en los asuntos internos de los países en que la unidad de las fuerzas de izquierda y la posibilidad de que los comunistas participen en el gobierno son particularmente reales, los partidos comunistas oponen la línea revolucionaria de la unidad de acción del movimiento obrero basada en los principios de la lucha de clases y se baten firmemente por superar la enemistad y la rivalidad entre los partidos y organizaciones obreros, por alcanzar una sólida cooperación de comunistas y socialdemócratas.

La situación actual da fe con irresistible convicción de que, en los umbrales del tercer milenio de la nueva era, la Humanidad ha emprendido con paso firme el camino de la transformación socialista de la sociedad. En los países donde se hallan en el poder partidos que defienden de modo consecuente los intereses de la clase obrera y de todo el pueblo trabajador, los problemas de la creación de la nueva sociedad van resolviéndose en la práctica. El PCUS plasma en la realidad con espíritu consecuente los principios marxistas-leninistas del socialismo, de su edificación y desarrollo. Puede decirse sin temor a caer en exageración que debe considerarse como el mérito más grande del PCUS, de la clase obrera y de todos los trabajadores de la URSS el que han sabido defender y hacer realidad la doctrina marxista-leninista del socialismo. De que han defendido los principios del comunismo científico en la lucha contra la concepción del socialismo "democrático", "de mercado" y "humano", de un lado, y contra el "socialismo de cuartel", que tiene en el presente su expresión más deformada en el maoísmo, de otro. En la construcción de la nueva sociedad, la socialista, y en la lucha contra sus adversarios han alcanzado resonantes éxitos también los otros países de la comunidad socialista.

La edificación de la sociedad socialista sobre la base de la teoría marxista-leninista transcurre en medio de una lucha de principio contra la deformación deliberada o inconsciente de las ideas del socialismo, contra las tentativas de presentar a éste como una "tercera vía" que difiere tanto del capitalismo como del socialismo tal como lo conciben los marxistas-leninistas.

Cumpliendo los preceptos de Lenin, los comunistas soviéticos utilizan como principal argumento en su combate contra

los adversarios ideológicos del socialismo los progresos que el pueblo soviético ha alcanzado en el camino de la edificación del socialismo. Como se consigna en la Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, se ha construido en la URSS una sociedad socialista desarrollada. En esta etapa, en que el socialismo se desenvuelve ya sobre su propia base, se ponen de manifiesto de modo cada vez más cabal las fuerzas creativas del nuevo sistema y las ventajas del estilo de vida socialista y los trabajadores se sirven más y más de los frutos de las grandes conquistas revolucionarias.

Es esta una sociedad en que se han creado unas fuerzas de producción poderosas y una ciencia y cultura de avanzada, y donde aumenta sin cesar el bienestar del pueblo y se van conformando unas condiciones cada día más favorables para el desarrollo multilateral del individuo.

Una sociedad de relaciones socialistas maduras, en que, sobre la base de la aproximación de todas las capas sociales, de la igualdad jurídica y fáctica de todas las naciones y etnias, ha surgido una nueva comunidad de hombres: el pueblo soviético.

Una sociedad de trabajadores patriotas e internacionalistas con un alto nivel de organización, ideológico y de conciencia.

Una sociedad cuya ley vital es el desvelo de cada uno por el bienestar de todos y el desvelo de todos por el bienestar de cada uno.

Una sociedad de auténtica democracia, cuyo sistema político garantiza una gestión eficaz de todos los asuntos de la sociedad, una participación cada vez más activa de los trabajadores en la vida estatal y una conjugación de los derechos y libertades reales del hombre con su responsabilidad cívica.

INDICE

Introducción 3
Capítulo I . . . .
El "Socialismo democrático", ideología del social-reformismo . . . 9
1. El pluralismo o la vaguedad de la concepción de "socialismo democrático" 9
2. De dónde procede y a dónde llega el pluralismo del "socialismo democrático" 15
3. El carácter abierto del concepto de "socialismo democrático" (A qué ideas está abierto su pluralismo) 26
4. El objetivo del "socialismo democrático": desviar del socialismo a la clase obrera 37
5. El reformismo del "socialismo democrático", una adaptación al capitalismo 46
6. El "socialismo democrático", una variedad de anticomunismo . . . 59
Capítulo II . . . .
Las corrientes ideológicas en el cauce del "socialismo democratico" 68
1. El "socialismo democrático" de los revisionistas de derecha y los renegados 68
2. El movimiento católico de izquierda y su interpretación del socialismo 76
3. El Partido del Socialismo Democrático japonés 81
4. Tentativas de penetración ideológica de la socialdemocracia en los países en desarrollo. El "socialismo democrático" africano 87
5. El "socialismo democrático" en América Latina 94
6. La variedad sionista de "socialismo democrático" 102
Capítulo III
Que aspecto presenta el "socialismo democrático" en la práctica. Los socialdemócratas en el poder 107
1. Pugna entre la teoría y la práctica 107
2. El mecanismo político sigue siendo el mismo 109
3. ¿Ha cambiado la infraestructura económica? 112
4. Política en el ámbito de los "servicios sociales" 116
Capítulo IV
Inconsistencia de las falsificaciones social-reformistas de la naturaleza democrática del socialismo real 120
1. Diferencia cardinal entre democracia socialista y democracia burguesa 120
2. Perfeccionamiento de la estructura social y transformación del Estado de la dictadura del proletariado en Estado socialista de todo el pueblo 126
3. El papel del partido en la sociedad socialista 131
Capítulo V
La lucha ideológica en el movimiento obrero internacional y el problema de la unidad de las fuerzas de izquierda en la presente etapa . . 135
1. Principios de cooperación de los comunistas con los socialdemócratas 135
2. Principales etapas en la historia de la cooperación de comunistas y socialdemócratas 138
3. La lucha de los comunistas por extender las acciones comunes con los socialdemócratas 143
Conclusión 150

Se hace ver en este libro la inconsistencia teórica y práctica de las ideas reformistas, revisionistas y liberales burguesas que se unen bajo la concepción de "socialismo democrático". Los autores ponen al descubierto el carácter seudosocialista de esta doctrina llamada a encubrir con la fraseología socialista la política procapitalista del socialreformismo, de distraer al movimiento obrero de los verdaderos cauces de la lucha por el socialismo. Demuestran además que la transformación real de la sociedad sobre bases socialistas constituye en rigor la máxima forma de desarrollo de la democracia.

EDITORIAL PROGRESO MOSCU